

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CULTURALES-MUSEO**



**“DE ENTRE LO MALO, LO JUSTO”
NARRATIVAS DE VIOLENCIA: *SICARIOS* Y TRAYECTORIAS DE VIDA**

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRO EN ESTUDIOS SOCIOCULTURALES**

PRESENTA:

JAIME OLIVERA HERNÁNDEZ

BAJO LA DIRECCIÓN DE

DRA. LILIAN PAOLA OVALLE MARROQUÍN

MEXICALI, B.C., DICIEMBRE DE 2012.

Índice

Introducción	p. 4
Capítulo 1. Violencia: el sentido de la acción o la cuestión	
de la acción sin sentido.....	p. 14
La violencia no es un instinto.....	p. 15
Violencia: aprendizaje y cultura.....	p. 21
Maldad, crueldad y muerte.....	p. 24
La violencia del <i>sinsentido</i> o la “monstruosidad” de lo humano.....	p. 29
P. D. <i>Sicarios</i>	p. 36
Capítulo 2. Trayectorias de vida	p. 46
Infancia y adolescencia.....	p. 48
Familia, contexto e influencias.....	p. 57
Aprendizaje: la escuela.....	p. 63
Prácticas ilegales.....	p. 66
Relaciones amorosas.....	p. 70
Narrativas de violencia.....	p. 72

Capítulo 3. Espacios de ocio y placer.....	p. 76
El <i>ocio</i> : tiempo libre y lugares de esparcimiento.....	p. 77
Estilo de vida.....	p. 82
Consumos: drogas vs. cultura.....	p. 87
Gustos y placeres.....	p. 93
Narrativas de violencia.....	p. 99
Reflexiones finales.....	p. 106
Referencias Bibliográficas.....	p. 115

Introducción

La violencia está tan instituida, tan alojada en la cotidianidad que hay que escribirla bien para que la gente la pueda y le guste leer.

R. Reguillo.

No es un secreto que en México existe violencia. No es, tampoco, un descubrimiento de una realidad reciente. No obstante, en el transcurso de la última década, han estado ocurriendo eventos que por su alto grado de “aniquilación” se inscriben hoy en día, en lo que se puede llamar una “nueva forma de violencia”. Dichos eventos, están relacionados con el tráfico ilegal de drogas, actividad en la que algunos de los actores que destacan son *sicarios*.¹ Estos hombres son los sujetos de investigación de este estudio, dentro del cual, serán nombrados también como “actores” o “agentes” de la acción.² Son ellos quienes, mediante los relatos de su “trayectoria de vida”, posibilitan profundizar en el estudio de este tipo de violencia. Sin embargo:

Más que el asesinato mismo –acto que en su mecánica se revela sencillo– lo que nos cautiva son los espectros que lo rodean, los fantasmas que urden la trama, las exigencias simbólicas que culminan en el crimen. Pero ellos están escondidos –tal como lo estuvieron antes del desenlace fatal– y sería imperdonable dejarnos encandilar por la

¹ Etimológicamente, esta palabra proviene del latín *sicarius*, y este de *sica* (puñal). Hombres dedicados al oficio del asesinato, que generalmente lo hacen por lucro y pertenecen, casi siempre, a los grupos del crimen organizado. Para Jean Riveleois, la figura del *sicario* pudo haber sustituido a la de las *madrinas*. “Éstos personajes son los que [sobre todo en las décadas de los ochentas y noventas, en México] eran conocidos como “los empleados ‘informales’ de los policías oficiales. Reclutados por los policías, las *madrinas* permiten paliar la insuficiencia de los efectivos en las fuerzas policiacas; disponen de identificaciones (falsas, pero en regla), de armas y de uniformes (ilegales, pero autorizados), así como de un status que hace temer a toda la población, pues con frecuencia las *madrinas* son reclutadas entre los delincuentes más primarios y violentos, corrompidos y acabados de salir de la prisión (por remisión de condena o fuga) o pertenecientes a las bandas de narcotraficantes. Encargados de llevar a cabo las labores bajas (interrogatorios bajo amenaza de tortura, arrestos arbitrarios, extorsión, asesinatos...), el status del que disponen les permite beneficiarse de la protección de la ley e igualmente de representarla” (1999: 99). [La traducción es mía]. Para este mismo autor, la figura del *actor criminal* puede distinguirse de dos maneras: la ilegal, dentro de la que se encuentra, obviamente, el *sicario*; y la legal (policías, jueces, gobernantes, militares, banqueros, empresarios, etc.).

² Para E. Goffman (2006), bajo la perspectiva de la actuación o representación teatral, los sujetos nos comportamos como “actores”. Para A. Giddens (2006), por otra parte, pueden ser ubicados como “agentes”, en relación al poder de *agencia* que los sujetos somos capaces de desarrollar.

materialidad del delito, cubriendo con una cortina de sangre los detalles de la trama interpersonal que lo alimentan (Restrepo, 2005: 10).

En este contexto, se torna importante el hecho de que son los propios actores los que –por medio de sus narrativas³ y descripciones acerca de su “trayectoria de vida”, y a través de la interpretación de éstas por parte del investigador, mediante el enfoque *sociocultural*– permiten tener una mirada más abarcadora sobre el tema de la violencia actual relacionada al tráfico ilegal de drogas. El objetivo de este trabajo de investigación es interpretar las “narrativas”, acerca de sus trayectorias de vida, de cinco *sicarios* en reclusión.⁴ Particularmente, sobre sus “narrativas de violencia”. Es decir, me interesa explorar los *correlatos* que aparecen a la par de la misma narración de los propios sujetos, y que versan sobre violencia. Una violencia abarcadora: desde aquella de la que fueron objeto, hasta esa otra que ellos mismos fueron capaces de implementar. La “violencia absoluta” a la que se refiere Wolfgang Sofsky (2004).

A la vez, lo que me interesa ubicar dentro del trabajo, son las “narrativas de violencia” de estos mismos actores, relacionadas con sus “espacios de ocio y placer”. Dichos espacios son los lugares de esparcimiento y diversión que frecuentan estos hombres quienes, al mismo tiempo, con su participación en ellos, los construyen. No obstante, al participar en dichos espacios, los actores también son construidos por éstos. Tales espacios tienen una doble dimensión: son tanto materiales como representaciones mentales. De esta forma, esta investigación adquiere sentido a raíz de numerosos hechos de “violencia extrema” que ocurren actualmente en México y en los que, en algún momento, han participado dichos actores, es decir, los *sicarios*. Tales acontecimientos se presentan en los tiempos que Hannah Arendt ha nombrado como “tiempos de oscuridad”.⁵

³ Para Dennis Mumby, “la expresión de los actores sociales bajo el aspecto del *homo narrans* constituye una alternativa para oponer al modelo de racionalidad que ha caracterizado al pensamiento occidental desde Descartes hasta el presente. La última y más eficaz reiteración de este paradigma es el modelo de la ciencia social, que busca obtener enunciados comprobables y verificables partiendo de la observación del comportamiento humano” (1997: 11). Así, el recurso de este “paradigma narrativo”, brinda la posibilidad de un acercamiento, más literario, a la comunicación humana.

⁴ Recluidos dentro del CERESO estatal “EL Hongo I”, ubicado en el Municipio de Tecate, Baja California.

⁵ Para esta autora, “los ‘tiempos de oscuridad’ [...] no son iguales a las monstruosidades de este siglo que de hecho constituyen una horrible novedad. Los tiempos de oscuridad, por el contrario, no sólo no son nuevos sino que no

Bajo este panorama, existen noticias que se presentan a diario, y que se encargan de dar cuenta de una realidad que se presenta cada vez con mayor frecuencia. No sólo en el estado de Baja California, sino, también, en diferentes ciudades y estados del país: Ciudad Juárez, Chihuahua; Monterrey, Nuevo León; Cuernavaca, Morelos; así como Sinaloa, Durango, Michoacán, Tamaulipas, Guerrero, Veracruz, Coahuila, entre otros. Dicha realidad, tiene que ver con la violencia generada, por una parte, por el combate al “narcotráfico” a cargo del Estado, y por otra, por la disputa de los espacios de poder entre los distintos grupos de narcotraficantes.⁶ En relación a esto, existe el ejemplo de las dos versiones que se suscitaron cuando apareció una noticia que marcó un nuevo episodio en cuanto a la forma de concebir la violencia en México. Me refiero al caso de unas de las primeras decapitaciones que fueron relacionadas al narcotráfico:

La primera que apuntaba a una venganza del narcotráfico contra policías por el asesinato –en una balacera en días pasados– de narcotraficantes aparentemente del cártel del Golfo. De hecho, cerca de las cabezas se encontró una bolsa que contenía el antebrazo derecho de una de las víctimas, con una herida en la espalda en forma de zeta, aparentemente una marca que hace referencia a *Los Zetas*, grupo armado del cartel del Golfo. La segunda sostenía que las muertes se debían a un “ajuste de cuentas” debido a que los decapitados estaban involucrados en el narcotráfico (Arteaga, 2009: 478-479).

Se puede entender, entonces, que desde hace no mucho tiempo se ha venido presentado en nuestro país, un nuevo tipo de violencia relacionada al tráfico de drogas ilícitas. Como dato interesante, se ha mencionado el 20 de abril de 2006, como el día en que México vivió una forma nueva de ser expresada la violencia (Arteaga, 2009). Una violencia coyuntural e indescifrable que surge en el contexto mexicano y que tiene que ver con la manera, no sólo de asesinar, sino también con la forma de tratar y

son una rareza de la historia [...] que además tiene su buena parte, en el pasado y el presente, de crimen y desastre” (1990: 11).

⁶ Esta palabra apareció por primera vez en los diarios de la ciudad de México, hasta la segunda mitad de los años cincuenta del siglo XX. Sin embargo, fue hasta unos años más adelante, cuando se comenzó a utilizar de manera general. Hasta ese momento, lo común para referirse a estos actores era llamarlos: gomeros, raqueteros, gánsters, mafiosos, traficantes, cultivadores, sembradores, contrabandistas, negociantes y hampones (Astorga, 2005).

exhibir los cuerpos (destazar, deshacer, desollar, decapitar), como una forma de acrecentar el poder que se arrogan estos grupos de traficantes. Es decir, el derecho que se otorga cada uno para ejercer sobre su igual una violencia sin ningún tipo de mediación legal (Reguillo, 2010).

En este sentido, Baja California es uno de los estados del país en donde se desarrolla, de manera intensa, la actividad transnacional del narcotráfico. Al respecto, Paola Ovalle menciona que “el hecho de que en su territorio se manifieste dicho fenómeno, no sólo contribuye en el deterioro de su sistema de seguridad pública, sino que tiene implicaciones sociales y culturales que esperan ser estudiadas” (2005: 63). Citando nuevamente el trabajo de Arteaga Botello, en el que retoma las notas del periódico *La Jornada*, se evidencia a este estado como el segundo lugar donde aparecieron este tipo de actos violentos.

Prácticamente tres meses después, el 21 de junio [de 2006], en la ciudad de Rosarito, Baja California Norte, tres policías fueron secuestrados por unos 100 hombres que viajaban a bordo de unas 25 ó 30 camionetas, y que portaban insignias parecidas a las que utiliza la Agencia Federal de Investigación (AFI). Los tres policías murieron decapitados, sus cabezas fueron arrojadas en Tijuana y sus cuerpos en Rosarito. (2009: 479).

De esta manera, la presencia cada vez más frecuente de actos marcadamente violentos y relacionados con las actividades del tráfico ilegal de drogas, es prueba contundente de la gravedad del problema, pues, como afirma Luis Astorga:

El campo del tráfico de drogas ilícitas, como campo de relaciones sociales complejas que se determinan entre sí y no como fichero policiaco y universo percibido con esquemas maniqueos, está formado no sólo por los agentes sociales más activos y visibles, traficantes y policías, sino por otros no menos dinámicos [...] encargados de la representación simbólica del fenómeno, aquellos que le otorgan un determinado sentido, imponen y llegan a monopolizar en ciertas situaciones los códigos éticos en función de los cuales será percibido (2005:14).

Ya no se puede hablar de que los “malos” se están matando entre sí, lo cual se usó como un argumento poco sólido para ignorar la violencia suscitada. Lo que existe

en realidad, es un país completo envuelto en un torbellino de violencia, sangre y balas, donde algunos de los actores principales, son los sujetos de esta investigación, mostrándose de dos maneras: víctimas y victimarios.

La trayectoria del presente, con su procaz desfile de cabezas cortadas, logró despojar de elegancia a la contemplación artística y el pensamiento científico, el buen gusto, las sutilezas del buen vivir. Ver la violencia suprema de cabezas separadas del cuerpo, llevarle la cuenta, gastar en ella imaginación, ya no es materia de nota roja, sino el centro mismo del debate público, los chistes, las películas, los *blogs*, las novelas. El arte del ahora radica en el género negro: policías, ladrones y víctimas; sólo allí podemos evadir la realidad sin dejar de sentir su peligro, su vértigo, su horror grotesco, y creer que nos estamos informando (Bellinghausen, 2011: s/p).

Pero ¿qué ocurre después de la acción violenta?, ¿podemos los científicos sociales comunicar tal experiencia o nos enfrentamos a lo inenarrable, a lo inexplicable? Me inclino a pensar, como Hannah Arendt, “que gran parte de la glorificación actual de la violencia encuentra su causa en el mundo moderno” (1970: 74). De tal forma, me parece que ante lo complejo que significa el análisis de la violencia, y ante la aparente pérdida o, mejor dicho, en la difícil búsqueda del “sentido” de la acción violenta, sea necesario considerar a los actores mismos. Sus pensamientos, sus sentimientos, su estado emocional; pero también su contexto sociocultural de pertenencia y su posición particular en la sociedad y de relacionarse con el mundo.

En este sentido, el tema cobra importancia debido a que se presenta en el contexto histórico-mundial de los acontecimientos del siglo XXI: la globalización. La globalización está reestructurando nuestros modos de vivir, y de forma muy profunda; por ejemplo: “la familia tradicional está amenazada, está cambiando y lo hará mucho más” (Giddens, 2000: 16). Así, el impacto más importante de este fenómeno tanto económico como político y tecnológico, se ha dado en el nivel de la experiencia cultural debido a la modificación que ha provocado en la noción del tiempo y el espacio, desempeñando así un papel fundamental en la configuración del sistema-mundo actual.

Es un error pensar que la globalización sólo concierne a los grandes sistemas, como el orden financiero mundial. La globalización no tiene que ver sólo con lo que hay “ahí

afuera”, remoto y alejado del individuo. Es también un fenómeno de “aquí adentro”, que influye en los aspectos íntimos y personales de nuestras vidas (Giddens, 2000: 24-25).

Así, este trabajo se centra en el reconocimiento de la importancia que tiene, para las ciencias sociales, lo que se ha dado en llamar: el punto de vista del actor. Esta perspectiva ha tenido un desarrollo específico bajo dos corrientes disciplinarias: la sociológica y la antropológica, las cuales se terminan uniendo dentro de la perspectiva sociocultural. Uno de los rasgos que permiten diferenciar este enfoque de otros más positivos, por ejemplo, es analizar y/o implementar acciones centradas en el actor. Así:

Al permanecer en medio de dos o más lecturas, salimos de la moderna psicopatología para inscribirnos en un contexto cercano a la tragedia griega, donde el protagonista está siempre impulsado o limitado por los otros, perdido en la heteronomía, dominado por una parentela de dioses, almas y circunstancias. Y con ellos nos acercamos a un saber que consiste en caminar, con prudencia y delicadeza, hacia la trama interpersonal donde se encuentra la encrucijada” (Restrepo, 2005: 13).

Pero, además, estas corrientes teóricas no sólo revalidaron al actor como unidad de descripción y análisis, sino que lo ven, también, como “agente transformador”, como un actor que produce la estructura y los significados y no se conforma sólo con reproducirlos. De esta manera, la relevancia tanto académica como social de este trabajo de investigación, se centra en dos aspectos: por un lado, decir que sobre el tema de la violencia se ha dicho ya mucho, pero no lo suficiente, es decir, hace falta abordarlo de otra forma y desde otra perspectiva.

Por ejemplo, autores como Hannah Arendt y Erich Fromm (desde el aspecto social), han tratado el tema, no obstante, sus análisis y reflexiones han sido realizados desde otra época y otro contexto muy diferente al mexicano. Otros como Freud y Konrad Lorenz (apegados a las teorías instintivistas); además de las teorías conductistas de Watson y Skinner (desde el aspecto psicológico), se han caracterizado por excluir todos los aspectos subjetivos que no pueden observarse directamente y que, por lo tanto, no se ocupan de las sensaciones, representaciones, sentimientos e impulsos u otros aspectos subjetivos como lo pueden ser el pensamiento y la emoción.

Por otro lado, está la aportación significativa a la generación de un conocimiento que permite entender mejor la realidad. Es decir, un contenido que leído e interpretado adecuadamente, abre las puertas al conocimiento de diversos aspectos y fenómenos de la vida social. De ahí la pertinencia de abordar el tema desde el enfoque sociocultural, que junto con la antropología y la sociología, le conceden a la cultura una gran relevancia en el estudio de este fenómeno. La base de esta investigación está sustentada, por lo tanto, en las teorías de la acción social, las cuales se caracterizan por dirigir la mirada, precisamente, a la acción e interacción de los miembros de la sociedad, quienes son los que forman las estructuras que habrán de influir en el comportamiento humano.

Estas teorías se confrontan con la teoría funcionalista, por ejemplo, que sugiere que el funcionamiento de la sociedad, se debe a estructuras externas al individuo que son las que determinan su acción. De esta manera, la tesis que afirma que las estructuras sociales determinan las conductas individuales comienza a ceder el paso a su antítesis: la *reflexividad* de la acción social de los actores mismos. Así, la subjetividad ha aparecido en la escena de las nuevas teorizaciones y se ha convertido en un personaje protagónico. En ese sentido, me apoyo de teóricos como Max Weber, pero sobre todo, de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens. En particular, lo referente a la *reflexividad* y el *agency*, que forman parte de una de las dos visiones que se reconoce en el debate sociológico, a decir: la asociada a la visión comprensivo-interpretativa.

La metodología utilizada en esta investigación, se centra en el escenario simbólico, es decir, en la subjetividad de los actores. El método que empleé para realizar el trabajo de campo fue el método cualitativo. Dicho método busca, en términos generales, construir un conocimiento desde los significados y sentidos presentes en la acción de las personas y grupos. De esta forma, entrevisté a cinco hombres en reclusión dentro del CERESO “El Hongo I”, ubicado en el municipio de Tecate, y el cual es catalogado de mediana seguridad, siendo al mismo tiempo, la institución carcelaria con mejor equipamiento de seguridad dentro del estado de Baja California. De estos hombres, tres ya cuentan con sentencia y dos aun tienen su proceso abierto. Todos

ellos están recluidos por los delitos de delincuencia organizada: homicidio, secuestro, tráfico y posesión de armas y drogas.

En este sentido, el procedimiento para la selección de los informantes consistió en entrevistar a los internos que aceptaran hacerlo voluntariamente. Para recoger y registrar la información utilicé la técnica de la entrevista en profundidad o *narrativa*, por considerarla la más adecuada para lograr mis objetivos. Para lograrlo, elaboré una guía de entrevista que me permitió adentrarme en los temas y categorías de mi interés. Cabe recordar que el tipo de datos que recogí por medio de esta técnica, fueron los relatos, en forma de narrativas, de los sujetos acerca de su “trayectoria de vida”.

En total, realicé siete entrevistas a informantes clave, de las cuales descarté dos debido a que, uno de ellos no permitió ser grabado durante la entrevista y, en el segundo de los casos, a que no cumplía con las características necesarias para ser considerado dentro de mis sujetos de estudio. Cubrí de esta forma, un total de diez horas y media de grabación y un total de ciento veinticinco cuartillas de transcripción con los datos obtenidos de los informantes. Me apoyé, en ese sentido, en el programa informático de análisis de datos cualitativos “Atlas Ti”, mediante el cual codifiqué, procesé y analicé la información.

Debido a que el procesamiento de los datos cualitativos que utilicé fue el del enfoque narrativo, el tipo de análisis de textos que realicé fue el *categorico–contenido*, el cual se acerca a los textos desde la perspectiva de los estudios literarios, específicamente del universo del relato. Este modelo se caracteriza por: 1) diseccionar el texto (selección de citas, categorías y códigos); y 2) se focaliza en el contenido que se manifiesta en partes separadas de la historia. La descripción e interpretación de las “trayectorias de vida” de los sujetos de esta investigación, incluye diferentes aristas de análisis. A pesar de ello, intento organizar y agrupar toda la información en un solo texto.

El primer capítulo, *Violencia: el sentido de la acción o la cuestión de la acción sin sentido* es, prácticamente, un capítulo teórico. En él, presento un panorama sobre algunas teorías de la violencia, particularmente las que me sirven para abordar el tema desde el enfoque sociocultural. Expongo, por lo tanto, a algunos de los autores que han tratado de manera prolífica el fenómeno de la violencia. Este panorama abarca

diferentes discursos en torno al tema, los cuales han propiciado la aparición de múltiples tipologías de la violencia.

En este mismo capítulo menciono, también, la importancia que cobra la cultura en la explicación del fenómeno, más que como concepto, como *sistema cultural* concreto y simbólico. En el tercer y cuarto apartado, me propongo realizar una construcción de lo que puede ser una *nueva forma* de entender la violencia. Me refiero, entonces, a pensar en la crueldad, la destructividad y el sufrimiento, como las formas en las que el “mal” se presenta como elemento constitutivo de la violencia. Por último, describo de forma breve –a manera de un *post data*– a cada uno de mis informantes, con la intención de presentar al lector su perfil y que, en ese sentido, sean mejor comprendidas sus acciones (violentas y no violentas), narradas a través de su propia voz.⁷

El capítulo dos, cuyo título es *Trayectorias de vida*, se compone de seis apartados. Como el nombre lo indica, describo e interpreto el recorrido de los sujetos de investigación a lo largo de su historia, por medio de sus propias narrativas. Recorro, en ese sentido, a los acontecimientos más significativos que se presentaron en las diferentes etapas de su vida como lo son: la infancia y adolescencia, sus relaciones de pareja y de familia, así como de su educación formal y sus prácticas ilegales, por medio de los cuales, se pueden interpretar los correlatos o “narrativas de violencia”.

En el tercer y último capítulo, presento los *espacios de ocio y placer*, los cuales son descritos por los sujetos de investigación como: esos lugares de esparcimiento donde utilizan su tiempo libre y en donde se ve reflejado su estilo de vida. Interpreto aquí, no sólo estos espacios físicos y materiales sino, también aquellos espacios de representación mental, es decir, simbólica, como lo son su consumo cultural, consumo de drogas, y sus gustos y placeres. Todo esto posibilita entender las formas en que se entrelaza la violencia en la cotidianidad de estos hombres, expresada, nuevamente, a través de sus correlatos o “narrativas de violencia”.

⁷ Aquí cabe mencionar la teoría del acto del habla, y la idea de la performatividad de la narrativa. Por ejemplo “Maclean (1988) funda su perspectiva de la narrativa como performance en la teoría del acto del habla. La teoría del acto del habla define el lenguaje como acción: las palabras hacen cosas así como tienen significados” (Langellier y Peterson, 1997: 86-87).

No obstante, dentro de la estructura de los capítulos dos y tres, evité recurrir a las referencias de autores especialistas en el tema. Esto se debe a que la voz más importante en estos dos capítulos es la de quienes conforman el grupo de *sicarios* entrevistados. Esto no significa, por supuesto, haber ignorado la teoría, en todo caso, estos capítulos concentran las narraciones de los actores dando la posibilidad de que su voz sea escuchada y, en ese sentido, permitan al lector tener un panorama completo de lo narrado. Así, en general, cada uno de estos dos capítulos se presenta como un vínculo integral entre lo narrativo y lo social. “La narrativa es un acto *socialmente* simbólico en un doble aspecto: a) adquiere sentido sólo en un contexto social, y b) desempeña un papel en la construcción de ese contexto social como espacio de significación en el que están involucrados los actores sociales” (Mumby, 1997: 16).

Al final del trabajo presento –a manera de conclusión– un apartado dividido en dos. En la primera parte, expongo una interpretación sobre las “narrativas de violencia” que aparecen en los dos últimos capítulos y que, a su vez, son una forma de conclusión de éstos. Es importante decir que tales capítulos representan o contienen la parte empírica de este estudio, es decir, concentran los datos recolectados en el trabajo de campo. De esta forma, recupero dichas narraciones que, como formas conclusivas, brindan la posibilidad de concretar una aproximación a la realidad del problema que me ocupa: el sentido de la violencia y su forma narrada.

Pero más que una conclusión de lo dicho y que –como un sello que da por cerrado el caso– se dé por sentada la última palabra sobre el tema; presento, por otra parte, algunas reflexiones finales. Tales reflexiones tienen que ver con los aspectos o perspectivas de este estudio que no alcancé a profundizar en su análisis y, por lo tanto, no pude concretar. Quiero resaltar que no conseguí analizar toda la información recolectada debido a que me encontré con información valiosa no contemplada en la investigación. Así que, sin más, sean bienvenidos a la realidad social que constituye el mundo vivido de los actores sociales.

Capítulo 1

Violencia: el sentido de la acción o la cuestión de la acción sin sentido

Existen diferentes disciplinas que generan y aplican conocimientos sobre el complejo, abyecto e interesante tema de la violencia. Algunas de ellas son la biología, la etología, la genética, la neurología, la psiquiatría, la psicología. Los estudios socioculturales, a diferencia de éstas, junto con la antropología y la sociología, le conceden a la cultura una gran relevancia en el estudio de este fenómeno. En este capítulo presento un panorama sobre algunas teorías de la violencia, en especial las que me sirven para abordar el tema desde el enfoque sociocultural. Este paisaje abarca diferentes discursos en torno a la violencia, los cuales han propiciado la aparición de múltiples tipologías de ésta. En la actualidad, dichas tipologías carecen de las claves necesarias para profundizar en el análisis e interpretación de la cotidianidad de dicho fenómeno. Sobre todo de la relacionada al tráfico ilegal de drogas.

En efecto, el desentrañar las formas, los motivos, las justificaciones, los sentidos con los que se entreteje este fenómeno sociocultural no es tarea fácil. Además, es un fenómeno que abarca otros campos como el de la política y el de la historia. Para Augusto Escobar, la violencia es “el hecho socio-político e histórico más impactante del siglo XX y, quizá, también el más difícil de esclarecer en todas sus connotaciones en razón de los múltiples factores que intervinieron en su desarrollo” (2000: 321). Y también –agregaría yo– de lo que va del siglo XXI. Así, se nos presenta como sociedad un gran reto “humanístico” del que depende de manera “vital” la sobrevivencia del ser humano y de su entorno socio-espacial. Humanístico porque la violencia es una creación humana, parte integral de la cultura.⁸

En este capítulo menciono, también, la importancia que adquiere la cultura en la explicación del fenómeno, más que como concepto, como *sistema cultural* concreto y

⁸ Si hablamos de humanidad, se puede observar que ya “en el siglo XVIII, el mayor y más efectivo defensor (desde el punto de vista histórico) de este tipo de humanidad era Rousseau, para quien la naturaleza humana común a todos los hombres no se manifiesta en la razón sino en la compasión, en una repugnancia innata [...] de ver a un ser humano semejante sufrir” (Arendt, 1990: 22).

simbólico (Sewell, 2005). Este conocimiento sirve para la comprensión de la violencia misma, permitiendo un distanciamiento de la visión *instintivista* de ésta. Me propongo realizar, además, una construcción de lo que puede ser una *nueva forma* de entender la violencia. Con esto me refiero a pensar la crueldad, la destructividad y el sufrimiento, como las formas en las que el “mal” se presenta como elemento constitutivo de la violencia. Al final, y con la intención de ligar este capítulo con los siguientes –los capítulos empíricos– presento una descripción de cada uno de mis informantes, con la intención de presentar al lector su perfil y que, en ese sentido, sean mejor comprendidas sus “narrativas de violencia”.

La violencia no es un instinto

La violencia parece ser un signo distintivo de la realidad social actual. Es notable su aumento y abyección en estos días, en cualquier país del mundo (sin duda, en algunos más que en otros). Cuando se leen los diarios, cuando se ven los noticieros por televisión o se escuchan por la radio; se descubre a países en guerra, confrontados unos con otros. O en contra de grupos armados al interior de éstos. *Movimientos independentistas, terroristas, guerrillas, paramilitares, narcotraficantes*, son algunos de los actores de esta realidad. Bombas en muchas partes; “hombres bomba”, “carros bomba”. Cada vez son más frecuentes las peleas entre *bandas, clicas, pandillas, maras* (dentro y fuera de las cárceles), entre ciudadanos y policías. Crecen en número los secuestros, los *levantones*, las torturas, decapitaciones. Cada vez más bombas y más balas. A diario se tiene contacto con algún hecho de violencia, directa o indirectamente: se puede ver, oír, hablar de ella. En pocas palabras, la violencia está presente en la cotidianidad; la sufren mujeres y hombres, niñas y niños. Algunas veces en la calle, otras en la escuela, en el trabajo, en el transporte público, en la casa, por televisión.

Hemos llegado a un punto en el que todos ven u oyen, en forma distorsionada o no, lo que sucede en el mundo. Éste se ha convertido en una esfera transparente, permeada por los medios de comunicación de masas, la noticia instantánea [...] la caza casi obsesiva de lo insólito, de lo terrible, de lo novedoso. Todos ven y nadie ve, paradoja inexplicable (Bifani-Richard, 2004: 29).

Pero, ¿Qué es la violencia? ¿Cómo, cuándo y dónde surge? ¿Por qué? ¿Ha existido siempre? ¿Es algo normal, parte de la vida? ¿Es natural al ser humano? ¿Existe más violencia hoy que en el pasado? ¿Es inevitable? Lo que sí se sabe es que la violencia no es inevitable; se le puede evadir, disminuir, apaciguar. La solución no es fácil, sin embargo:

La solución no pueden ser más balas y bombas, y que las prisiones sólo son eso, prisiones y no soluciones. Que nadie jamás ha ganado una guerra; que nunca, a corto o largo plazo, la violencia, la muerte han solucionado, verdaderamente solucionado, situación alguna, bien sea a nivel interpersonal, o en áreas generales (Genovés, 1991: 15).

Aunque el generador más poderoso de violencia es el ser humano, no se le puede atribuir el hecho a su naturaleza animal. Existe, biológicamente, un parecido del ser humano con algunos animales (mamíferos y primates sobre todo). Por esta razón, se cree que el ser humano es como los animales: “agresivo por naturaleza” y, en ese sentido, tender a la violencia. Pensar así es pensar equivocadamente.⁹ “El estudio de los animales muestra que los mamíferos, y en especial los primates –si bien poseen bastante agresión defensiva– no son asesinos ni torturadores” (Fromm, 2009: 19).

Anteriormente (muchos aun lo piensan así), sobre todo para la tesis instintivista, la violencia era considerada como *innata* al hombre puesto que se le atribuía un pasado animal y, en ese sentido, su naturaleza era ser un “salvaje”, un ser violento.¹⁰ De ser así, el ser humano no existiría en el mundo, ya que sus ancestros se habrían matado entre sí. “Desde estos inicios, la cooperación y no la lucha es la que priva. [...] ¿Cómo hubieran podido sobrevivir ante la presencia de los grandes predadores que los circundaban si no hubiese sido a base de cooperación?” (Genovés, 1991: 18). Tanto en los mamíferos como en los primates, la cooperación es mucho más importante para la supervivencia de la especie que la lucha misma. Los animales para poder existir tienen

⁹ Tanto Hannah Arendt (1970) como Erich Fromm (2009) y Santiago Genovés (1991) refuerzan esta idea.

¹⁰ La idea fundamental de este enfoque señala que la violencia y la agresión son la expresión de fuerzas instintivistas, cualesquiera sea su carácter y función. El ser humano es considerado como una especie animal, con sus peculiaridades sí, pero parte y producto de la evolución de las especies y por tanto, sujeto a las mismas leyes básicas. Para Konrad Lorenz (en el caso de los animales), Darwin fue el primero en plantear el valor de la agresividad tanto para la supervivencia de la especie como para la selección de los más fuertes a favor de la selección natural (Bifani-Richard, 2004).

que cazar, comer; no “atacan” en el sentido humano de esta palabra. Sin embargo, a diferencia del ser humano, los animales no cazan a miembros de su misma especie. “Hoy sabemos que si somos únicos [los humanos] es, amén de otras cosas, porque nos entrematamos entre nosotros” (Genovés, 1991: 33).

El ser humano es el único animal capaz de matar en masa a los miembros de su misma especie, es decir, a otros hombres. Por supuesto, no es por su pasado animal. ¿Por qué lo es entonces? Erich Fromm, por ejemplo, afirma la idea de que “el hombre difiere del animal por el hecho de ser el único primate que mata y tortura a miembros de su propia especie sin razón ninguna, biológica ni económica, y siente satisfacción al hacerlo” (2009: 19).

Para demostrar que la violencia no es un instinto ni parte de éste, quiero distinguir los términos de agresión y violencia. Estos términos suelen mencionarse indistintamente para hacer referencia a un mismo acto (Cisneros y Cunjama, 2010). “Agresión y violencia incluyen una abigarrada multitud de fenómenos, que van desde aquellos que involucran al individuo y su potencial de crecimiento y expansión, hasta los que atañen a la humanidad en su conjunto y la afectan globalmente” (Bifani-Richard, 2004: 51). Es cierto que dichos conceptos tienen elementos compartidos y es por eso que en su manejo se presentan –o se confunden– como sinónimos. No obstante, son dos fenómenos diferentes.

El complejo problema de la agresión humana, con sus diferentes sutilezas, ha sido objeto de muy distintas interpretaciones. Algunas de estas se quedan cortas en su afán por explicar el comportamiento humano, al grado de equipararla con la violencia. La agresión, por lo tanto, debe entenderse como un mecanismo natural e innato de los animales que supone una amenaza o implicación de la fuerza.¹¹ La agresión, por supuesto, puede conducir a una lesión pero actuando siempre defensiva y adaptativamente. En el caso del ser humano, la agresión es utilizada cuando se ve en peligro la constitución vital del sujeto. La violencia, por el contrario, no necesariamente implica la fuerza y mucho menos se vale de la amenaza, a veces, sólo se ejecuta sin

¹¹ Como se puede observar, existen diferentes formas de interpretación de la violencia, y de manera sorprendente, se le confunde con otros términos. Hannah Arendt, menciona que “*La fuerza*: en el lenguaje cotidiano la usamos como sinónimo de violencia, sobre todo si la violencia sirve como medio de coerción. Debiera de reservarse, en el lenguaje terminológico, para “la fuerza de la naturaleza” o “la fuerza de las circunstancias” (*la forcé de choses*); esto es, para indicar la energía desatada por movimientos físicos y sociales”. (Arendt, 1970: 42).

más. La violencia no sólo es física, se presenta también de forma simbólica y/o afectando la psique del “otro” a quien se violenta, siendo difícil de mostrarse claramente.

Para H.M. Goldstein, según Patricia Bifani-Richard (2004), existen diferentes concepciones sobre la naturaleza humana según la época. Este autor revela una lista de afirmaciones que demuestran la existencia de una mitología de la agresión que, aunque son ampliamente compartidas, suponen una evidencia insuficiente y quizá nula sobre ésta. Algunas de estas afirmaciones son:

- Los seres humanos son instintivamente agresivos.
- Los actos de violencia extrema, tales como los actos terroristas o el maltrato a la esposa y a los hijos, son cometidos por personas mentalmente enfermas.
- La violencia es el resultado de un impulso agresivo. En algunos individuos y grupos, este impulso es especialmente fuerte.
- La guerra es la expansión de un instinto agresivo. Es inevitable porque los individuos tienen necesidad de satisfacer sus instintos agresivos.

En estas afirmaciones se demuestra la visión determinista y reduccionista que se tiene de las explicaciones de la agresión, y la manera indistinta en que se utiliza este término para referirse a la violencia. Tales creencias niegan toda influencia social, como por ejemplo la educación y la socialización, modelos de comportamiento, valores, presiones grupales e intereses. Por ejemplo, para José Luis Cisneros y Emilio D. Cunjama:

Esto depende también de los valores individuales y los socialmente adquiridos. Si consideramos que los conceptos y valores son construidos socialmente y que la respuesta bioquímica ante ciertas circunstancias externas está condicionada por elementos sociales y culturales, podemos afirmar que la génesis de la violencia, la criminalidad, la inteligencia y la pobreza no se encuentran en la estructura genética (2010: 94).

En pocas palabras, tales creencias, niegan la cultura. Mantienen una sola visión sobre la violencia humana que se puede considerar como fatalista. En este sentido, uno

de los autores que trabajaron este tema y que realizó un gran esfuerzo por distinguir a la agresión de la consideración que se le ha dado a ésta como parte constitutiva de la violencia fue Erich Fromm.¹² Para este autor existe un uso confuso de la palabra *agresión* en la diversa literatura acerca del tema. Así, lejos de ayudar, contribuye a ocasionar malentendidos y formas mal empleadas de su definición en nuevas investigaciones.

Para este autor, sería imposible comprender lo que motiva a la *agresión* (y por ende a la violencia) si se le designa con este nombre a los diferentes impulsos que operan en la actuación del ser humano. Dicho término “se ha aplicado al comportamiento combativo del hombre que defiende su vida frente a un ataque, al asaltante que mata a su víctima para conseguir dinero, al sádico que tortura a un prisionero” (Fromm, 2009: 14). En este punto se encuentra la clave para entender que la *violencia* no es equiparable a la *agresión*. Fromm distingue la *agresión maligna* (destruccion y crueldad) –que para mí es la base de la comprensión de la violencia–, de lo que es la *agresión benigna*, es decir, la agresión defensiva, reactiva e innata.

El cuerpo humano se encuentra capacitado biológicamente para desencadenar procesos bioquímicos que pueden resultar en acciones extremas y diversas que corresponden a la conservación, protección, etc., por ejemplo pensemos en un sujeto que se enfrenta ante el proceso bioquímico inspirado por un momento de alarma o de peligro, el cuerpo comienza a segregar adrenalina y lo pone en un estado de alerta preparándolo (los cabellos de todo el cuerpo se erizan, los músculos se tensan, se acelera la presión arterial y los sentidos se agudizan) para efectuar dos caminos que lo llevarán a salir del peligro; la primera es la huida y la segunda es el enfrentamiento, estos procesos son motivados por una serie de reacciones biológicas para sobrevivir. (Cisneros y Cunjama, 2010: 94).

Para Fromm, por el contrario, la *agresión maligna* supone un interés, específicamente humano, a la destrucción y al ansia de un poder absoluto. Un comportamiento aprendido y cruel. El ser humano está dotado de una constitución biológica tal, que le permite realizar los actos más crueles que se pueda uno imaginar. No obstante, “para

¹² En su obra “*Anatomía de la destructividad humana*” (2009), el fin principal es analizar la naturaleza y las condiciones de la *agresión maligna*, uno de los dos tipos de agresión enteramente diferentes, y que a lo largo de este trabajo, lo equipara con la noción de lo que para mí, él entiende como violencia.

que esto ocurra su medio social es determinante, pues es quien establece las condiciones necesarias para que los procesos biológicos se desencadenen en actos atroces” (Cisneros y Cunjama, 2010: 94-95). Por otra parte, en cuanto a la agresión innata, existen dos enfoques que contribuyeron a pensar en ella como la explicación de la violencia. Me refiero a los enfoques *instintivista* y *conductista*. El primero presenta dos modelos: el *etológico* y el *psicoanalítico*. El principal exponente del modelo *etológico* fue Konrad Lorenz.

Lorenz dio el nombre de “etología” al estudio del comportamiento animal, y es una terminología peculiar, ya que etología significa literalmente “la ciencia del comportamiento” (del griego *ethos*, “conducta”, “norma”). Para referirse al estudio del comportamiento animal Lorenz hubiera debido llamarlo “etología animal”. El que dijera etología sin más implica, naturalmente, su idea de que el comportamiento humano se ha de comprender dentro del comportamiento animal (Fromm, 2009: 16).

De esta manera, la etología de Lorenz considera a toda la agresión humana, incluso a la violencia, como resultado de una agresión biológicamente dada. No obstante, esta postura es la que quiero refutar en los capítulos siguientes, donde aparecen los datos empíricos que la pueden volver indefendible. Respecto al segundo modelo, el del psicoanálisis, la figura principal fue Sigmund Freud. Aunque éste contribuyó de manera importante al tema de la agresividad humana, sus premisas de los *impulsos egoístas*, a decir los de la alimentación y el sexo, fueron superadas posteriormente dentro de su obra. Reconoció que la vida se rige por otras pasiones – amor y destrucción– a las cuales les dio el nombre de “instinto de vida” e “instinto de muerte”, elevando así a la categoría de una pasión cardinal en el hombre, la cuestión de la destructividad humana.

Esta teoría de la agresividad innata se convirtió en la ideología predominante que fue interiorizada, de manera importante, en el pensamiento común de la época de estos autores. Dicha teoría coadyuvó a fortalecer la sensación de que nada se puede hacer para frenar o disminuir la violencia. Por otra parte, el segundo enfoque dominante en la psicología sobre la explicación de las causas de la agresión humana es el del *conductismo*. Esta teoría se encargó de criticar el enfoque instintivista de Lorenz acerca de la agresión:

A diferencia del instintivismo, la teoría conductista no se interesa en las fuerzas subjetivas que impulsan al hombre a obrar de determinado modo; no le preocupa lo que él siente, sino sólo el modo que tiene de conducirse y el condicionamiento social que configura su comportamiento (Fromm, 2009: 17).

El objeto de estudio de esta escuela de pensamiento psicológico fue el comportamiento en sí y no los sujetos que tienden a comportarse de tal o cual forma. Así, estas dos posturas (etológica y conductista), admiten fundamentalmente la misma tesis: las acciones agresivas del hombre manifestadas en la guerra, el crimen, las pugnas personales y, en general, todo tipo de comportamiento destructivo, se debe a un instinto *innato* que busca una salida y espera el momento indicado para exteriorizarse. Esta perspectiva que considera que la violencia es *innata* al ser humano, se queda corta al intentar dar una explicación del fenómeno. Por el contrario, pienso que la violencia es una construcción sociocultural configurada por la interacción de las personas en la vida cotidiana. La violencia, entonces, se aprende y fomenta en la sociedad; “se establece como parte de la cultura y por tanto exclusiva del ser humano, la violencia se establece como fruto de la diferencia de ideas entre los seres humanos, y motivadas por la desigualdad” (Cisneros y Cunjama, 2010: 95).

Violencia: aprendizaje y cultura

Con la cultura surge la violencia generalizada e institucionalizada. Se ha mencionado ya que la violencia no tiene su origen en los instintos, aún cuando el ser humano sea muy parecido biológicamente a los animales. La violencia, entonces, es un fenómeno exclusivo del ser humano, que aunque está lejos de ser un comportamiento arraigado en todas las personas, es una acción aprendida culturalmente.¹³ La violencia se instituye por medio del contexto sociocultural que envuelve a los sujetos y del que, a su vez, forman parte.

¹³ “Por acción debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo” (Weber, 1984: 5). Esto es, una conducta comprensible.

En consecuencia un abordaje desde esta perspectiva presupone comprender que muchos de los esfuerzos por buscar respuesta al fenómeno de la violencia parten del basamento conceptual de cultura, en la medida en que ésta adquiere importancia, dado que de ella se determina la forma de interacción entre los sujetos y su entorno. (Cisneros y Cunjama, 2010: 96).

Es en este sentido que quiero posicionarme teóricamente. Las ciencias sociales reconocen la existencia de dos teorías contrapuestas (pero no las únicas), que explican la realidad de la vida social. Una es la *estructural- funcionalista* representada por el sociólogo norteamericano Talcott Parsons. Esta teoría, objetiva, se caracteriza por enfatizar la existencia de condiciones estructurales y sistémicas que condicionan la conducta de los actores en su actividad social. La otra teoría es, precisamente, la *comprensivo-reflexiva*, la cual tiene en Max Weber a su principal representante, quien le concede especial importancia a la *comprensión del sentido* de determinadas formas de conducta.

La teoría de la *estructuración*, del sociólogo británico Anthony Giddens (2006), supera esta antítesis tradicional al reconocer que ambos factores están relacionados. Para esta teoría, las conductas humanas reproducen las estructuras. Pero, a su vez, también las producen. Es decir, el hecho de que existan estructuras externas al individuo que influyen en su acción, no la determinan. Siguiendo esta postura se puede afirmar que, aunque la violencia es aprendida culturalmente, no todos los sujetos hacen uso de ella. La teoría de la estructuración le otorga gran importancia a la *reflexividad* y a la *agencia* (*agency*), dos figuras interesantes que utilizo para la interpretación de los datos de esta investigación.

La primera (la *reflexividad*) tiene que ver con el rechazo a ver la conducta humana como resultado de fuerzas que los sujetos ni gobiernan ni entienden. Tiene que ver con la consciencia operando a un nivel discursivo. No obstante, la reflexividad “no se debe entender como mera *auto-conciencia* sino como el carácter registrado del fluir corriente de una vida social” (Giddens, 2006: 41). El acto reflexivo considera la conducta del propio sujeto, pero al mismo tiempo la de los “otros”. La noción de *agencia*, por otra parte, se refiere a la capacidad que tiene un *agente* o un *actor* de *obrar* en el mundo, o de abstenerse de hacerlo. La consecuencia de esto es el hecho

de poder influir sobre un proceso o un determinado estado de cosas de su cultura. Pero ¿qué es la cultura?, ¿cómo se entiende? Al igual que la violencia, es un concepto difícil de definir, no obstante, tiene dos sentidos principalmente. El primero se refiere a su enunciación en singular:

La cultura es una categoría teóricamente definida o un aspecto de la vida social que debe abstraerse de la compleja realidad de la existencia humana. En este sentido [...] se contraponen [...] a otros aspectos o categorías igualmente abstractas de la vida social no consideradas cultura, por ejemplo, economía, política o biología. Designar algo como cultura o como cultural equivale a postular una particular disciplina [...] académica [...] o también un particular estilo o estilos de análisis [...] [En cuanto al segundo sentido, en plural]: la cultura designa un mundo delimitado y concreto de creencias y prácticas [...], la cultura se considera como perteneciente a una sociedad (Sewell, 2005: 374).¹⁴

Con respecto a definir la *cultura* como una categoría de la vida social, es decir, en su sentido singular, se puede conceptualizar de diferentes maneras. Como *comportamiento aprendido* (concepto vago), como *producción de sentidos*, como *campo de creatividad* (oposición cultura-estructura). Pero también, y quizá sean estas dos últimas conceptualizaciones las más abarcadoras, como *sistema cultural* (predominante en la antropología) y, por último, como *actividad práctica*, esto es, “que se dispara a través de la acción intencional, las relaciones de poder, la lucha, la contradicción y el cambio” (Sewell, 2005: 381).

El concepto de cultura como *sistema cultural*, se construye a partir de tres rasgos que son los que más han “significado” en la historia del concepto. Estos son las *costumbres* (las cuales cobran una gran importancia en la constitución del significado), *los modelos* y *los significados*. Por ejemplo, “mientras el arte y la moral son universales, las costumbres –los mores– representan lo particular concreto, los escenarios locales en cuyo interior las personas ordenan la trama de su existencia cotidiana” (Pasquinelli, 2005: 222). Sin embargo, el segundo rasgo (el de los *modelos*), desplazará al de las costumbres. Esto se conoce como la fase concreta, es decir, comienza un proceso de abstracción de la cultura donde termina de verse como concepto.

¹⁴ Las cursivas son mías.

La materia de la cultura ya no es cualquier capacidad o hábito adquirido por el hombre como miembro de una sociedad sino que se circunscribe a los sistemas de valores y modelos normativos que regulan la conducta de las personas pertenecientes a un mismo grupo social (Pasquinelli, 2005: 225).

La fase simbólica de la cultura, por otra parte, se refiere a que, una vez más, tendrá que cambiar sus contenidos. Aquí, la cultura se relaciona con “*telarañas de sentido*” o más precisamente con *estructuras de significado socialmente constituidas*” (Pasquinelli, 2005: 226). Así, al considerar a la violencia como forma aprendida, quiero señalar que aunque existen en el ser humano comportamientos *innatos* (como comer, dormir, soñar, etc.), otras cuestiones como la personalidad o el temperamento, dependerán de lo aprendido. Ya sea en el hogar, en la escuela o en la calle. Donde, además, entran en juego *las costumbres, los modelos y los significados* con los que las personas estructuran sus experiencias en la vida cotidiana. Es decir, su *sistema cultural*.

Desde esta perspectiva, la violencia termina imponiéndose a cada sujeto bajo prácticas y formas simbólicas interiorizadas a través de una cultura subjetiva. Tal cultura es compartida y reproducida de manera colectiva a través de ciertas actividades, prácticas, conductas, pensamientos, juicios y –como en el caso concreto de esta investigación– “narrativas”, que forman parte de un orden cultural constitutivo de la realidad social. Ya lo dice Santiago Genovés: “la enseñanza, las costumbres, las tradiciones –todas ellas cambiables y transformables– son las que nos hacen ser violentos en un momento dado, no los genes. [...] La educación, en su concepción más general, lo aprendido” (1991: 84).

Maldad, crueldad y muerte

En ocasiones, la violencia aparece en sí y para sí, no presenta otro fin más que el de la violencia por la violencia. Además, puede aparecer en distintas y variadas situaciones de delincuencia y criminalidad como lo son, por ejemplo, las violaciones. También puede presentarse en los actos “extradeportivos” de las “porras” o “barras” al término de los partidos de fútbol. Otras veces, la crueldad de la violencia sólo se presenta en el

transcurso de la acción y se olvida del sentido de su nacimiento (este puede ser el caso de la violencia perpetrada por los grupos del narcotráfico en México). Para los dos casos, se puede hablar de la *violencia absoluta*, pues “no necesita de ninguna justificación” (Sofsky, 2006: 52).

Menciono, a continuación, un ejemplo de este segundo tipo de *violencia absoluta*. La narración es sobre una de las muertes perpetradas por un grupo de *sicarios* de un cártel de la droga en México, a un miembro de un grupo rival.¹⁵ El fin de esta ejecución, era en un principio, vengar la muerte de un hermano del segundo hombre en la jerarquía de dicha organización:

Como ocurría muy a menudo, Tiburón (seudónimo dado en este libro a quien se ha mencionado como el segundo hombre al frente del cártel) se dirigió a quienes estábamos presentes con las siguientes palabras: “La muerte de este pinche puerco será ejemplar”. Nunca había visto así de encabronado a mi compadre, quién pidió que desataran al cabrón y que lo pusieran a gatas. En este punto el bato ya estaba muy jodido por los golpes, no podía sentarse, tenía los ojos cerrados, escupía sangre y no decía nada. Tiburón decidió meterle un tubo por el culo. Al principio le tomó mucho esfuerzo para introducirlo; empujó y empujó, luego lo giró hasta que finalmente entró. El bató soltó un grito débil. Mi compadre metió y saco varias veces el tubo hasta prácticamente destrozarle el culo al puerco, que chorreaba sangre por todas partes. Su cuerpo fue colgado en uno de los puentes de la entrada de la ciudad en la que lo habíamos levantado. Sobre la carne reventada de su estomago pusimos una cartulina que decía: “Tu territorio será como el culo de tu hermano: del más verga”. El cerdo, debo decir, era el hermano del líder de una célula del cártel enemigo (Reyna, 2011: 138).

¿Tiene la violencia algún *sentido* más allá de sí misma? Aunque la violencia revela varios aspectos a la vez, este tipo de violencia se aleja de todo fin político o social. Se aleja, también, de cualquier tipo de justificación como podrían ser los “actos de justicia por propia mano”. Se distingue, entonces, del otro tipo de violencia que se ejerce para conseguir algún fin. Me refiero al caso, por ejemplo, de algunos

¹⁵ Este fragmento, es extraído del libro “*Confesión de un sicario. El testimonio de Drago, lugar teniente de un cártel mexicano*”, y que fue escrito por el periodista Juan Carlos Reyna, a raíz de las entrevistas que le hizo a este “sicario”, como miembro del Programa de Testigos Protegidos de la Procuraduría General de la República.

“linchamientos” de personas cometidos por habitantes de colonias o pueblos. Esto, debido al intento de robo o de secuestro de algún objeto material (ya sea perteneciente a una propiedad particular o de algún recinto eclesiástico), o del secuestro o abuso de un niño, niña u otro habitante de la comunidad.

En los actos de *violencia absoluta*, por lo tanto, “desaparece completamente el sentido en beneficio del sinsentido, queda abolido por el disfrute puro, por la asocialización completa del sujeto, reducido a su animalidad” (Wieviorka, 2003: 157). ¿Se puede pensar, entonces, en lo que para Michel Maffesoli sería el *espíritu animal*?¹⁶ Para él, en la *animalidad serena* se reafirma la personalidad plural, compuesta, antagónica, contradictoria; ya sea a través de la furia o de la calma siempre caprichosas. Así, esta integridad dionisiaca implica el “mal”.

La muerte, el diablo, el mal, el animal son, por consiguiente, participes de un conjunto al cual no se le puede quitar un pedazo de manera arbitraria o intelectual [...] Es este holismo fundamental, arcaico, tradicional, el que está resurgiendo en nuestros días [...] “Vemos llegar el tiempo de los asesinos” (Maffesoli, 2005: 69).

¿De qué manera se presenta el “mal” en la actualidad? ¿Aparece como la figura preponderante de la violencia? ¿Cuáles son sus formas, si se comparte esta idea de Maffesoli, de que, lo aceptemos o no, el “mal” está ahí, constante y es connatural a lo mundano; y que pasa lo mismo con lo “monstruoso”, constitutivo de la naturaleza humana en donde se complementan el bien y el mal?¹⁷ De esta forma, se puede pensar, entonces, en la crueldad, la destructividad, el odio, el sufrimiento, como las formas en las que el “mal” se presenta como elemento constitutivo de la violencia. El “mal” se hace presente, está inserto en la cotidianidad de la actualidad, se observa por todas partes. Para Hannah Arendt (1990), se muestra en los “tiempos de oscuridad”,

¹⁶ En su obra *“La tajada del diablo”* (2005), pretende mostrar una tendencia a fondo de lo que sería la vida posmoderna: la relación orgánica del bien y del mal, de lo trágico y del júbilo. El autor, conduce a pensar en la paradoja que existe cuando al aceptar el mal en sus diversas modulaciones se pueda encontrar una cierta alegría de vivir. Esto no es más que lo contrario de la negación de la muerte y el corolario de la integración del mal con el resto que le acompaña.

¹⁷ La noción del ‘monstruo’ es importante aquí, puesto que muchos de los actos de violencia son atribuidos, por mucha gente, a individuos que no son ‘humanos’, ya que semejantes actos no logran ser adjudicados a personas comunes y corrientes. Así que desde la antigüedad, “de muchas formas, los monstruos estaban allí, en un rincón, como una sombra, dándose silenciosamente a ver, estableciendo extraños vínculos con las mujeres, los criminales y los indios” (Gorbach, 2008: 22).

donde un hombre que se esconde no necesita seguir viendo el mundo visible, el cual se le presenta como extraña irrealidad que las relaciones humanas adoptan cada vez que se desarrollan en la falta absoluta de un mundo común a todas las personas.

Los mitos, los cuentos y las leyendas, los filmes, el terruño, lo trágico de la vida cotidiana; todo eso repite con singularidad, la ontogénesis de la existencia individual y colectiva. Todo esto dice y repite que a un lado del bien se encuentra el mal (Maffesoli, 2005: 68).

El “mal” se puede resumir como la ambivalencia estructural que mezcla al placer y al dolor. “La verdad es que todas las pasiones humanas, tanto las ‘buenas’ como las ‘malas’ pueden entenderse solamente como el intento por una persona de que la vida tenga sentido, y de trascender la existencia trivial, mera sustentadora de vida” (Fromm, 2009: 24). La crueldad, por otra parte, –como forma constitutiva del mal– aparece cuando el sentido de la acción es rebasado. En ese sentido, en los actos de crueldad se puede encontrar:

El placer del desorden, el escenario del sufrimiento de las víctimas, el deseo de traspasar todo límite. Encontramos también el hábito de la indiferencia, el ritual repetido de la escenificación, el desarrollo regular de la fiesta de la matanza. Encontramos igualmente la creatividad del exceso [...] el plan realizado con éxito, el cálculo, la racionalidad de la crueldad (Sofsky, 2006: 49).

La crueldad es una perversión, un sentimiento de placer allí donde debería sentirse naturalmente dolor. Es un placer perverso, que aun cuando es la conciencia intensificada de la realidad, “salta de una franqueza apasionada al mundo y al amor por él. Ni siquiera el hecho de saber que el mundo puede destruir al hombre desmerece el ‘placer trágico’” (Arendt, 1990: 16). Pero lo que confunde de la crueldad es su tendencia mutable. Aparece como exceso. No obstante, “la temática del dios creador del mal, o del mal proveniente del seno mismo de Dios es en realidad una manera de legitimar este exceso: “parte maldita” (G. Bataille), “sombra” (C.G.Jung), “instante oscuro” (E. Bloch), y de otorgarle el lugar que le corresponde” (Maffesoli, 2005: 84). El sentido común es inoperante para entender qué sucede, le cuesta un gran esfuerzo por

comprender tales “monstruosidades” y, sobre todo, saber de dónde provienen y qué pasa cuando acontecen.

Debido a ese instante que todo lo trastorna, aquel que mira se vuelve prisionero de la cosa corporal que lo encarna, transformando en una argucia más de la voluntad de potencia, fragmento de un mundo informe, caótico, aterrador, pero posible” (Gorbach, 2008: 219).

La imaginación, a veces, es el único recurso, pues la comprensión no alcanza. No obstante la imaginación también sirve a la violencia. Puede ser tan grande y convertirse en una obsesión: “la violencia imaginada [...] es libre; se puede pensar en ella sin peligro y, por lo tanto, invita al acto” (Sofsky, 2004: 21). El acto, por supuesto, concluye en la muerte. La fertilidad, posibilitadora de vida, importa poco en los fenómenos de exceso, de *violencia absoluta*. Por el contrario, lo que predomina es la puesta en escena “aterradora” de lo que es la muerte. Así, “al exacerbar la muerte, al imitarla se dramatiza, se vuelve familiar” (Maffesoli, 2005: 57). El llamado de la muerte y su escenificación, representan, a largo plazo, que la finitud está presente, que le llega a todos.

Es bien conocido el pensamiento de que “la muerte nos espera a todos, a unos antes que a otros”, lo cual no implica que la muerte, sobre todo la que llega a través de la violencia, sea justificable por el sólo hecho de que es inevitable, connatural al hombre. La muerte sí lo es, la violencia no. Aquí es donde se entreteteje la relación entre éstas (violencia y muerte). “La muerte es la violencia absoluta” (Sofsky, 2006: 57). Pero ¿quién es capaz de matar? Aquel que al hacerlo –como se mencionará más adelante– se vuelve libre, y al matar, lo puede todo. De esta forma se libra de la muerte. “El hombre asesina por sobrevivir al otro. El acto de asesinar es la forma más sencilla y más baja de la supervivencia” (Sofsky, 2006: 58).

Estas consideraciones no implican que la maldad, ejemplificada en la destructividad y la crueldad y, al final del acto, en la muerte, no sean vicios. Lo único que significa es que tales vicios son humanos. Rompen con la vida, el cuerpo y el espíritu; no sólo destruyen a la víctima sino además al victimario. Constituyen una paradoja, pues en su afán por buscarle un *sentido* a la vida, le dan *vida* a la muerte. Así, la violencia aparece de numerosas formas, algunas veces como fin en sí misma (la

violencia absoluta), y en este caso se podría pensar que su *sentido* se encuentra en la búsqueda de placer.

Cuando el código de injurias se intensifica, el aborrecimiento humano puede llegar hasta el gesto mortal, con lo cual la violencia adquiere el carácter de experiencia fecunda, capaz de causar disfrute a quien la genera. Emerge entonces la posibilidad de que se transmita a otros –por contagio mimético– el deleite del matador, momento en que matar aparece como la manera suprema de poseer a la víctima (Restrepo, 2005: 15).

En otras ocasiones, son más bien las circunstancias las que la hacen posible, donde aparece tan sólo como un medio y no como un fin. Sólo en algunas ocasiones y sólo cometida por algunos actores. Sin embargo, en todos los casos se desatan fuerzas tremendamente destructivas y crueles, cargadas de exceso que escapan por completo a la comprensión humana. Estos aspectos conforman el nudo de su constitución y, quizá, formen parte de lo que pueda ser la definición de tan atrayente fenómeno.

La violencia del *sinsentido* o la “monstruosidad” de lo humano

Me interesa iniciar este apartado con una idea que trae a discusión el debate sobre lo humano y lo inhumano. Esto último, al ser la antítesis de lo primero, se ha relacionado – desde la antigüedad– con la noción de lo *monstruoso*.¹⁸ Este rostro muestra el *sinsentido* y la fractura, el primero, el nuevo orden de sentido y los desgarros de su dominación. No obstante, “el hombre más sádico y destructor es humano [...] Podrá decirse de él que es un hombre enfermo y torcido que no ha podido hallar una solución mejor al problema de haber nacido humano [...]” (Fromm, 2009: 24). Las pasiones humanas tienen la capacidad de conducir al hombre hacia una dirección, tratando de procurarle un *sentido* a sus actos. Las pasiones al hombre lo vuelven humano,¹⁹ creador y destructor a la vez:

¹⁸ Michel Foucault (2000), en su obra *Los anormales*, expone la noción de “monstruo” tras realizar un análisis de la anomalía tal como funcionaba en el siglo XIX. No obstante, para Frida Gorbach, “como un explosivo oculto que hace estallar todas las paradojas, en el presente el monstruo es una exhortación para salir de la prisión de uno mismo, romper con ese cautiverio y salir al encuentro de aquello que del mundo es más extraño” (2008: 221).

¹⁹ Pero, las pasiones sólo pueden entenderse si se les reconoce por lo que son: “el intento del hombre de hacer que la vida tenga significado y de sentir el máximo de intensidad y fuerza que pueda (o crea poder) lograr en las circunstancias dadas” (Fromm, 2009: 23).

Grita el ser humano su grito desgarrado, pero en su terror animal hay también una llamada. Destructor y agresor, es asimismo artífice. Su habilidad para crear parece infinita. Puede imaginar formas distintas a las que se le ofrecen a su mirada. Puede concebir estructuras nunca vistas. Puede domeñar la aparentemente indómita energía que mueve los sistemas vivientes, desafiar la fuerza de gravedad, alterar los ciclos de los compuestos químicos indispensables para la vida y puede también matar, matar con eficiencia y para los siglos por venir (Bifani-Richard, 2004: 26).

En esta parte, es importante esbozar la definición de *sentido* de Max Weber (1984), ya que dicho concepto es hilo conductor de este trabajo. Weber lo define como la mixtura del “sentido mentado”, que no es más que la explicación que el propio individuo da a su acción; con el “sentido subjetivo”, es decir, la explicación interna de la acción del individuo. En otras palabras, una acción con *sentido* es una conducta comprensible. Sin embargo, este mismo autor reconoce que no todo lo que no es comprensible, carece de sentido.

Los procesos místicos, no comunicables adecuadamente por medio de la palabra, no pueden ser comprendidos con plenitud por los que no son accesibles a ese tipo de experiencias. Pero tampoco es necesaria la capacidad de producir uno mismo una acción semejante a la ajena para la posibilidad de su comprensión. El poder revivir en pleno algo ajeno es importante para la evidencia de la comprensión, pero no es condición absoluta para la interpretación del sentido. (Weber, 1984: 6).

El *sentido* de una acción, entonces, se da por medio de la relación de ésta con el fin, así, la justificación de la utilización de la violencia puede existir pero no podrá ser legítima. “Su justificación pierde plausibilidad cuanto más lejano esté su fin. Nadie impugna el empleo de la violencia en defensa propia, dado que el peligro es tan obvio como presente, y el fin que justifica los medios es inmediato” (Arendt, 1970: 48). Así, el *sentido* de la violencia radica en la justificación que se le pueda dar. Se ha mencionado antes que la violencia ejercida de las más diversas formas, con crueldad o sin esta, puede parecer desplegada sin razón alguna. Aunque por más que se busque en sus recovecos más inaccesibles y no se encuentre ningún *sentido*; y tal parezca que es sólo un ansia de placer la que la alimenta. Es decir, que la violencia por la violencia habita en el terreno del *sinsentido*, como fin en sí misma.

No obstante, hay que considerar que una gama de emociones, sentimientos, condiciones y contextos sean, quizá, los que puedan posibilitar y motivar su acción. No hay que olvidar, como afirman Cisneros y Cunjama, que “el funcionamiento biológico de las emociones está condicionado por el sistema social y cultural” (2010: 94). Me refiero, entonces, al odio, al placer, al poder, a la subordinación, a la impunidad y a la corrupción. Pero también a la libertad, al miedo y al terror. Habrá que considerar, entonces, parafraseando a Max Weber (1984), que los procesos y objetos ajenos al *sentido* se encuentran en la acción como: ocasión, resultado, estímulo u obstáculo de la acción humana. Sin embargo, el hecho de ser ajeno al sentido no significa ser inanimado, o no humano.²⁰

Entender esto es muy importante, puesto que la atracción a la crueldad y a lo destructivo se presenta, en mayor grado, en las sociedades actuales. Para Carlos Mario Perea (2006), la sociedad contemporánea instituye al sujeto, el individuo desvinculado auto contenido en el deseo y el miedo. Un buen ejemplo sobre la atracción a la crueldad son las imágenes que presentan los medios de comunicación –las cuales, muchas veces, vemos dispuestos y sin sorpresa– sobre la violencia actual en México relacionada al tráfico ilegal de drogas, ya sea “por la búsqueda de un placer, por el placer mismo” (Cisneros y Cunjama, 2010: 98). Dichas imágenes se caracterizan por lo abyecto, lo cual se refiere “[...] a algo repugnante o perturbador [...] Los objetos abyectos son aquellos que horrorizan, que alteran la identidad, que trastornan el orden, que trascienden los límites del sentido” (Ovalle, 2010: 103).

Sin embargo, por mucho que nos afecten las cosas del mundo, por profundo que nos estimulen, sólo se tornan humanas para nosotros cuando podemos discutir las con nuestros semejantes. Aquello que no pueda convertirse en objeto de discurso (lo verdaderamente sublime, lo verdaderamente horrible o lo sobrenatural) puede hallar una voz humana a través de la cual sonar en el mundo, pero esto no es con exactitud humano. Humanizamos aquello que está sucediendo en el mundo y en nosotros mismos con el mero hecho de hablar sobre ello y mientras lo hacemos aprendemos a ser humanos (Arendt, 1990: 35).

²⁰ Lo no humano siempre se ha considerado como algo proveniente del “más allá”, algo “demoniaco” que adquiere su representación más viva en la figura del monstruo: “ser extraño, singular, desviado, cuya existencia misma transgrede la norma [...]” (Gorbach, 2008: 38).

¿Será, entonces, que no se puede hablar de lo inhumano de la violencia sino en la medida en que los actos violentos escapen, realmente, a la ejecución propiamente humana, aun cuando sean actos en sí y cometidos por criminales con un elevado grado de crueldad? ²¹ El *sentido* de la violencia puede resultar difícil de encontrar, de desentrañar. Se puede dificultar su análisis debido a que tanto sus motivaciones como sus límites cargados de exceso –en variadas ocasiones– son sobrepasados, escapándose de la comprensión, hasta el punto de no ocurrirse otra idea más que la de una “locura” entendida como una acción irracional. No obstante, para Hannah Arendt “la violencia, siendo instrumental por naturaleza, es racional en la medida en que resulta eficaz para alcanzar el fin que debe justificarla” (1970: 70).²² Sin embargo, la acción violenta no puede ser considerada siempre así, racional.

Puede combinarse con elementos racionales, hasta el punto de que parece posible aplicar a ciertas matanzas la noción propuesta por Jacques Sémelin de “racionalidad delirante”, mezcla de cálculo frío y de locura que remite, según él, “a dos realidades de naturaleza psiquiátrica”. La primera, es la de una actitud de tipo “psicótico” con respecto a otro ha quien hay que destruir [...] Es en la negación de la humanidad de ese otro “bárbaro” donde reside la parte psicótica de la relación del verdugo con su futura víctima. Pero “delirante” puede significar, además, una representación paranoica de este otro percibido como una amenaza, es decir como encarnando el mal (Wieviorka, 2003: 159).

El hecho de darle justificaciones de este tipo a las acciones donde se presenta la violencia es, ciertamente, muy escueto. La violencia no se origina en el cerebro. Ya lo ha mencionado Santiago Genovés (1991), en un capítulo de su libro que lleva el nombre de “*Neurología de la violencia. La psiquiatría sí, pero no*”. Se trata de un todo complejo en donde interviene, además de los procesos neuronales, claro está, el medio ambiente que nos rodea a los seres humanos. Aquí se presenta la cuestión de la cultura como generadora de violencia. En cuanto al medio en el que el hombre está

²¹ El criminal, para el derecho natural, no puede ser tratado como un monstruo (esta es la posición de los derechos humanos). Aunque transgreda “los límites de la razón, aun así, no es un sujeto expuesto al rigor de un poder absoluto y arbitrario. Se le castiga con base en la razón y la conciencia” (Cajas, 2009: 30).

²² Se entiende por instrumental en cuanto que es un medio para un fin. De esta manera, el fin es lo que dirige a la violencia y así, justifica su empleo.

inmerso, se puede señalar que tiene diferentes aristas. Una de ellas es la educación y es por medio de ésta que las personas se integran en menor o mayor medida con el contexto sociocultural que les rodea, de “mejores” o “peores” formas.

No obstante ser la violencia un fenómeno constitutivo de cultura, fundador de una alabada tradición heroica, con el advenimiento de la modernidad y a partir de los esfuerzos ilustrados por separar justicia y violencia, ésta última empieza a cargar con los perfiles del mal absoluto. Desde entonces nadie quiere reconocer de manera explícita que la ejerce. La violencia se convierte en un hecho censurable, cuya emergencia debe ser negada para que no ponga en entredicho la existencia de pacíficas reglas de convivencia (Restrepo, 2005: 19).

La sociedad, el contexto al que se pertenezca tiene la capacidad de influir en las personas. De ahí que se siga la idea de que algunas sociedades son más proclives que otras a influenciar y a intervenir en el comportamiento de las personas, en sus sentimientos y en sus motivaciones en la vida. El *miedo*, por ejemplo, es uno de estos sentimientos que funcionan también como motivador de la conducta. Así, se torna relevante su relación con la violencia, pues para que ésta opere necesita de motivaciones y de fines. Una motivación, entonces, es el miedo. “La violencia y el miedo, constituyen el anverso y el reverso de un mismo problema [...] manifiestan una relación simbiótica y compleja [...]” (Cajas, 2009: 199).

El *miedo* no es lo mismo que la angustia pero se le parece, se pueden confundir. Tampoco es lo mismo que el *terror*, éste es un sentimiento de peligro mucho más intenso e inmediato. Tiene la característica de presentarse de golpe, pero además, a diferencia del miedo, que se instala por más tiempo, en los acontecimientos en los que el terror se presenta el tiempo desaparece.²³ “La destrucción del sentido del tiempo es un efecto fundamental de la violencia en su grado máximo. Su consecuencia es la des-subjetivización total. La presencia del terror es de una inmediatez absoluta” (Sofsky, 2004: 105).

²³ Se ha hablado ya de la “cultura del miedo”, y quien lo hizo por vez primera fue Guillermo O’Donnell al explicar los efectos causados en los argentinos por parte de la dictadura en su país. Otro autor que retomó esta frase fue Norbert Lechner para explicar los miedos ciudadanos en Chile ante el problema de la delincuencia. Lechner afirma que “un modo de morir antes de la muerte es el miedo. La gente muere de miedo” (Cajas, 2009).

Del *miedo* se puede decir que es un sentimiento vital de amenaza, ya sea real o imaginaria. “El miedo se hace presente tanto en la gramática de la guerra como en la filigrana de la paz” (Cajas, 2009: 26). Esta amenaza se encuentra fijada en un objeto concreto que, en muchos casos, puede ser la víctima. Así es, aquél o aquella que representa al enemigo y de quien se debe de cuidar, prevenir de un ataque, es quien termina siendo víctima del arrebato y a su vez –cuando la *violencia es absoluta*– del terror. Cuando me refiero al *terror* quiero distinguirlo del *miedo*, principalmente, por el grado de crueldad con el que aparece, pero no solamente. Aquí el tiempo adquiere una significación cardinal. En los actos de violencia, “el tiempo de la acción es muy distinto al tiempo del sufrimiento” (Sofsky, 2004: 104). El tiempo que transcurre cuando se presenta el *terror* no es la violencia misma, sino la estructura que conforma parte de las vidas y el sufrimiento de las personas. Si se fotografiara a personas en el justo momento de sufrir un acto de este tipo, se vería que sus caras desencajadas, serían puras muecas de terror, y como sus manos se convertirían en garras (Sofsky, 2004:).

Cuando el *terror* se apodera de las personas éstas se sienten sometidas. No pueden huir ni protegerse, no tienen posibilidad de defensa. Donde se presenta la *violencia absoluta*, en forma de *terror*, se destruye la noción del tiempo. Se convierte en una violencia lenta, “[...] que se toma su tiempo para prolongar los tormentos y dolores de las personas. Paso a paso se pone en marcha, se regulariza, se interrumpe, aumenta de nuevo y vuelve a interrumpirse hasta llegar a la última fase” (Sofsky, 2004: 88). Lograr acercarse a la comprensión de los actos de violencia, sobre todo a los de *violencia absoluta*, parece ser todo un reto hermenéutico.

Hay que considerar otro escenario posible y otro sentimiento que, al igual que la violencia, puede ser absoluto también: el de la *libertad*. Este sentimiento da la posibilidad de escapar a esos acontecimientos como en los que aparecen los sentimientos del *miedo* y el *terror*. La seguridad de sentirse a salvo, de poder huir y de escapar al sometimiento. En otras palabras, de estar vivo. No obstante, el sentimiento de *libertad* también puede ser motivo de violencia. Esta necesidad es, quizá, una de las motivaciones que conducen al criminal a actuar como lo hace: “el sujeto violento adquiere su libertad tomándosela sencillamente, cruzando la frontera que le abre la orden de una instancia superior” (Sofsky, 2004: 103).

Quizá por un afán de expansión de sus dominios ya conquistados. Quizá, también, por no lograr despojarse de las “cadenas” que lo atan a la norma, a la condición humana. Quizá por eso quiera dejar de hacer el “bien”, ser libre. “El sufrimiento y la muerte de la víctima infunden en el autor el aumento de una soberanía absoluta, pues se ha desprendido de los lastres de la moral y de la sociedad. Esta libertad es incontentable” (Sofsky, 1996: 56). Cada nuevo acto de violencia –donde la maldad se expresa por la crueldad con que se comete– cada nueva muerte, provoca en el criminal una sensación de que no hay límites, de que puede moverse hacia donde quiera.

De todas las libertades específicas que se nos pueden ocurrir al oír la palabra “libertad” la libertad de movimiento es desde el punto de vista histórico la más antigua y la más elemental. El hecho de poder ir hacia donde deseamos es el gesto prototípico de ser libre, así como la limitación de la libertad de movimiento ha sido desde tiempos inmemoriales la condición previa a la esclavitud. La libertad de movimiento es también una condición indispensable para la acción y es en la acción donde los hombres experimentan por primera vez la libertad en el mundo (Arendt, 1990: 19).

Para el criminal no hay nada que le impida perpetrar su obra. No existen barreras, celdas que se lo prohíban. “Esta libertad no se agota en la elección de las alternativas. Y no se contenta con el permiso que se tiene para llegar a ser lo que de todos modos ya es. La libertad absoluta significa en primer lugar libertad en relación con la muerte” (Sofsky, 1996: 57). Y es la relación con la muerte, la muerte anticipada con ayuda de novedosas tecnologías y sin éstas, la que me condujo a investigar sobre el fenómeno de la violencia. Pues tiene como objetivo la deshumanización del sujeto a través de la aniquilación de su subjetividad y, en consecuencia, del mundo. Así, me parece que la violencia puede entenderse, más que como un producto de un comportamiento desviado, como una conducta acorde a toda una dinámica de grupo. Es decir, explicable desde ciertas dinámicas del *sistema cultural* que, en todo caso, permite deslizamientos valorativos sin que intervengan sentimientos de culpa debido al tabú de matar.

P.D. Sicarios

Asesino a sueldo, el *sicario*, en algún momento se inició como una figura alejada de la “maquinaría de la muerte”, participando dentro de alguna otra célula del cártel. Como transportista, obrero, administrador y, fuera del cártel –como un criminal legal– como servidor público, es decir, policía y/o militar. El *sicario*, también puede ser definido como una persona que coopera servilmente con otra más poderosa y la ayuda en sus acciones y planes. “El sicario es un instrumento de muerte; su oficio es el asesinato. Actúan en cualquier sitio y a la luz del día; para ellos no existen límites ni fronteras. Son jóvenes [...] Su arrojo suicida es cotizado en cualquier parte” (Cajas, 1997: 148).

Estos hombres no necesitan pertenecer a un rango de edad determinado, pero de preferencia se busca que sean jóvenes. Entregados a una vida llena de sobresaltos y empresas difíciles –persecuciones policiacas y enfrentamientos con grupos rivales– si logran sobrevivir o evitan caer en prisión, consiguen formar parte de la estructura organizativa de los carteles o brindar sus servicios a grupos independientes. Estos actores, en particular, llegan a los Estados Unidos con la ayuda de familiares o de alguien a quien le llaman el “bueno”. Estando allá, se instalan en sitios cercanos a su familia. Son hombres leales y su presencia impone. Su instrucción es escasa: algunos tienen secundaria y otros son ex-policías y ex-militares. Su contacto con las letras (de estos informantes, en específico), se limita al “Llano en Llamas”, de Juan Rulfo y a una que otra obra de Víctor Hugo. Normalmente duermen hasta el medio día y en algunas ocasiones más, dejando que las horas de la noche (cómplice perfecta) los sorprendan esperando su actividad.

1. Abel sonreía como niño travieso al narrar sus actos de violencia. En el momento de la entrevista (octubre de 2011), tenía treinta y un años. Su rostro me daba la impresión de ser mayor: tenía poco cabello con entradas profundas en la cabeza y la piel de su cara daba la impresión de estar quemada por el frío. Es originario del Municipio de Salvador Alvarado, ubicado en el noroeste de México, dentro del estado de Sinaloa, el cual se caracteriza por ser el más pequeño de la entidad. Abel está casado actualmente y tiene tres hijos de diferentes mujeres: once, diez y ocho años de edad tienen, respectivamente, sus retoños. “Tener un hijo nunca lo pensé, se daba;

ahora si me gustaría planearlo”, me dijo aquella tarde en que yo (al compartir un cubículo con hombres esposados de pies y manos, y de quienes se dice son muy peligrosos) me sentía en “otra dimensión”, segregando adrenalina, pero tranquilo.

Desde muy pequeño, Abel se mudó a la ciudad de Tijuana, Baja California, debido a la intención de su familia de buscar una mejor forma de vida. Por lo tanto, creció entre esta ciudad y la de los Ángeles, California, en los Estados Unidos, lugar al que se mudó en algún momento, nuevamente, con su padre. Su grado máximo de estudios es el primer semestre del CONALEP;²⁴ ahí conoció a Juan Rulfo y su libro de cuentos cortos “El Llano en Llamas”, considerado un clásico de la literatura mexicana contemporánea. Su “tirada” es cambiar: le gustaría volver a estudiar pues ahora no puede hacerlo, lleva siete años en reclusión y su condena es larga.

Los delitos por los que se le acusa son: participación en el crimen organizado, homicidio, portación de armas y tráfico de drogas. Abel tenía sólo quince años al cometer su primer homicidio, el cual lo realizó en la ciudad de Tijuana. Lo perpetró por problemas con un “amigo” de su colonia, a quien le dio “unos tiros” antes de huir a los Estados Unidos. Los balazos fueron “porque llegó este *compa* y agredió a mi hermano”, me dijo, seguido de su risa que no logré descifrar en el momento. Al mismo tiempo que esto sucedía, sus padres estaban separados porque su papá bebía mucho y le pegaba a su esposa (la madre de Abel). Me contó que con su madre se sentía mejor: “ella se quitaba el taco de la boca; un padre es más duro de sentimientos”.

En su natal Sinaloa y en plena infancia, Abel vendía pan y *chiclets* porque le gustaba “andar de vago”. También como empacador “para tener un dinero en la bolsa y por diversión”. En Tijuana, ya más grande, trabajó como ayudante de jardinería, albañilería y carpintería; el olor del aserrín le producía placer. Trabajó, también, “como seis meses” en una empresa de limpieza, pero no aguantó porque no soportó a un perrito “fastidioso” a quien pensó en matarlo: “uno amanece de malas y mejor no. Uno conoce su carácter”, me expresó. La familia nuclear de Abel consta de tres hermanos y una hermana, su madre y su padre, quien lo motivó a vender droga junto con él para

²⁴ *Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica*; institución educativa diseñada para responder a las necesidades de formación de cuadros técnicos que demandan las unidades económicas del aparato productivo del país. Disponible en: http://www.conalep.edu.mx/wb/Conalep/Cona_Nuestra_Institucion

mantener a la familia. Uno de sus hermanos (el mayor), lleva trece años recluido por homicidio.

Desde los diez años, Abel conoció a “gente más maleada”, con quien fumó marihuana y tabaco por experimentar: “uno tiene la curiosidad por saber”, me dijo. La cerveza, no obstante, fue la primer droga (legal) que probó, sin embargo, más adelante se daría cuenta de que –al tiempo de no consumirla– la cocaína era “su droga”. Abel pensó en regresar a la escuela, “pero ya andaba perdido por el mundo”; prefirió no ir por pensar en que iba a fastidiar la vida de la demás gente. Porque –aunque parezca difícil de creer– aprecia la vida de las personas que intentan salir adelante. A partir de ahí, cometió más homicidios y se dedicó a la venta de droga.

Abel reconoce que por el hecho de no saber cómo actuar, era que mataba, pues dice: “faltaba una mirada, una mala palabra”. Siempre pensó en que lo iban a matar, pero nunca creyó en que “caería” en la cárcel. No tenía miedo de perder la vida, “sólo a quedar *tullido* o algo así”; pues afirma que “la muerte es como un descanso”. Actuaba por la segregación de pura adrenalina: “todavía, de repente, tengo arranques de ira”, expresa. Su mundo era “el puro desenfreno: pistola en la cintura y dinero en la bolsa”. Se encuentra ahora detenido por matar a un policía. Abel, quien me dio la impresión de ser una persona amable y respetuosa, volvió a reír al contarme esto. Aprovechó para decir que: “las armas siempre fueron mi perdición, desde niño, en el rancho; y más cuando no hay una corrección”. Le gustaba coleccionar armas: “llegué a tener ocho armas de grueso calibre”. Al decirme esto, volvió a reír.

Pero a pesar de su comportamiento violento, Abel expresa sentimientos agradables y pacíficos. Para él, el cine es lo “mejor”, lo que más le gustaba como consumo cultural. Sobre todo, las películas de cine mexicano, en particular, “La Ley de Herodes”. Ir a la presa o a la playa le producía mucha alegría ya que podía pescar y ver el ocaso y el amanecer, la naturaleza. Su comida favorita son los “chiles rellenos”, el pescado y el camarón. Abel, me dijo una frase contundente al final de la entrevista: “siempre he pensado que conocí la maldad a muy temprana edad”. No obstante, lejos de aparentar desánimo por su situación, tiene esperanzas en que ésta cambie: “me considero joven y apenas estoy empezando a valorar lo que es la vida”, concluye.

2. Julio está interesado en escribir novelas. Los temas que le interesan son el amor, la libertad y la promesa. Escribir lo distrae del encierro de su celda, de la cual sale sólo dos horas a la semana, debido al “tremendo” tratamiento re-adaptativo al que es sometido en prisión. Julio es originario de la ciudad de Oaxaca, ubicada en el estado del mismo nombre, al sur de la república mexicana. No obstante, como muchas personas de ese estado, Julio y su familia migraron hacia los Estados Unidos. Por lo tanto, las ciudades en las que creció fueron la de Los Ángeles, California, y la ciudad fronteriza de Tijuana, en México. El año pasado (2011), Julio tenía veintiocho años de edad y una sentencia de cincuenta y cuatro años de cárcel, sin embargo, espera una resolución de amparo que la reduzca. Llevaba, hasta ese momento, seis años recluido. Al igual que Abel, Julio nunca experimentó sentir miedo de caer muerto o en prisión: “ya lo sabía”; de lo que sí tiene miedo es de no llegar a establecer una buena relación amorosa. Ahora se da cuenta de que ha perdido su libertad, aunque haya “gozado y disfrutado mucho”.

Su padre (q.e.p.d), originario de Acapulco, Guerrero, no pudo estar con él mucho tiempo. No le pudo dar una buena calidad de vida: fue “comerciante” de marihuana. Su madre, oriunda de Veracruz, junto con toda su familia materna se dedicaba al comercio de telas, sin embargo, cuando dejó de ser niño, se percató que también –al igual que su papá– se dedicaban al tráfico de drogas, de cocaína, específicamente. A este respecto, Julio reflexionaba mientras me decía: “a fin de cuentas, parte de tu destino pasado, te trae a tu destino presente”. Debido a esta forma de vida, y por el hecho de su seguridad, su familia se mudaba constantemente. Así, viajó por varios lugares sin establecerse. Julio tiene cuatro hermanos, todos hombres y, de éstos, él es el cuarto y el único que continuó trabajando en el tráfico de drogas ilícitas. Le llamo trabajo puesto que él lo considera así. De sus cuatro hermanos, uno es *chef*, otro, comerciante de textiles, uno más comerciante de zapatos y el último, estudiante.

De niño, Julio vivió en una casa hogar del DIF ²⁵ debido a problemas entre sus padres, quienes terminaron por separarse. Al paso del tiempo, Julio se percató de que vivir con su madre era diferente: “su manera de pensar”. A los trece años, Julio inició su vida “material” y despertó en él: “algo así como un instinto malo”. Con esto se refiere a

²⁵ Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia.

sus inicios en el tráfico ilegal de drogas. Él reconoce que sus trece (edad en la que, también, comenzó a desear sexualmente a las mujeres), dieciocho y veintiún años, fueron los más importantes en su vida.

El pensaba que si no se esforzaba no saldría adelante, por eso se independizó, al separarse de su familia, a los diecisiete años. Julio vivió en Los Ángeles durante este tiempo, pero al tener problemas legales se regresó a Tijuana “como cualquier persona normal”. Su problema, me comentó, tuvo que ver con: “el comercio de droga, compra-venta, y el traslado de ésta a Cozumel y Playa del Carmen”, en Quintana Roo, estado ubicado, también, al sur del país. Justo hasta el momento en el que se mudó de Los Ángeles, siempre había “vivido fácilmente”, por tal razón, no le gustaba que lo humillaran y conseguía lo que quería, pues afirmó que: “es excitante saber que nadie puede contigo”. Julio piensa que esto no ha sido muy agradable pero: “para obtener los lujos que he disfrutado, lo he tenido que hacer”, me dijo de manera “desfachatada”.

En su época de libertad, se consideraba como una persona estable económicamente, aunque le gustaba vivir de forma sencilla. A veces, no usaba sus carros, se movía en taxi pues le gustaba que lo atendieran de a “jefe”. Por ejemplo, antes de iniciarse en el crimen organizado, no dependía de nadie, él trabajaba administrando algunos bares. Está demás decir que ha manejado mujeres, bailarinas de *table dance*. Paradójicamente, las mujeres para Julio han sido tanto “ángeles como demonios”, esto lo confirmé cuando me dijo: “he conocido varias mujeres y ese ha sido mi vicio”. Hasta el momento de llegar preso al CERESO: “las mujeres –me dijo– han sido mi defecto y ahora he pensado que no quiero estar con mujeres si no es por amor”. Se refería, también, a una mujer preparada, con estudios.

A Julio le gustaba mucho viajar, estar a “la línea”: “la ropa me gustaba mucho, tanto que hasta un diseñador de Tijuana me hacía ropa”, me afirmó; y disfrutar de los placeres a solas. Esto se hace evidente cuando dice: “encerrarme en una alberca con mujeres y sentirme el rey de la fiesta”. Al mismo tiempo, Julio considera que la música adecuada para la fiesta es el “merengue” y la “salsa”. No obstante, la que más le gustaba escuchar, era el *reggae* y la música clásica, por ejemplo, mientras se bañaba o comía. También disfrutaba mucho, del “café árabe” con un cigarro, de un buen vino, un whiskey o un Cognac seco.

Le gustaba mucho entrar a los bancos a “clonar” tarjetas, le excitaba hacer negocios en inglés y sobre todo, le producía un placer enorme la adrenalina que le causaba el hecho de “andar de allá, para acá”. Dormía siempre con una pistola en el pecho y tenía su favorita: una 38 mm, la cual le gustaba por no dejar pruebas, ya que no expulsa los casquillos. En ese mismo sentido, nunca le ha gustado que le tomen fotos debido a que se imagina que pueden ser pruebas en su contra. Piensa en cambiar su vida, pues ahora está entregado a Dios, quién según Julio, existe sólo como padre espiritual a quien le pide su libertad y la fortaleza para cambiar su forma de vida.

3. Jesús es el informante de mayor edad de los cinco *sicarios* que entrevisté (tenía cincuenta años en el 2011, año de la entrevista), su cabeza calva con muy pocos cabellos blancos, reflejan su edad. Según las autoridades de seguridad del CERESO “El Hongo I”, en Tecate, Baja California, Jesús es uno de los reclusos más peligrosos. Días atrás a la entrevista, había provocado un incendio en su celda (causándose quemaduras severas en su rostro y brazos), acto que se dibuja imposible en dicho centro. La figura alta y esbelta de Jesús impone. Su voz grave y pausada, y el temblor constante de su pómulo izquierdo contribuían a esta sensación, además de una risa constante y desconcertante que se presentaba a cada rato, sobre todo al hablar de las paradojas de sus actos.

Jesús es originario de Guadalajara, Jalisco, pero creció en el municipio de Atoyac de Álvarez, Guerrero y en la ciudad de Cuernavaca, Morelos. En cuanto a su grado máximo de estudios, le faltaron tres materias para terminar la prepa abierta, la cual estudiaba dentro de prisión. Le interesaban las materias de derecho y redacción, pero también las matemáticas. Por el contrario, rechazaba las materias de antropología y metodología. Al momento de su detención, según Jesús, se dedicaba al comercio (socio de un lote de autos). Con respecto a su estado civil, tuvo diferentes parejas a lo largo de su vida en libertad (tan sólo treinta y siete años), y con la última que tuvo contacto fue en el año 2009, en el CEFERESO de Occidente, debido a sus traslados constantes.

Jesús ha estado recluido en diferentes cárceles y centros de readaptación social: cárcel de Atlacomulco, en Morelos; y además del CEFERESO de Occidente, en Puente Grande, Jalisco (lugar donde dice haber hecho amistad con Joaquín “El Chapo”

Guzmán y Héctor “El Güero” Palma), en los CEFERESOS del Noreste, en Matamoros, Tamaulipas; y el de Oriente, en Aldama, Veracruz. Los delitos de los que se le acusa son: por pertenecer al crimen organizado, por portación y tráfico de armas, secuestro y homicidio (se le imputan más de treinta, muertes). Su sentencia es por más de cincuenta años y lleva trece en reclusión. De su infancia recuerda haberse escapado de un orfanato (en Guadalajara), a la edad de cinco años y haber sido adoptado (extraoficialmente), por un comandante del ejército mexicano.

A la edad de nueve años cometió su primer homicidio, en Atoyac de Álvarez, Guerrero –lugar a donde se mudó con su nuevo familiar– debido a su participación en actividades contra la guerrilla de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, en los años setenta. Ahí, “maté por primera vez, le disparé a mucha gente, ejecuté personas sin saber qué pasaba”, me dijo. Fue su primera experiencia con las armas, la violencia y la muerte; él cree que actuaba por ira. Jesús reconoció convivir con mucha gente adulta (la milicia) y por esta razón, mencionó haber recibido burlas y rechazo de los demás niños. Se consideraba un niño “anormal”. En la adolescencia, regresó a la normalidad: estudiaba, hacía tareas y reconoció haber tenido un amor platónico. Para Jesús, las mujeres representan todo (se da cuenta de que le gustan las mujeres “exóticas”), por ser las madres de sus siete hijos, a los cuales los dejó de ver por su seguridad.

Jesús aceptó ser un delincuente, aunque al mismo tiempo –al reflexionar la situación– reconoció que la vida de “delincuente” provoca alejarse de la educación: “me doy cuenta, después, que no estoy preparado”, me dijo. No obstante, tuvo acceso a muchas cosas: aviones, barcos, armas, por ejemplo, y adquirió “gustos sofisticados: comida, bebidas, carros”. Considera que ha tenido suerte, pues fue huérfano, protegido por un militar y ha tenido acceso a cosas que las personas normalmente no tienen. En ese sentido, me dijo: “he sido acomodaticio por las circunstancias, tal vez por eso he sido un delincuente, para vivir bien”. Nunca ha consumido drogas, pues se considera un deportista. A Jesús le gustaba leer (Víctor Hugo, los griegos, historia y enciclopedias), la música clásica es la que oía, aunque le gustaba de todo tipo.

Le gustaban las fiestas, las cenas, el teatro, nadar: “toda mi vida ha sido de esparcimiento, tal vez a las personas normales les sea difícil entender el ocio”, me dijo. El ocio es lo que más lo distingue, su vida ha sido ocio. Actualmente, se considera un

“viejo bastante vital”, no obstante, lo único que espera por ahora es conservar su salud. El hecho de estar detenido y encerrado por más de diez años, sin hacer nada más que seguir la rutina y convivir con “gente salvaje”, ha provocado que se vuelva violento: “en un momento dado puedo ser muy peligroso”, me dijo.

4. Cristian fue militar en Mexicali y policía municipal de Tijuana. Al momento de su detención ya no pertenecía a ninguna de estas dos instituciones. Le gustaba la adrenalina y la velocidad de su auto, el cual, terminó abandonándolo debido a que pensó que se podía matar. Su familia paterna pertenece a la misma de los hermanos Beltrán Leyva (reconocidos narcotraficantes quienes, en algún momento, estuvieron asociados al cártel de Sinaloa, encabezado por Joaquín “El chapo” Guzmán). Éstos son o eran sus tíos, a quienes, en algún momento no les importó su lazo familiar y balacearon la casa de la madre de Cristian, debido a problemas familiares. Cristian nació en el municipio de Ruíz Cortínez, Sinaloa, sin embargo, durante su infancia se mudó junto con su madre y hermanos al puerto de San Felipe, en Baja California, con la intención de no pertenecer al mismo “círculo vicioso” de su familia paterna.

En aquél puerto pesquero, Cristian recuerda, iba mucho a la playa: a nadar y, más tarde, a esperar las pangas. Su intención era conseguir algún pescado o camarón pero no traían esto, precisamente, las pangas: “llegaban y ¡puf!, ¡ay güey!, pues este güey no trae camarón, traía mariguana”, me contó. Cristian tendría como unos ocho o nueve años, iniciándose a esa edad en el mismo círculo del que lo habían tratado de alejar. Más tarde, durante su adolescencia y con el propósito de independizarse de su familia, Cristian decidió probar suerte en la ciudad de Mexicali, Baja California. Ahí se inscribió al ejército mexicano a los diecisiete años. En esa etapa, a Cristian le valía todo, si era necesario, usaba su pistola. A los veintidós años cometió su primer homicidio en la ciudad de Mexicali. Actualmente tiene treinta y dos años y permanece en reclusión aún sin sentencia. Los delitos que le imputan son: delincuencia organizada, secuestro y homicidio en tentativa.

Cristian intentó trabajar en la legalidad. Estando en Mexicali, buscó trabajo en “la Cachanilla” (plaza comercial), pero el trabajo que encontró no le pagaba lo que él ya ganaba a los catorce años. Su grado máximo de escolaridad es la secundaria. No obstante, estudió, por otra parte, cursos de piloto aviador obteniendo los puntos

necesarios para continuar con esa formación. Pero no se presentó: “pues estaba bien morro, en el desmadre”, me dijo. Durante esa misma etapa, en su adolescencia, se enamoró de una chica del estado de Sonora con la cual tuvo un hijo. Después de un tiempo se separaron debido a que ella no quiso vivir fuera de “su pueblo”. El sueño de Cristian, en ese entonces, era hacerle una casa bonita a su madre. A sus veinticuatro, veinticinco años, debido a su participación en el tráfico ilegal de drogas, tenía mucho dinero y no sabía qué hacer con él: “iba y me gastaba mil dólares, me valía”, expresó. No podía tener dólares en el banco y tampoco podía cruzar la frontera para gastarlos, pues no tenía visa. Actualmente, los deseos y esperanzas de Cristian se reducen a tener otro hijo y conocer toda la república mexicana.

5. Roy es el más joven de los cinco informantes y su voz, suave y templada, lo confirma. Es originario de Tijuana, Baja California, está soltero y, actualmente (2012), tiene veintidós años. Su último grado de estudios es el tercer grado de secundaria y los delitos por los que lo acusan son: delincuencia organizada, secuestro, homicidio y tráfico de drogas. Asegura que antes de entrar al CERESO trabajaba en una tienda de tenis. Es evidente que ingresó a prisión recién cumplida la mayoría de edad: “de dieciocho, a los dieciocho años me agarraron”, me dijo. Con esto confirma que lleva cuatro años en reclusión, lo cual refleja lo joven que estaba al cometer los actos violentos: tan sólo tenía quince años cuando cometió su primer homicidio, en su misma ciudad natal.

Roy dijo haber tenido una infancia feliz, sin lujos, pero en la que no le faltó nada. Su abuelo paterno lo consentía todo el tiempo, hasta el momento de su muerte. No obstante, a la edad de cinco años, sus padres se separaron por problemas matrimoniales “que sólo ellos saben”. Debido a esto, durante un juicio, su padre ganó su patria potestad, motivo por el cual vivió con él hasta su mayoría de edad, momento en el que cambió su residencia al CERESO. Su padre era propietario de un taxi y trabajaba en una ruta; su madre era “ama de casa” y tenía unos locales que rentaba. Roy fue el único hijo de la relación entre sus padres, sin embargo, tiene dos hermanas, una de doce y otra de quince años, las cuales viven con su madre pues: “son hijas de otro padre”, me comentó. Al parecer a Roy no le hizo falta la figura de una hermana,

pues una de sus primas, “con la que siempre andaba para todo”, le otorgó la sensación de hermandad y complicidad que brindan los hermanos.

Con respecto a su educación, Roy reconoció haber cursado el *Kinder* y la primaria, en colegios privados, justo hasta que entró a la secundaria, etapa en la que, debido a la influencia de su prima-hermana, decidió inscribirse en una escuela de gobierno. Él creía que ahí tendría mayor libertad de acción. Aunque Roy llevaba buenas calificaciones en la escuela, reconoció que, ya de más grande, cuando empezó a hacerse adulto, le “gustó más la fiesta, estar con los amigos”. Desde los quince años entraba a los antros con ellos, sus “compas” de la misma cuadra, quienes eran mayores que él. Los placeres de Roy eran la “música de banda” y el *reggaetón*; las motos de cuatro llantas y las emociones fuertes. Roy me dijo: contundente: “me gustó la vida fácil, todo se me hacía fácil y por eso estoy aquí”. Ahora, en su situación actual (en prisión y sin sentencia), le gustaría terminar sus estudios, superarse y encontrar un buen trabajo para hacer una vida con una pareja.

Capítulo 2

Trayectorias de vida

“Trayectoria de vida” es un término que representa la construcción del relato de vida, el cual, a través de su forma narrativa,²⁶ atrae la atención sobre “el carácter rutinizado de la vida diaria [...] y su itinerario a través del ‘ciclo de vida’; y se relaciona, por lo tanto, con el ser humano en tanto ‘proyecto biográfico’” (Giddens, 2006: 144). En este sentido, al hablar de “trayectorias de vida” me refiero a la “reconstrucción” narrada del recorrido, a través del tiempo, de la historia personal de cada uno de los actores. Así, se torna relevante que sean los propios *agentes* de la acción los que narren el fluir de sus trayectorias de vida, percibidas como representación de la vida misma. Es decir, “si se registran las actividades diarias de cierto individuo, es fácil construir una caracterización aproximada de sus actividades de rutina, en la medida en que éstas comprenden trayectorias en tiempo y espacio (Giddens, 2006: 145-146).

En este capítulo presento algunos relatos de los *sicarios* entrevistados, con la intención de mostrar las diferentes etapas del acontecer de su vida.²⁷ Su infancia y adolescencia, su paso por la escuela; pero también sus prácticas ilegales, sus relaciones amorosas y familiares, así como su contexto sociocultural son las partes que conforman este apartado. Dichas partes, al mostrarse en conjunto, adquieren sentido y arrojan algunas pistas que ayudan a interpretar las prácticas violentas de estos actores. Por supuesto, “el sentido (o la función) de un elemento de la obra es su posibilidad de entrar en correlación con otros elementos de esta obra y con la obra en su totalidad” (Tynianov, 1965; citado en Barthes et al., 2008: 161-197).

²⁶ Esta forma considera que “la narrativa es a la vez un fenómeno de comunicación que justifica la reflexión intelectual y (epistemológicamente hablando) representa una orientación particular con relación al estudio de los fenómenos sociales” (Mumby, 1997: 13).

²⁷ Así, con respecto al campo de la expresión literaria, el relato puede ser definido como “la representación de un acontecimiento o de una serie de acontecimientos, reales o ficticios, por medio del lenguaje, y más particularmente del lenguaje escrito” (Barthes et al., 2008: 199-213).

Al final del capítulo, presento las “narrativas de violencia” que son, prácticamente, los *correlatos* que aparecen “ocultos” en estas narraciones.²⁸ Este apartado conforma el aspecto, si no el más significativo, sí el más revelador sobre las prácticas violentas de los propios actores. En estas narraciones –es importante decirlo– aparecen los recuerdos, los pensamientos, las reflexiones, las percepciones acerca de lo “bueno” y lo “malo” que tienen los actores tanto de su acción como de la de su familia y grupo social de pertenencia.

Es aquí donde entra en juego el discurso religioso, cuando aparece la separación de las cosas en “limpias” y “sucias”; cuando estas ideas se convierten en cimiento incuestionable del orden moral. Sin embargo, “frente a las voces que nos invitan a concluir el viaje con rapidez para alistarnos en alguno de los bandos –el de los buenos o el de los malos–, preferimos dejar a un lado los juicios apresurados para devolver los hechos a su original indeterminación” (Restrepo, 2005: 10). Tal representación, por lo tanto, puede favorecer el comportamiento violento sin que pueda intervenir algún tipo de conflicto moral.

En estas narraciones aparecen, también, sus decisiones y acciones contadas a detalle. Lo que intento es “tejer” los hilos de la compleja forma de vida de estos sujetos a lo largo del tiempo, con el propósito de conformar una visión de conjunto sobre su cotidianidad y, en especial, sobre sus prácticas de violencia que me permita realizar una interpretación atinada del o los *sentidos* de su acción.²⁹ Así, el objetivo de este capítulo es explorar los *correlatos* de violencia que aparecen en la narración de las “trayectorias de vida” de los sujetos de investigación. Mi intención, al reconstruir momentos de la historia de estos actores, no es justificar su pertenencia a un campo de la “anormalidad”, ni mucho menos dar por sentado un desenlace anticipado. Por el

²⁸ La idea del correlato la recupero de Roland Barthes, para quien, por ejemplo, “la integración narrativa no se presenta de un modo serenamente regular, como una bella arquitectura que condujera por pasajes simétricos de una infinidad de elementos simples a algunas masas complejas; muy a menudo una misma unidad puede tener dos correlatos, uno en un nivel (función de una secuencia), y el otro en otro nivel (indicio que remite a un actante), el relato se presenta así como una sucesión de elementos mediatos e inmediatos, fuertemente imbricados [...]” (2008: 7-38).

²⁹ Para Roland Barthes, “comprender un relato no es sólo seguir el desentrañarse de la historia, es también reconocer ‘estadios’, proyectar los encadenamientos horizontales del ‘hilo’ narrativo sobre un eje implícitamente vertical; [así] leer (escuchar) un relato, no es sólo pasar de una palabra a otra, es pasar también de un nivel a otro [...] Del mismo modo, la ‘pesquisa’ realizada sobre un conjunto horizontal de relaciones narrativas, por más completa que sea, para ser eficaz debe también dirigirse verticalmente: el sentido no está al final del relato, sino que lo atraviesa [...]” (2008: 7-38).

contrario, mi propósito es mostrar las paradojas en las que se ven envueltos estos actores en su cotidianidad y que pueden –quizá– favorecer el acto criminal. Así, como afirma Luis Carlos Restrepo, pienso que:

Más que producto de un comportamiento desviado, el acto violento puede entenderse como un comportamiento conforme, explicable desde una dinámica de grupo y compulsión de roles, que permite desplazamientos valorativos sin que medien sentimientos de culpa por transgredir el tabú de matar” (2005: 15).

Infancia y adolescencia

La infancia es el primer período de la vida de una persona en el que se adquieren una serie de conocimientos, valores y normas. Anthony Giddens habla, por ejemplo, de las *reglas de la vida social*: “técnicas o procedimientos generalizables que se aplican a la escenificación/reproducción de prácticas sociales” (2006: 57). Puesto que son “procedimientos de acción”, tales reglas marcan la forma en que el actor habrá de comportarse, más adelante, al establecerse su identidad: en la adolescencia. Durante estas primeras etapas de la vida de una persona (infancia y adolescencia), son las instituciones sociales y el grupo social los que determinan la constitución de los valores o “reglas” que ha de seguir el sujeto.³⁰ En este sentido, es relevante el papel que representan las familias de los agentes a lo largo de su trayectoria. Dentro de este capítulo, recupero la voz de los propios actores al narrar sus relaciones e interacciones con los miembros de su (s) familias. Relaciones e interacciones innegables que tienen a su cargo, precisamente, la constitución del sujeto.

Un primer aspecto de esta etapa de infancia/adolescencia que es interesante destacar, es el de las “migraciones”. Es decir, los recorridos o trayectos que realizaron las familias de los *sicarios* junto con ellos, en la búsqueda de su bienestar económico y

³⁰ Es importante recordar, en este punto, que para la interpretación de las narrativas sobre las “trayectorias de vida” de los sujetos de investigación, así como de las de sus “espacios de ocio y placer, utilizo los elementos de la teoría de la estructuración de A. Giddens. En ese sentido, entiendo a las instituciones como “los rasgos más duraderos de una vida social. [Así, dice este autor] Cuando menciono las propiedades estructurales de sistemas, me refiero a sus aspectos institucionalizados, que ofrecen ‘solidez’ por un tiempo y un espacio” (Giddens, 2006: 60).

social.³¹ Algunas de estas familias migraron del sur del país y del estado de Sinaloa, hacia el noroeste mexicano, así como a California, en los Estados Unidos, hacia la zona geográfica particular reconocida como “la frontera”. Tales “migraciones”, algunas constantes y otras no, parecen representar una forma de vida “inestable” para estos hombres, los sujetos de esta investigación. Un ejemplo es el que narra Julio, en el que, considera, claramente, a la actividad de su padre como “mala”:

Entonces se mueven de estado a estado hasta Centroamérica. Van a Guanajuato, Puebla, Veracruz, Oaxaca. Ella [su madre] es de Veracruz, entonces, pues teníamos que entablar otra relación con la familia. Y mi padre, como –en paz descanse– era de Acapulco, pues entonces también tenía que viajar, pues era comerciante pero de... negocios turbios, malos. Entonces él también se cambiaba de estado a estado y pues [así fue como] conocí varios estados en mi niñez y en la juventud. O sea, no he tenido una vida estable, digamos ¿no?

En este mismo tenor (el de los desplazamientos), para Jesús existió un evento “significativo” que marcó su vida. Este hecho fue la primera de sus “migraciones”, la cual ocurrió en su infancia, por supuesto. A Jesús, sus padres lo violentaron desde que nació, lo abandonaron dejándolo al amparo de una “casa hogar”. Al preguntarle sobre su forma de actuar al momento de tomar conciencia de esto, me dijo: “me escapó y voy a una estación de tren y pues sí, me subo a un tren donde iban militares y que yo no lo sabía, ni a donde iban. Me vi envuelto en una situación que marcó mi vida, sería algo significativo”. En este traslado Jesús cambió su hogar de Guadalajara, a la sierra de Atoyac de Álvarez, Guerrero. Para Abel, otro de los *sicarios*, el cambio de una ciudad a otra le significó darse cuenta de una transformación, una transformación que no mejoró sus condiciones de vida. Él se percató que al cambiar su residencia del estado de Sinaloa a la ciudad de Tijuana, Baja California, quedaría cancelada la alegría en su vida:

³¹ En este sentido, Robert R. Álvarez Jr., en su estudio sobre la “Familia” y su adaptación ante la migración hacia las californias, se propuso demostrar “cómo la constitución de la familia aseguró la estabilidad sociocultural de la gente que se movía en contextos sociales completamente ajenos. Al moverse hacia el norte, la familia y sus instituciones continuaron siendo la base principal en la exitosa adaptación y mantenimiento de los valores culturales [...] Las instituciones familiares proporcionaron los mecanismos sociales para la formación de una gran red familiar que se desarrolló a lo largo de la frontera, al arribo de un gran número de migrantes” (2012: 25).

Pos mi *apá* se vino muy pronto, muy temprano pa' acá, *pal* otro lado, cuando teníamos unos cinco años nosotros. Él ya se había venido pa' acá, pa' la frontera, y fue cuando lo tuvimos que seguir pa' acá, para Tijuana. Un día nos dijeron que nos iban a traer para acá, para la frontera, y pues ese pensamiento me llevó a decir: “no, pues ya se acabó todo. Adiós, adiós –se podría decir– vida alegre adiós.

Estas “migraciones” representan un “cambio de ambiente” para los actores; por ejemplo, el salto de un municipio pequeño en Sinaloa, hacia una Tijuana en constante crecimiento. Desde los años veinte “la transformación de Tijuana en la gran ciudad metropolitana de hoy empezó con la atracción de los turistas de la vecina y creciente ciudad de San Diego” (Álvarez, 2012: 73). En este nuevo ambiente (como en el caso de Cristian, Roy, Abel y Julio), un aspecto contra el que tuvieron que lidiar fue la separación de los padres. Hay que recordar que Julio, por ejemplo, estuvo varios años bajo la tutela del Estado en una “casa hogar”, después de haber vivido un periodo de tiempo con su padre. Al salir de esta institución (cuyo fin es el desarrollo integral de la familia), Julio regresó a su casa materna donde experimentó varias sensaciones:

Pasé por Puebla, todo ese rollo y llegué hasta Oaxaca; y como dicen, ¿no?, haz de cuenta que sales de un lugar y de un ambiente: el de tu padre, que es diferente. Pero llegas a otro ambiente [el de la madre] donde dices: “¡wow! hizo un palacio”, ¿no? porque me decían, fijate, me decían los psicólogos: [u] “oye, ¿no sabes dónde vive tu mamá?, pues para dar con ella [u]. No, pues yo nomás sé que tiene una puerta de una iglesia”, y se reían [risas]. Yo pues ni sabía, estaba niño. Gracias a Dios llegué con ella, llegué a la casa.

Otro caso es el de Roy, quien al preguntarle sobre su infancia respondió:

Siempre viví con mi padre porque hubo un juicio. Se separaron mis papás, mi papá y mi mamá, por problemas matrimoniales que sólo ellos saben, ¿verdad? y como a los cinco años, hubo un juicio que se llevó a cabo, entonces...mi padre ganó mi patria potestad y yo tenía que vivir, entonces con él, hasta que cumpliera la mayoría de edad.

El siguiente relato de Julio, me hace pensar que, aunque durante la infancia el ser humano no es capaz de percatarse de mucho, de lo que sí es capaz es de resentir

el abandono por parte de la madre y, en consecuencia, expresar el deseo de la ternura de ésta, es decir, de su presencia:

Nomás se enteraba mi madre cuando estaba enfermo o... si me miraba muy triste, demasiado, pues: [u] “oye ¿qué tienes mijo?” [u] y así. Me gustaba cuando ella estaba un día en la casa y nos ponía a bañar de niños y ya te la sabes, ¿no? [voz alegre], parecía su muñequito. Te atienden y te ponen de todo, y juega contigo, y se divierte, y ese tiempo que era un día *nomás* era mucho para mí pero, yo lo deseaba más, ¿vea?

Sin embargo, el cambio de ambiente no es percibido por todos estos sujetos como algo “negativo” o, al menos, no en todas las ocasiones. Para Jesús, por ejemplo, dejar el estado de Guerrero, donde se vio inmerso en: “una situación de guerrilla, donde había un círculo en llamas y a donde llega un batallón a poner orden” (incluido él), le significó experimentar un cambio, regresar a la “normalidad”. Jesús abandonó la sociedad en que vivía y se mudó a Cuernavaca, Morelos (junto con el militar que se quedó a su cargo), para incorporarse a la escuela y a una vida mejor, libre de violencia:

Pues poco a poco cambian esos hábitos [violentos] a una sociedad ya más civilizada, podría decirse ¿no?, ya no en este tipo de situaciones. O sea, de un estado a otro ya se vive de manera diferente, pues vivo en esa sociedad como un niño más bueno, preadolescente ¿cómo se dice?, ya más normal.³²

En este relato, Jesús reconoce que realizó acciones “malas” en su infancia y que su forma de ser rayaba en lo “anormal”. ¿Quién es el anormal? “Esa gente que no es portadora de síntomas de una enfermedad, sino de síndromes anormales en sí mismos, de excentricidades consolidadas como anomalías” (Foucault, 2010: 287). Foucault habla de una arqueología de la *anomalía* donde distingue tres figuras que, en el siglo XIX, la conformaban: el monstruo, el incorregible y el *onanista*. Cuando Jesús distingue que al llegar a otra ciudad su forma de comportarse es “más normal”, está reconociendo que se comportaba “anormalmente”, es decir, que tenía conductas “aberrantes”, “desviadas”. Esto es fundamental considerarlo, porque la idea del “monstruo” es importante para esta investigación, puesto que es un aspecto que me interesa

³² Siguiendo a Michel Foucault, lo anormal se contrapone a lo normal que puede ser definido como “la disposición que se encuentra habitualmente” (2010: 275).

distinguir. Precisamente, diferenciar la noción de la conducta “monstruosa” de la noción de la conducta humana.

El monstruo antes del siglo XIX, era considerado como una aberración de la naturaleza, como una especie de un ser doble: mitad bestia, mitad humano. No obstante, la idea del “monstruo” se ha modificado. Así, “contra el fondo de lo que no es más que una imperfección, una desviación [...], aparece la atribución de una monstruosidad que ya no es jurídico natural sino jurídico moral; una monstruosidad que es la de la conducta, y ya no la de la naturaleza” (Foucault, 2010: 80). Jesús reconoce, entonces, que su comportamiento puede ser considerado como “anormal”, como algo “monstruoso”. Lo que es más, él mismo lo concibe así. Lo interesante es que, tales actos no los comete el monstruo, sino el propio Jesús, el humano.

Quizá esta idea que figura a su alrededor, la del “monstruo”, sea una consecuencia del abandono cometido por sus padres, desde su nacimiento. Porque también fue abandonado (al igual que Julio, aunque de diferente forma) en una “casa hogar” para niños. Este abandono lo orilló a fugarse para experimentar, a su corta edad, los embates de la violencia: la violencia legítima del Estado. Aunque no todas las “migraciones” son perjudiciales, todos los sujetos, sin embargo, experimentaron en su infancia, entendida ésta “como fase histórica del desarrollo, como forma general de comportamiento [...]” (Foucault, 2010: 281), un cambio de ambiente que afectó su desarrollo tanto emocional como sociocultural. Otro claro ejemplo es el de Cristian, ex militar y ex policía municipal de Tijuana:

Pues de niño [suspira] siempre viví con mi familia. Mi familia: mi abuela, mi *apá* vienen de parte de los “*Beltrán*”³³, son familiares de ellos. Mi mamá nos quiso refugiar para no caer en el mismo círculo de ellos y nos trajo de Sinaloa a San Felipe. Nos trajo para no entrar en el mismo círculo de ellos. Nos quiso proteger y nos trajo a un puerto: San Felipe. Ahí estuve viviendo todo lo que fue mi infancia.

Para Cristian, al igual que los otros *sicarios*, este cambio de residencia afectó su desarrollo. Pues como vuelve a relatar, el cambio de ambiente lo acercó al mundo del tráfico de drogas ilegales desde muy temprana edad:

³³ Cristian hace referencia a los hermanos Beltrán Leyva, jefes del cártel del mismo nombre que se escindió del cártel de Sinaloa, dirigido por Joaquín “Chapo” Guzmán.

Pos' de muy chico –como el círculo que hay en San Felipe es más pesquero– pos' me iba mucho a la playa: a nadar; me iba a estar en el mar. Y pues has de cuenta que yo esperaba las pangas. Yo esperaba a los pescadores para ver si podía agarrar un pescado, un camarón o algo. Llegaban y pues: “¡puf! ¡ay *güey!* pues este *güey* no trae camarón”, traía mariguana: [u] “qué onda morro, pues hágame el paro a subir esto pa' allá” [u] y nos daban que cinco dólares, en aquél tiempo. Tendría como unos ocho años, nueve años y empecé, otra vez ahí, en el mismo círculo que me habían quitado, pues ya empezaba a ver ¿vea?: “¡simón, esto es!”.

¡Simón, esto es!, no es más que una frase cargada de *sentido*, no es más que la confirmación de algo que ya es, y así es. Esta frase parece expresar el ¡Eureka! de Arquímedes, parece expresar la sorpresa de encontrarse con “el tesoro enterrado”, con “la fuente de la eterna juventud”, con “la ley de la gravedad”. ¡Simón, esto es! es la expresión que utiliza Cristian para describir su encuentro con el mundo del “narcotráfico”, con ese campo de actividad ilegal que le proporcionaría, desde entonces, su *modus vivendi*. Por otra parte, un aspecto que coincide en todos los casos –como una de las pautas generalizadas– es la ausencia de los padres y, en consecuencia, la falta de amor en las vidas de estos actores durante su infancia. El caso de Julio es muy claro: “pues crecí con eso de que tenía todo pero... [voz triste] no tenía el amor de padre o de madre, ¿sí me entiendes? Tenía todo lo material, pero el amor rara vez lo tenía de parte de mi madre. Y cuando sucedía eso pues me sentía bien [voz seria], pero hasta ahí”.

Abel, a la vez, relata una cuestión interesante y que tiene que ver con la desigualdad social de la que fue objeto, realmente durante toda su vida, pero que él distingue sólo en su infancia.³⁴ Éste afirma: “pues sufrimos, se batalló en los años esos, en la infancia, pues”. A través de esta afirmación se ejemplifica la violencia económica de la que fue objeto Abel durante su infancia. No obstante, no fue la falta de recursos lo que los orilló a delinquir, sino el *ocio*. Así lo afirma el propio Abel: “pues realmente no era el dinero sino, ¿cómo le digo?, la vagancia, pero pues el dinero nunca está de más

³⁴ En este tenor, para Loïc Wacquant, “[...] los partidarios de las políticas neoliberales de desmantelamiento del Estado [...] Tienen menos apuro para abordar las consecuencias sociales devastadoras del dumping social que implican: en este caso, la precariedad y la pobreza masivas, la generalización de la inseguridad social en el corazón de la prosperidad recuperada y el crecimiento vertiginosos de las desigualdades que alimentan la segregación, la criminalidad y el desamparo de las instituciones públicas” (2000: 85).

[risas] para cositas extras o algo. A esa edad pues si se ocupaba”. Al final, Abel se percata que el dinero nunca está de más, que a fin de cuentas si lo necesita.

La infancia de estos hombres fue una etapa donde se rodearon de experiencias significativas. Experiencias demoledoras, violentas, “llenas de nada” y “vacías de todo”. En general, se puede observar que todos los sujetos de esta investigación vivieron una infancia feliz. Esto lo confirmó Roy, al contarme que tuvo: “una infancia bien, tuve una infancia feliz... un poco... pues no lujosa, pero si, no me faltaba nada. Pero, a su vez, la describen como el *preludio* de una “vida inestable”, donde el final de la alegría apareció como trágico cataclismo. Paradoja inexplicable. En el salto que se produce entre la infancia y la adolescencia, ocurrieron infinidad de hechos que no son narrados aquí, que aparecen velados en el recuerdo de los agentes. Sin embargo, las narraciones que sí aparecen, sostienen la trama de su vida. De esta manera, para cuando los actores llegan a la adolescencia, es evidente que el delinquir ya ha sido interiorizado en su estilo de vida. Para Abel el delinquir, muchas veces, era por puro placer, por puro deseo de sentir adrenalina, puesto que la venta de drogas le redituaba muy bien:

Empecé a asaltar y a quitar carros. Como por ejemplo, que ocupaban un carro: [u] “te doy quinientos dólares por ese carro”. [u] No *pos* ya iba y lo quitaba, pero sin haber necesidad, pues, porque la droga me redituaba dinero. Tenía dinero para eso. Como te digo, cuando tenía diecisiete, dieciocho años.

La etapa de adolescencia, para algunos teóricos (Erikson, 1974; Muuss, 1999), se presenta cuando el individuo subordina sus identificaciones infantiles a una nueva clase de identificación. Esta nueva identificación obligará al joven, con tremenda urgencia, a realizar elecciones y a tomar decisiones que, cada vez más rápido, lo conducirán a tomar acciones tan determinantes a lo largo de su vida. En esta investigación la etapa adolescente de los actores oscila entre los 13 y 17 años. Para Julio, la adolescencia fue una etapa en la que él se gobernaba a sí mismo, es decir, no necesitaba de la autoridad de nadie:

Sí, iba a cumplir los diecisiete y... pues un joven, ¿no?, que llega allá y haz de cuenta que no se deja gobernar. Un joven ingobernable, digamos, ¿no?, entre comillas. Más que nada que te puedan observar, que te puedan dar consejos o algo así. Entonces, si

no tienes algo así, haz de cuenta que eres tú mismo, ¿no?, eres una persona independiente que va sobresalir y a vivir.

Maduración temprana debido a las responsabilidades tempranas que adquieren, es otra característica de estos hombres. Para Jesús, la adolescencia le significó madurez, sobre todo después de haber experimentado en su infancia una ola de violencia tanto legítima como ilegítima: el periodo de guerrilla en la década de los años setenta en el estado de Guerrero. Jesús cuenta cómo, a diferencia de sus compañeros de escuela, esta experiencia lo llevó a madurar más rápido: “me sentía yo como muy maduro, o sea, me sentía yo como que era un poquito más maduro que mis compañeros. Tal vez más asertivo, tal vez más mesurado”. Al igual que Jesús, Julio narra, también, la edad en la que él considera que maduró:

¡Oh sí!, haz de cuenta que maduré a los trece años, dejé de ser un joven, no viví mucho mi infancia. Ya en la juventud, nada que ver con que nos íbamos y jugábamos como cualquier *morrillo*, como cualquier joven, con tus amigos en la secundaria, en la prepa, ¿no?, como cualquier joven, ¡no! En lo personal, desde los trece años ya te conocía mucho el ámbito que me importó más a mí, que a mis demás hermanos, ¿no?, a los grandes.

No obstante, en el caso de Roy, quien fue detenido muy joven: “de dieciocho, a los dieciocho años me agarraron”, me dijo, es notorio que no alcanzó una maduración. Pero si de sobresalir se trata, es evidente que no se logra sólo con la independencia de la adolescencia ni con la madurez que otorgan las experiencias ásperas, tal y como lo narran Jesús, Cristian y Julio. En este caso se debe a su trayectoria, precisamente, en el mundo ilegal del que forman parte desde niños. Tanto la familia como las amistades tienen que ver en esta forma de vida, pues como afirma uno de ellos: “con el tiempo conoces personas y te relacionas, ¿no?, con amistades, compas, y te vuelves a enrollar en el ámbito que tu ya conocías, desde la infancia, pero dices: “bueno, voy hacer como que no conozco y luego... ¿verdad? Entonces así sobresalí y viví un tiempcito”. La familia de Julio, por ejemplo, fue un factor fundamental para involucrarse en los actos ilegales. Además, es la misma familia la que le otorga ciertas responsabilidades, a su corta edad, dentro del negocio:

Al chiquito [su hermano] lo cuidé mucho, ¿no?, que no se metiera ni nada. Pero los grandes sí, hacían su vida, generaban su vida y tenían sus partes, ¿verdad?, de la familia; tenían sus gastos y todo. Pero a mí me gustó más administrar; fue tanto eso de que cuidé a la familia, que como a los trece años ya sabía comprar, vender: compra-venta; producir, cuidar el material. Y cuidar a la demás gente, y más o menos en la contaduría, pues contaba en las *vascus* y ya te sabía, ¿no?: “sabes qué, te doy tanto, te doy cincuenta grapas” como le llaman en el sur de México, ¿no?, grapas.

A su vez, con el paso del tiempo y debido a un buen desempeño en las actividades ilegales de su familia, Julio se ganó el respeto de los mayores. No sólo por su buen desempeño, sino porque, además, a su corta edad manejaba grandes cantidades de dinero:

A los quince te hacen una pachanga, ¿no?, y sobres, y ya vas conociendo, que llegas a un lugar y un rodeo y órale. Aunque era menor de edad traía el signo de dólar y: [u] “pásale” [u], ¿no?, entonces ya te conocía, te conocía un poco. Pero cuando estudias inglés, pues te generas, te desenvuelves entre amistades americanas, vas conociendo y te vas enrollando como en ese papel, ¿no? Ese papel que tú te das, ¿no?, o... que te vas ganando, ¿veá?, y, entonces, te va llamando mucho la atención. Ya a los quince años, pues ya, ya tienes tu lugar, que te hiciste tú, ¿veá?, más que nada.

Así, estos hombres lograron obtener, a su corta edad, grandes logros y escaladas dentro del mundo del tráfico ilegal de drogas. En el siguiente apartado, hablaré de la familia y el contexto de influencia del que forman parte los sujetos de esta investigación. Más que representar a la familia como una “mala influencia” y única responsable de la forma violenta de actuar de los agentes, la concibo como un espacio sociocultural donde, por supuesto, lo que sí sucede ahí, es que se muestra la violencia. Se revela y aparece; es oída y es narrada y, en ese sentido, se reproduce y se vuelve a producir. De ahí la imagen de la “espiral” de la violencia.³⁵

³⁵ “Una de las tesis principales de la teoría de la estructuración es que las reglas y los recursos que se aplican a la producción y reproducción de una acción social son, al mismo tiempo, los medios para la reproducción sistémica (la dualidad de la estructura)”. Para Giddens, esta dualidad, es el fundamento principal de la continuidad de una reproducción social dentro de un espacio-tiempo.

Familia, contexto e influencias

En este apartado, expongo algunas de las narrativas de los *sicarios* entrevistados con la intención de mostrar cómo la familia, a la vez que forma parte del núcleo de influencia del sujeto, y que si bien no lo determina, juega un papel relevante en la constitución de los valores y normas que éste habrá de adquirir a lo largo de su trayectoria de vida. Presento, además, otras narraciones que se refieren a los contextos socioculturales a los que pertenecen los sujetos de esta investigación, dando cuenta de la trascendencia que tienen en sus vidas.

No pienso a la familia, entonces, como aquella definición tradicional que la define como la unidad económica básica. Por el contrario, considero que esta definición ha quedado ya desarticulada y que, actualmente, puede extenderse el concepto *familia* al lugar donde las personas aprenden a proteger y son cuidadas, más allá de sus relaciones de parentesco. Tampoco pienso que sea la familia “disfuncional” (aquella donde no existe una de las dos figuras paternas) la causante de los “males del mundo”. Pienso, no obstante, que la disfuncionalidad de una familia no radica en la falta de un padre tanto como en la falta de comunicación y respeto al interior de esta. Por lo tanto, con respecto a la violencia:

Mientras el fenómeno se viene considerando tan sólo como producto de la fractura y la marginación –analítica dentro de la que caben un sinnúmero de variantes, que van de la crisis económica a la familia en disolución–, proponemos interpretarle, de manera alterna, como hijo de la armadura cultural donde la sociedad de mercado funda el proyecto de una subjetividad (Perea, 2006: 222).

Una cuestión interesante, no obstante, es que la constitución de la sociedad se está modificando constantemente. Todo cambia rápidamente, nada se concreta, vivimos en una fase “líquida” (Bauman, 2008), donde “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Berman, 2001). No obstante, “de todos los cambios que ocurren en el mundo, ninguno supera en importancia a los que tienen lugar en nuestra vida privada –en la sexualidad, las relaciones, el matrimonio y la familia” (Giddens, 2000: 65). Es relevante, entonces, preguntarse ¿qué papel ha desempeñado la familia o en qué grado su ejemplo ha sido determinante para definir las formas que tienen de actuar los sujetos de

esta investigación? Con respecto a este punto y después de analizar los diferentes casos, he observado que, en todos éstos, la figura paterna es nula o muy tenue. Abel, un hombre de treinta y un años y cuyo rostro refleja una edad mayor, narra cómo es que se quedó sin la figura paterna desde muy joven:

Pos mi *apá* se vino muy pronto, muy temprano pa' acá, pal' otro lado, cuando teníamos unos cinco años nosotros. Él ya se había venido pa' acá, pa' la frontera, pal' otro lado. Salió para acá y fue cuando lo tuvimos que seguir, para acá, para Tijuana.

Para Jesús, por ejemplo, hombre de cincuenta años y con trece en reclusión, sus padres biológicos no le significan nada puesto que lo abandonaron desde que nació. No los conoció hasta hace poco:

Sí los conozco ahora, pero en aquel tiempo, en esa etapa no, no los conocí. Los conocí ahora que estuve en Puente Grande [en el CEFERESO], pues se dieron cuenta de quién era yo y parece que hicieron investigaciones y llegaron a mí. Pero ya no me interesa. No quiero tener relación con ellos puesto que no son parte de mi vida, o sea, no son significativos para mí [risas]. O sea, son personas extrañas, ¿no?, que no sé quiénes sean.

Por otra parte, la influencia que representa la familia en las vidas de estos individuos es muy marcada. Tanto los padres como los hermanos mayores representan el ejemplo a seguir, aun cuando los actores mismos se percatan de que no son la “mejor” influencia que puedan tener. Un ejemplo es el de Abel:

Porque yo sabía, pues, más que nada conocía a mí hermano, pues, y dije: “no, pues así van a empezar los problemas”. Y si, dicho y hecho. Así salió, así fue, orillarnos a la situación, a la vagancia. Más feria y ya. De no regresar a la casa (o hasta la noche), unos días o algo así.

Para Abel, su hermano mayor representó la figura paterna que no tuvo en su infancia y del que aprendió ciertas cosas. Ahora se da cuenta:

Pero más que nada fue por... ya lo miré bien, ahora comprendo que fue por la vagancia de él, más que nada, y mi admiración por el hermano mayor, pues. Ya ve que se crea un “algo” –se podría decir– un cierto orgullo por el hermano mayor y por seguirle la onda

a mi carnal, más que nada. Y le seguí el rollo a trabajar y a lo que sea, pues, a lo que venía. Como digo, mis hermanos desafortunadamente eran problemáticos, cualquiera de los dos: el más chico y el más grande. Mejor me fui, trate de irme con mi pareja como a los dieciocho años, cuando estaba en el otro lado.

Es evidente, en este caso, la reflexión del actor al percatarse de que ese ambiente no le proporcionaba ninguna satisfacción. Sin embargo, en su intento por salir de ese círculo, regresó a vivir con su padre quien lo incitó a trabajar con él:

Pues mi *apá* a eso se dedicaba, más que nada, a vender droga en el otro lado, y como dijo: [u] “no, pues este no va a trabajar, sólo va causar [problemas], *pos* ya de una vez, si se quiere *destrampa*” [u] así le entendí yo [u], “si quieres vente de perdida pa’ que ayudes en algo [u] se podría decir [u] para ser el sostén económico de aquí” [u]. De mi padre, bueno, de mi *amá*, de mis hermanos.

Otro ejemplo revelador es el de Julio, quien estuvo protegido por algún tiempo en una “casa hogar”, debido a problemas entre sus padres. Julio vivió en un ambiente de violencia intrafamiliar, y debido a esto, quedó bajo la tutela del Estado al no ser capaces sus padres de cuidarlo. Además, su padre ya tenía un proceso por delitos contra la salud. Julio narra su regreso a casa después de que los abogados de su madre ganaran un juicio a favor de ésta para quedarse con la tutela de su hijo:

Cuando yo llego me entero de todas esas cosas. En realidad después, cuando voy creciendo, ¿no? Porque cuando eres niño no te cuentan nada, pero te das cuenta, y vas creciendo en un ámbito así y dices: “bueno, salí de Guatemala y entré a *guatepior*”, ¿si me entiendes? Entonces dije: “sabes qué, pues sí, salí de ahí de con mi padre y llego a donde está mi madre”, que no es ella, pero la gente que la rodea pues te ensucia, ¿no? Entonces pasa el tiempo y dices: “bueno, ¿cómo que manejan cocaína?” y me comienzan a platicar. Cuando creces comienzas a platicar qué es lo que te da tanto, y qué droga te genera más, y el comercio, ¿no? ¿A cómo se puede dar todo eso?, en tantas partes, tres partes, quintas, y comienzas a entablar una relación que te llama, ¿no?, que dices: “bueno, pues ¿este es mi destino? o ¿así nací?”, ¿no?, y dices: “bueno, si soy así de...si la vida me ha llevado a este círculo, pues tengo que aprender ¿no?, para no quedarme”. Y así fue como aprendí. Y ya miré los viajes de una isla a otra, de México para acá y viceversa, ¿no? Dejamos tanto en tal lugar y de ahí nos

instalamos y de ahí mandamos pa' otro lugar y nos quedábamos con tanto y así. Fue como comencé a conocer más el ambiente de la droga, el comercio, y sí. Ese ambiente lo conocí como de los once años a los trece, a los trece ya te conocía, ¿no?, por ahí; a los trece ya andaba ahí.

En su cotidianidad Julio vivía violencia, no sólo física sino también psicológica y simbólica. Creció en un medio que le mostró que podía vivir de negocios ilícitos. No sólo con su padre, sino también en su casa materna:

Y por el otro lado, cuando llegué con mi madre –eso era en California– el problema era de que el papá –que en paz descansa– de mi hermanito el más pequeño, el último, era un narcotraficante. Algo que le llaman “narco”, ¿no?, movía cocaína [me miró esperando una reacción]. Él era en ese lugar, algo bien. Yo miraba todo porque, te digo, llegas a un lugar donde no miras nada, o sí miras, pero no miras tanto el volumen de lo material ¿no?, que una casa, *troca*, carros; tienes lo mejor, ¿no? Aviones de control remoto sin cable, y dices: “¡wow!, órale, yo nunca lo había mirado”, ¿no?

En estas narraciones se muestra claramente la experiencia de la violencia vivida, la representación de la familia y el ambiente donde los individuos se desarrollan. No obstante, parece existir una contradicción en ellas. Tal parece que es verdad que existen estructuras externas que determinan su conducta, su manera de vivir. Como en el caso de Jesús, quien dice: “pues voy ahí, siguiendo, ya inmerso en una situación que pues no la puedo controlar y ni la elegí”. Sin embargo –y este es el aporte de la teoría de la estructuración de Giddens (2006) – los agentes humanos o actores [...] tienen, como un aspecto intrínseco de lo que hacen, la capacidad de comprender lo que hacen en tanto lo hacen. Esto se muestra en la siguiente narración de Julio:

A una persona le hice un favor. Haz de cuenta que... le violan a una muchacha, y era de mis mejores amigas. Entonces me dieron... haz de cuenta que su mamá me dio el contrato: [u] “sabes qué, te doy tanto dinero, ¿puedes arreglarlo tú por mí?, porque las leyes no lo van arreglar de la forma justa, entonces... te damos dinero y... ¿nos puedes echar la mano por favor?” [u] ¡Ah! [cambia la voz] pues miré las lágrimas y era una parte de mi amistad, ¿no?, por decir algo, y dije: “no, pues es injusto que una persona abuse de su propia fuerza para tener la satisfacción”. Entonces le dije: “no, pues el dinero no es para mí, es para mis muchachos y yo me entiendo, no se preocupe”.

Para Julio esta “injusticia”, como él la llama, es lo que lo motivó a decidir matar. Él sabe que es algo “malo”, pero “justo”. Él lo reflexiona, nadie lo obliga a hacerlo. Por otra parte y con respecto al contexto sociocultural de pertenencia de los actores y siguiendo a Giddens:

Sostendré que [...] la trama de la actividad social tiene su origen en ciertas conexiones especificables entre el agente individual y los contextos sociales a través de los cuales ese agente se desenvuelve en el curso de una vida cotidiana. Si el sujeto no se puede aprehender salvo a través de la constitución reflexiva de actividades cotidianas en prácticas sociales, no podemos comprender la mecánica de personalidad si no consideramos las rutinas de vida cotidiana por las que el cuerpo pasa y que el agente produce y reproduce (2006: 94).

Otra narración interesante es la de Julio, hombre de veintiocho años quien, al iniciar la entrevista, me mencionó molesto que no es un “monstruo”.³⁶ Sin embargo, con respecto al contexto que le rodeaba cuando vivió con su padre, Julio me contó que a éste:

Le gustaba jugar barajas y tomar, ¿no?, y yo miraba gente grande y me rodeaba de ella, cuando era niño. Cuando viví con mi padre miraba y miraba todo: las barajas, el dinero y la música; y el carbón ahí en el asadero. Y pues miraba cómo trabajaban, ¿no?, y miraba que hacían sus trabajos pero no, nunca me decía: “¡hey! así y así es esto, simplemente aprendí viendo del negocio de él.

Obviamente, el negocio del padre era el comercio de droga:

¡Oh sí!, mi padre era comerciante de... marihuana, en la sierra de Guerrero. Fue comerciante y tenía su *gavilla*. Haz de cuenta que tenía su *gavilla* y se dedicaba a los malos negocios, ¿no?, y conocí parte de ese negocio con él, cuando era niño, pues miraba ¿no?, miraba y no, nunca me decía: “¡hey!, así está el rollo”, ¿no?, pero siempre escuchaba.

³⁶ Ese día, se encontraba dentro del CERESO, un grupo de estudiantes de la licenciatura en derecho de la UABC realizando un recorrido por las instalaciones del lugar. En el momento en que Julio fue traído al área técnica de esta institución (lugar donde le realizaría la entrevista), los alumnos se encontraban en ese mismo punto siendo atraídos por el ruido de las cadenas que sujetaban de pies y manos a Julio. Las miradas y murmullos de los estudiantes le provocaron una molestia evidente.

Cuando hablo del contexto sociocultural de pertenencia, no me refiero solamente a la familia “nuclear”, sino a todas las relaciones sociales de estos actores. Julio, en ese sentido, trabajó para tres grupos delincuenciales, específicamente, con grupos del “narcotráfico”, dos en México y uno más en los Estados Unidos. Así que estos grupos o “familias”, como él les llama, formaron parte de su contexto:

La familia del sur, has de cuenta que es la familia del sur, ¿no?, la del golfo; la familia de Los Ángeles es la familia de Los Ángeles, de la doble “MM”, ¿no? y la familia de Tijuana pues es la familia de Tijuana, o sea que he crecido en tres ámbitos diferentes.

Así como Julio señala, claramente, haber formado parte del cártel del Golfo, cuando se refiere a las familias tanto de la doble “MM” como a la de Tijuana, es evidente que se está refiriendo a la “Mexican Mafia” (Castillo, 2006: 250), de los Ángeles, y al cártel de Tijuana, de los hermanos Arellano Felix. Una de esas familias, no obstante, lo presionó para mantenerse en ese ambiente, aun cuando él había decidido salirse de ese grupo:

Me enrollaron a que comenzara otra vez, [u] “tómame una cerveza, ¿quieres un trago, una botella?, mandamos a pedir por ellas, ¿quieres un pase? pégate uno” [u] ¿sí me entiendes?, y no, pues, cómo le voy a pegar otra vez a la droga o enrolarme con ellos, ¿no?, en esa forma: “ahorita nomas son negocios” [u] “ah, ok, está bien”, [u] pero como que se *agüitaban*, pues, y dije: “no, pues va a haber desconfianza y todo, pues, entonces mejor que ellos comprendan que yo ya no quiero volver a lo mismo”, ¿no?. Y no, pues resulta que... *pos* más te gana el... “¡*sobres!* pues”, para sentirnos bien, ¿no?

Con respecto al espacio vital del sujeto, Abel narra cómo ese espacio lo expulsó: “cómo le digo, desde los catorce, quince años ya no podía estar en la casa, ya no se podía disfrutar una vida así, que era lo que realmente quería. ¿Pues a quién no le gusta disfrutar la vida?, ya me había cansado, como dicen por ahí, pues”. Esta posición la tomó después, ya en la adolescencia; porque en su infancia se tenía que conformar con lo que había. Aprendió a soportar y pensar que la vida era así:

Pues felicidad gracias a dios hubo en abundancia, pues, en lo que cabe, de tener hermanos y todo eso. Pero pues muchas veces la escases... también hubo un poco, pero pues se aprende a vivir ¿no? No era nada que no se pudiera soportar.

Aprendizaje: la escuela

A lo largo de la vida, los seres humanos aprendemos cosas, es decir, nos apropiamos de ciertos conocimientos que nos brindan la posibilidad de trascender en el mundo. En este apartado me concentro en las narrativas que los sujetos de investigación relatan sobre su proceso educativo, específicamente el de la “educación formal”: la escuela. Parafraseando a Pierre Bourdieu (1990), en el mundo existen instituciones encargadas de formar al individuo en la función de hombre y de mujer. Destacan, precisamente la familia y la escuela. Pero, a la vez, le dedico un espacio al “trabajo”: aquella actividad u oficio por el que se recibe una remuneración económica. Quiero distinguir aquí el “trabajo legal” de las “prácticas ilegales”, pues cuando me refiero a “trabajo”, solamente estoy considerando actividades que se pueden calificar como legales, puesto que están dentro de la ley.

La educación es un proceso de construcción del conocimiento, el cual es fundamental en la vida de los seres humanos e indispensable para su propia preservación a lo largo de la historia. La educación es un proceso complejo y global que retoma a la cultura como parte de su expresión, puesto que por medio de ésta, la humanidad adquiere sus pensamientos que son fundamentales para la reproducción y conservación de las sociedades. Luego entonces, la educación es la encargada de brindar el conocimiento necesario para las nuevas generaciones; conocimiento que se encargará de la formación ética, política, científica y técnica de los individuos. Sin embargo, la educación es también la encargada de formar el carácter y la personalidad de los mismos. La Educación, por lo tanto, es un proceso de conocimiento, de enseñanza y de aprendizaje.

Las narraciones de este apartado inician con el ámbito escolar, el cual –según los propios actores– es un espacio que no les ofrece más que dos opciones. La primera, tiene que ver con la capacidad del Estado de proporcionar y garantizar el acceso a la educación escolarizada. La segunda, es todo lo contrario: la negación, por diferentes circunstancias, de recibir los privilegios tanto “económicos” como socioculturales que esto conlleva. Para Julio, por ejemplo (hablando de la primera opción), su reincorporación a la vida escolar después del conflicto intrafamiliar que vivió,

le significó su reencuentro con las ganas y el deseo de estudiar. Para Julio, en ese periodo no le era fácil hacerlo, sin embargo, siempre tuvo deseos de superación:

Comencé a estudiar ahí, poco a poco, en una escuela. Y de ahí ya me mandaron pa' la *High School* y fui estudiando; y me llamó la atención también. Y más adelante dije: "sabes qué, no acabé mi carrera de computación, pues voy acabar mi carrera de computación", ¿no?, y me enrollé también en una escuela y ahí estuve.

En este mismo sentido, Jesús afirma:

Sí, como le digo, llego a Cuernavaca e ingreso a una secundaria que era, en ese tiempo, la mejor secundaria. Aunque era de gobierno, era la mejor secundaria de la ciudad y ahí hubo un cambio, también significativo. Pude cambiar de una situación como la que le platiqué: de las circunstancias en las que estaba inmerso, con los hábitos que traía.

Evidentemente, se refiere a los actos cometidos en Atoyac de Álvarez, aquellos actos violentos donde se comportó como un niño "malo". Se refiere a esos hábitos que lo tenían "atrapado" en la espiral de la violencia. Porque "así se le reproche y califique de abominable, y se insista en presentarlo como un acto oscuro y despreciable, tiene el delito –y en especial el asesinato– una dulce seducción, una magia que atrae al hombre corriente y lo atrapa con su encanto y su misterio" (Restrepo, 2005: 9). Con respecto a la segunda opción: la posición del Estado (del cual forman parte tanto la familia como las instituciones), de negar las ventajas a las que contribuye la educación, un ejemplo es el de Julio, quien más o menos recuerda:

Estaba en tercero de primaria, como a los ocho-nueve años. Haz de cuenta que de ocho-nueve [sube el tono de voz] llegué y no termine la primaria. Me quedé ahí, en tercero, por el problema. Entonces, quise estudiar en la casa y tampoco, no seguí estudiando. Estudié, aprendí otras cosas productivas y buenas, ¿no? De ahí, haz de cuenta que, pues llego a la casa de mi mamá y me mete en una escuela, un colegio, y me pongo a estudiar, ¿no?, tercero [voz alegre]. Le eché ganas, sobresalí y pasé tercero y así ¿no?, y con todo lo mejor que, pues gracias a Dios, mi madre me pudo dar.

Para Jesús por ejemplo: "la vida del delincuente provoca alejarse de la educación". En esta afirmación Jesús es tajante. No obstante, le faltaron tres materias para terminar la prepa abierta dentro del CERESO. Después de haber leído a Víctor

Hugo, los griegos, libros de historia y enciclopedias, reflexiona y dice: “me doy cuenta después que no estoy preparado”. Igualmente, para Abel su experiencia en este contexto fue negativa:

Realmente si, pensé en meterme en la preparatoria abierta o a computación, pero tú sabes que hay cosas muchas veces que te dicen que no lo vas a lograr o que... Si me interesaba mucho la computación, más que nada, y aprender otras cosas, pero dije: “no, sabes qué, pos’ ya ando muy recio”. O simplemente ya, si el certificado no iba salir a mi nombre y, al contrario: “las personas que realmente quieren estudiar pos’ se me hace que los voy a pasar a perjudicar”. Porque yo traía mi negocio, ya traía mi mentalidad, mi viaje, como dicen por ahí; y dije: “si quieren droga pos’ droga les voy a vender y lo poquito que han agarrado, ahí va a “bailar” y no van a salir cosas buenas, se me hace que nomas voy a ir a perturbar la paz ahí”.

El caso de Roy fue diferente, ya que su familia siempre lo apoyó para que estudiara. De hecho, asistió a escuelas privadas en sus primeros años:

Pues en la escuela... siempre fui en un colegio, de hecho desde maternal. Empecé en el maternal en el colegio *Montessori*. También hice el kínder y la primaria ahí y, también, querían que siguiera en la secundaria en una de “paga”, pero yo no quise. Quise irme a una de gobierno porque ahí iba mi prima; me imaginaba que ahí había como más libertades”.

Todo parecía ir bien para Roy, sin embargo, él quería tener más libertades que las que la escuela puede ofrecer. Él mismo, concluye diciendo: “si iba bien en la escuela, pero ya de más grande, cuando empecé a hacerme adulto me gustó más la fiesta, estar con los amigos”. Esas reuniones con los amigos, muchas veces, culminan en la conformación de una “*clica*”, una “*banda*”, una “*pandilla*”. “La pandilla es uno de los inquietantes jeroglíficos de la sociedad contemporánea: el espectáculo de muchachos entregados de día entero a la esquina, lejos de cualquier predicamento colectivo, vuelve trizas el proyecto de convivencia de la ciudad” (Perea, 2006: 215). Así, también, muchas veces, los amigos tienen la capacidad de influir en uno y, una de esas tantas influencias, en estos casos, se relaciona con la ilegalidad.

Prácticas Ilegales

La ilegalidad ha sido, desde hace tiempo, una forma de sobrellevar la vida por parte de muchos habitantes de las grandes ciudades. Al vivir en estas condiciones, los actores incursionan en la criminalidad. En las narraciones de los sujetos de investigación, aparece una red de contactos tanto de familiares como de amistades y personas de su grupo social de pertenencia. Dicha red les suministra y/o facilita, a estos sujetos, la posibilidad de un desarrollo delictivo. Así, en estas narraciones, los propios actores revelan la relación existente entre el inicio de sus actividades ilegales y su etapa adolescente.

“La figura prototípica es el muchacho de quince años parado sin descanso en el sitio de siempre. Las reclamaciones de la vida de todos los días desaparecen, no lo conmueve ni el dolor ajeno ni menos la pobreza, no lo asedian los apuros de la eficiencia ni las urgencias de la productividad” (Perea, 2006: 216). Julio ofrece una muestra clara de esto cuando narra a qué edad se incorporó al campo del tráfico ilegal de drogas: “pues era un ámbito en el que a los trece años ya te conocía. Llegué a Cancún a traficar de tal manera, que ya transportaba. Ya te comencé a conocer más el transporte, más a fondo, ¿no?”. Continúa diciendo:

A los trece años estaba nomás en la casa y en la casa te administraba, pero ya a los catorce, quince años, ya te conocía. Cuando viajé a Cancún y viví como más de dos años ahí, entonces ya te conocía el transporte de punta a cola, ¿no? De Cozumel hasta otra isla, y de ahí hasta playa del Carmen y viceversa, ¿no?, en playas, playas “curadas”.

En el campo del “narcotráfico”, las relaciones (y sobre todo las relaciones de poder), son importantes. Pero también lo son los “pactos” o “tratos”. Para poder vivir en el ámbito ilegal es necesario, entonces, mantener “tratos de delincuencia”. Así lo asegura Jesús, cuando narra uno de los tratos que hizo con una persona con “poder”:

A esa persona le gusta porque ya me conoce, a través de [que] hicimos un trato de delincuencia. Después nos hicimos amigos, así que un día me dice: [u] “yo sé que eres delincuente, pero sé que podemos ser amigos y que puedes vivir en mi casa” [u]. Y empezamos a frecuentarnos y él acepta y sabe quién soy, sabe que voy a mantener

nuestra amistad en secreto. Pero ya convivimos. Y así, nos vamos adentrando, me dice: [u] “oye, pues me caes bien, tengo una hija soltera [risas] y por qué no”. ¿Si me entiendes?

Todos estos hombres, antes de pertenecer a los grupos del “narcotráfico”, se dedicaron a otras actividades, igualmente, ilegales. Clonación de tarjetas bancarias y de autos, administración de bares (*table dance*), de masajes y, por lo tanto, manejo o tráfico de mujeres, así como tráfico de indocumentados; robo de autos y asalto a mano armada, entre otras. Julio lo comprueba, al narrar sus inicios dentro de la actividad ilegal, pues trabajó como “pollero”. Específicamente como chofer. Pero lo interesante de esta narración es que ofrece, claramente, a través de la propia voz del actor, la imagen de la mutación o el salto de una actividad (tráfico de indocumentados) a otra (tráfico de drogas ilegales), y en ese sentido, la incorporación al mundo de la “conexión perversa” (Laserna, 2003).³⁷

Comencé a manejar de chofer y a levantar gente indocumentada: “pollos”, así les dicen, ¿no? y a trabajar ahí. De joven, trabajé de chofer y después de ahí pues ya, me relacioné un poco más. ¿*Sí puedo...te puedo decir?* Haz de cuenta que me relacioné porque el ámbito que se manejaba era el del narcotráfico, entonces, no nada más era gente indocumentada, era narcotráfico”.

Sin lugar a dudas, al analizar los relatos de estos sujetos, la actividad ilegal que predominó en su vida en libertad fue la venta y tráfico de drogas. Un ejemplo de esta actividad se muestra a continuación:

Twenties o *dimes*, aquí le llaman “ochos”, lo que es el puntaje de la cocaína, ¿no?, tantos gramos, ¿no? Entonces, pues resulta que ahí, ya te llegaba a un antro o a una zona de prostitución y dejaba: “no pues sabes qué, te dejo treinta, me debes veinte y te dejo cincuenta y, dame tanto”, ¿no?, y llegaba hasta los restaurantes y locales de mariscos o a los antros. Llegaba y ¡pum!: “¿sabes qué? ahí te van tantos, ¿cuántos ocupas? [u] no, pues veinte [u] ¡pum! sobres”, y ya.

³⁷ Para este autor, la “conexión perversa” radica en la importancia que tiene la industria de las drogas ilegales, no sólo en cuanto a su dimensión o escala sino, sobre todo, en cuanto al hecho de que sus flujos de mercancías y dinero determinan un engranaje entre los grandes núcleos de la economía mundial y sus espacios marginales, constituyendo así, una doble dinámica de estímulo y criminalización.

Sin embargo, esta actividad tan lucrativa –como es el tráfico de drogas ilegales– se ve, casi siempre, rodeada de violencia. Con relación a esto, se sabe que:

La industria de las drogas ilegales incorpora a la economía mundial alrededor de 400 mil millones de dólares anualmente. Este monto es superado solamente por la industria del armamento. En muchos casos, ambas aparecen asociadas, reforzándose mutuamente y alimentando conflictos y violencia en diversos lugares del planeta (Laserna, 2003: 124).

Ese es el punto al que pretendo llegar. ¿Qué paradojas ocurrieron en la vida de estos actores que fueron tan determinantes para que se introdujera en sus prácticas la espiral de la violencia? Sin embargo, “más que el asesinato mismo –acto que en su mecánica se revela sencillo– lo que nos cautiva son los espectros que lo rodean, los fantasmas que urden la trama, las exigencias simbólicas que culminan en el crimen” (Restrepo, 2005: 10). Es por ello que el relato sobre las “trayectorias de vida” de cada uno de estos hombres me parece una forma interesante de acercarse a descubrir la trama interpersonal que alimenta dicha espiral. Las prácticas ilegales son, sin duda, detonadoras de esta espiral. El tráfico ilegal de drogas fue la actividad que les ofreció obtener grandes ganancias a estos hombres, practicantes de la ilegalidad. Abel, en sus relatos describe miles de dólares de ganancias semanales; esto demuestra la dimensión del poder de “seducción” que tiene el campo del narcotráfico:

Estaba agarrando dinero en ese tiempo, pues mil, dos mil dólares libres a la semana, aparte, si asaltaba, pues ya era una feria más, extra. Pero como le digo, realmente no ocupaba asaltar, nomás jalar, ahí relax. Pero como tenía amigos y compañeros: [u] “¿qué onda, te avientas un “jalecito” papita?, vente vámonos”, [u] “no, pero” [u] “no, vente vámonos” [u] y hasta que me convencían. Por lo general era gente que tenía armas. La última vez que ya no quise regresar [a los Ángeles] fue por eso, pues, porque estaban dando pena de muerte por la heroína, y como era lo que se podía vender. Al *crack*, pues, realmente yo le sacaba, le sacaba a vender piedra porque, como le digo, mi fuerte fue la cocaína.

En este tipo de ambiente también existen peligros. Abel, al conocer perfectamente ese contexto, me contó algunos de los riesgos que se corren al dedicarse a esta actividad, la del tráfico ilegal de drogas:

Si tú andas haciendo esa clase de “jales”, pues, que andas quitando, bajando; puedes asaltar, puedes robar pero no andar quitando droga. Porque todos conocen su mercancía, incluso, el mismo empaquetado. El olor de la mercancía ni se diga, pues metiéndole químicos se lo sacan. Y así, empieza la cadenita, ¡huy!: [u] “qué dónde anda fulano [u] pos yo no sé ahorita pero mira, aquél loco lo cotorreaba, deja voy y le pregunto”, y así te sacan en calentito la información.

Dentro de las prácticas ilegales de estos actores, he dicho que la que más destacaba fue el tráfico de drogas. El campo del “narcotráfico” se puede dividir en tres grandes dimensiones: producción, transportación y comercialización. No obstante, el campo de acción de estos actores no radicaba tanto en la producción, sino en la transportación y, obviamente, en la comercialización. En ese sentido, son narrados a continuación algunos pasajes con respecto a la transportación. Momento crucial para este negocio. Julio cuenta que, en su mejor época, la transportación de la droga era por vía acuática:

Por crucero, ya sea crucero turístico o puras lanchas particulares, y pues así [llevábamos] lo que se llaman los “pañales”, de tantos quilos, diez quilos, depende ¿no? Los famosos “pañales de oro” [risas]. Íbamos conociendo, conocí de marcas, diferentes marcas, ¿no?, la *escorpio*, la *reina* y dos, tres diferentes, la *rolex*.

He expuesto aquí (en este apartado), uno de los aspectos más fundamentales de la “trayectoria de vida” de estos cinco *sicarios*. Me refiero a sus prácticas delictivas: el aspecto que se relaciona en mayor medida con la violencia. Prácticas que les facilitaron la vida, y que, muy probablemente, los entrenaron para tomar la decisión de matar. Uno de los relatos más contundentes en este sentido, es el de Jesús, cuando al indagar sobre las razones que tuvo para delinquir respondió que lo hizo:

Sí, por dinero, por satisfacción personal, por muchas cosas. Como le digo, no hay un motivo definido. O sea, delinqué tal vez por necesidad. Lo hice por necesidad, lo hice por todo: lo hice por dinero, lo hice por amistad, lo hice por gusto, lo hice por nada.

A final, uno de los aprendizajes más importantes tanto para el propio Jesús como para mí, fue el hecho de que se dio cuenta que su libertad radica en la posibilidad de delinquir: “yo no necesito de ti porque también yo lo puedo conseguir, a mi manera:

delinquiendo, haciendo cosas. Pero soy yo, o sea, yo lo consigo con mis propios medios y esa es mi libertad, en la que yo puedo hacer lo que yo quiera”.

Relaciones amorosas

La pareja en estos relatos aparece como una fuerte influencia en la toma de decisiones de los propios actores. Estas decisiones, casi siempre, afectaron sus vidas. A Julio, por ejemplo, la mujer con la que él pensaba casarse lo incitó a participar en el campo del “narcotráfico”:

Pues ya me quedé: “bueno, pues”. Nunca alegaba con ella, ¿no?, y me quedé [pensando]: “bueno, sí es cierto”. Y ese día me dijo: [u] “oye, sabes qué, por qué no le hablas a tu primo, a tu familia de allá, del otro lado” [u] y dije: “bueno”. Me quedé pensado y dije: “sí es cierto, ¿veá?, deja ver qué puedo hacer”, le dije, “y tú por qué no te vas con tu mamá unos días, si quieres”, ¿veá?, “mientras que yo arreglo las cosas” [u] “ah, ok, está bien”, [u] y... pues le di pal viaje y se fue y... ya, estuvo un tiempo así.

Una característica generalizada en todos los actores, es que iniciaron sus relaciones amorosas siendo muy jóvenes, en el último estadio de la infancia. Durante este proceso, los individuos subordinan sus identificaciones infantiles a unas nuevas. De tal forma que éstas no se caracterizan ya por las travesuras de la infancia y la búsqueda de nuevas experiencias durante la adolescencia. “Con terrible urgencia obligan al joven a hacer elecciones y a tomar decisiones que, cada vez más rápido, lo conducirán a compromisos *para toda la vida*” (Erikson, 1974: 127). Jesús, por ejemplo, dice:

Tenía dieciséis años cuando la conocí. Ella era un poquito mayor que yo, y era... como le dije, era socióloga y diseñadora. Me tenía inmerso en su mundo, me enseñó a vivir de cierta manera, o sea, ¿cómo hablar de ella?

Abel, por otra parte, narra sobre la relación que mantenía con su novia:

Cuando regrese a Tijuana tenía dieciséis años. Tenía una novia de allá, a la que le hablaba, del otro lado. Las veces que me fui *pal'* otro lado, duró como... mi señora, pues, la que es mi mujer ahorita. No estoy casado. Duré como dos años con ella, y venía y la

miraba pero pues nunca tuvimos relaciones ni nada de eso, hasta que... después que se fue conmigo, como a los dieciocho años.

La venganza se hace presente, no sólo entre los sujetos y grupos pertenecientes a algún cártel, sino también en la cotidianidad, en la pareja. “Incluso el ritual del amor puede convertirse en un cortejo de muerte –*Eros y Thanatos* son pasiones vecinas– cuando en el estrecho círculo de la intimidad afectiva la transferencia amorosa se convierte en contratransferencia asesina” (Restrepo, 2005: 18). Algunas veces, esto se debe a viejos problemas entre las familias:

Ya cuando se fue, empecé a tener otras parejas: “ah, pues ahí te va, te quisiste ir, *pos* deja buscarle yo por acá. Ya no rentaba yo en la colonia, ya me iba y rentaba por otras partes, o sea que las mujeres, la mujer esa que tuve, por la cual me separé de ella [su pareja “formal”], realmente nunca viví con ella, nomas la miraba de vez en cuando, pero nunca estuve viviendo con ella. Y tuve otra pareja con la que tuve un hijo, tiene 8 años el niño, con ella si estuve tratando de vivir un tiempo, pero *pos* no, su familia no me quería porque había problemas entre su familia y la mía, y habían *pos* muchas cosas en contra, pues. Pero llegamos a tener un hijo, llegué a tener el niño y otro niño que perdió porque un tiempo la detuvieron a ella, cuando estaba embarazada, que porque, como le digo, no sé de dónde salió, pero decían que yo había matado a una persona, que le había quitado la vida a una persona y me andaban buscando. Y por eso, y dije: “no”, *pos* querían que me entregara, “cómo me voy a entregar”, le digo, “si apenas estoy en la flor de mi juventud” y allí se quedó. Mandé a un hermano a que pagara y *pos* se arreglo todo y salió ella, y ya, nos quitamos de convivir. Las cosas no se dieron, no se dieron y no acabó bien. Hasta que ella venia a mirarme también aquí, pero la borre de la lista por cuestiones de su familia y la mía, pues, no se llevaban, pues, dije: “es una vida de puro sufrimiento, no tiene caso, si no descansé en la calle, dije, voy a tratar de descansar en la cárcel”.

Narrativas de violencia

Soy borde, frontera, límite, espacio por ser, siempre siendo...
exiliada, insiliada... buscando la narrativa para decir...

Rossana Reguillo

Para finalizar este capítulo, presento los *correlatos* que aparecen a la par de los relatos sobre las “trayectorias de vida” de estos *sicarios*. Dichos *correlatos*, son el vehículo donde aparecen el lenguaje y las historias que se narran sobre la violencia. Son el resultado fundamental para acercarse a una definición de lo que llamo “narrativas de violencia”, eje central de esta investigación. Puesto que el objetivo es explorar los *correlatos* de la violencia, en las trayectorias de vida de los sujetos de investigación. Dichas narrativas aparecen como *estructuras de significado*, donde el lenguaje, los discursos y los relatos ordenan y narran la experiencia de la violencia.

Así, muestro a continuación una especie de conclusión del capítulo, donde las “narrativas de violencia” de estos hombres –dedicados a dar muerte– expresan su conducta violenta, resultado de su estancia *socioespacial*, *sociotemporal* y *sociocultural* en ciertos contextos. Es decir, de su posicionamiento en y ante el mundo. Para Jesús, toda su vida ha sido así:

¿No sé si usted me entienda? Tal vez no me ha entendido o no me he explicado, o sea, ¿cómo le digo? Lo que le platicué de “Atoyac de Álvarez” y de todos esos lugares, lo marcan a uno. Actué de cierta manera, usaba cierto tipo de armas y, de cierta manera, así fue como fue toda mi vida.

Abel, por su parte, no se inmutó cuando le pregunté por qué está preso: “porque me achacan cinco homicidios, dos intentos de homicidio y por portación de armas y droga, ¿me entiendes?”; es lo que obtuve como respuesta. Estos dos relatos parecen confirmar algo: ellos creen que no logro entender su forma de vida y el uso que han hecho de la violencia, al preguntarme si los entiendo. Abel insiste en justificar sus actos:

Las malas intenciones, las malas compañías que uno trata de evitarlas pero pues ya están ahí, induciendo a uno. Por ejemplo, si ocupaban dinero: “qué onda, vamos a

aventarnos un jale, vamos a asaltar o algo”; ya no era por el dinero sino por la emoción, la adrenalina, eso que sientes, que se te paran los pelos y [se soba el brazo] la piel se te pone de gallina y todo eso, en el momento. Más que nada era por eso”.

Esta forma de vida no es debido a la falta de dinero, no es un problema económico, es, en todo caso, la adrenalina y la emoción que siente el *agente* lo que lo motiva a actuar de esta manera. “El magnetismo emana de la promesa de deseo y poder. Mientras la vivencia de los sensorios erizados no para un instante [...] la búsqueda de reconocimiento se impone difundiendo el pánico en el barrio” (Perea, 2006: 219). Fue la búsqueda de placer,³⁸ aun sabiendo que hacía “mal”, lo que lo motivó a actuar de esa manera. El “mal” se puede resumir como la ambivalencia estructural que mezcla al placer y al dolor. Para Wolfgang Sofsky, lo que motiva a estos actos de maldad es:

El placer del desorden, el escenario del sufrimiento de las víctimas, el deseo de traspasar todo límite. Encontramos también el hábito de la indiferencia, el ritual repetido de la escenificación, el desarrollo regular de la fiesta de la matanza. Encontramos igualmente la creatividad del exceso [...] el plan realizado con éxito, el cálculo, la racionalidad de la crueldad (2006: 49).

Nuevamente, en este nivel, aparecen las narraciones sobre la influencia familiar y el “mundo” de violencia en que se convierte este espacio, dice Abel:

Me refiero a la cuestión de que discutí con mi padre... porque mi *amá* ya nunca, [*al separarse del padre*] de ahí pal real nunca ha tenido pareja que yo sepa, ¿no? Ni juntada con nadie ni nada. Y como a mi *apá* le daba por golpear, por golpearla o algo; de repente se le *botaba la canica*. Entonces, tuve una discusión allí y le digo: “no, no, sabes qué, hazte *pa’* allá, le digo, [*al padre*] vete *pa’* allá, porque las cosas ya no están fáciles, ¡*ámonos!*, tú ve a hacer tu vida”.

Otro ejemplo es el de Julio, quien narra cómo se inició en el narcotráfico por segunda vez:

³⁸ En el siguiente capítulo, “Espacios de ocio y placer”, presento las narrativas que se relacionan con estos temas.

Fue en Los Ángeles, en California, sí. El ambiente ese desde niño lo conocí, o sea, haz de cuenta que me relaciono por segunda vez, ¿no?, en este ambiente. Esta fue la segunda fase, digamos, ¿no?, entre comillas. La primera vez me relacioné después de que tuve, en mi infancia, una situación difícil, digamos sentimental –y todo ese rollo de que... pues llegas y paras en un lugar donde no es tu casa y donde los niños no son tus hermanos, y todo el rollo– en una casa hogar. Fue esa la situación que me llevó a pensar en cambiar mi forma de vivir, a ver las cosas y madurar tan pronto. Donde querías estudiar y no te dejaban estudiar [*cambia el tono de voz a uno triste*] porque no tenías los papeles adecuados, y porque tu familia tenía un proceso legal, tu padre. Entonces me saqué de onda y dije: “bueno, pues, ¿qué voy hacer de la vida?”, ¿no?, “se van todos a estudiar y aquí me dejan, ¿pues qué onda?”, ¿no?

Es evidente, en este discurso, que Julio se quedó sin opciones ante un ambiente adverso el cual, normalmente, es el que le debería de ofrecer cobijo: su familia. “La primera regla esencial de la vida familiar [...] consiste en que frente a algún padecimiento real se puede contar con la familia’. En rigor, las familias auxilian, más aun, deben auxiliar en tiempos difíciles” (Langellier, K. y Peterson, E., 1997: 82). Para Abel, la violencia en la familia es normal.³⁹ En esta pequeña narración se advierte la cotidianidad de la violencia, donde se refiere a las clásicas peleas de hermanos: “por qué a mí no me diste y eso... pero, *pos* yo digo que es normal en cada familia, es normal”. Pero al reflexionar se da cuenta que no es así, que lamentablemente su forma de actuar lo ha conducido al lugar donde está ahora, en prisión. Ahora, desde ese lugar, en el encierro y ayudado por la religión cristiana, se ha percatado de que puede cambiar, de que puede contener su conducta violenta, pues dice: “ya sabes cómo no dejarte llevar por ese momento, porque por ese momento estamos aquí”. No obstante, continúa:

³⁹ “Lo que comúnmente llamamos la ‘familia’ no es por lo tanto un fenómeno biológico natural sino un tipo de cultura de grupo pequeño que se produce estratégicamente en discursos, como lo son las historias familiares. Estas historias familiares no son simples representaciones de una historia familiar preexistente; y narrar historias familiares tampoco es una mera realización estética o un descarga socioemocional para los miembros de la familia. Más bien, la narración de historias familiares nomina prácticas de control social. Las historias y su narración generan y reproducen ‘la familia’ al legitimar sentidos y relaciones de poder que privilegian, por ejemplo, a los padres sobre los hijos, a los hombres sobre las mujeres y a la familia de clase media blanca sobre estructuras familiares diferentes” (Langellier, K. y Peterson, E., 1997: 72-73). En este sentido, es importante el hecho de que, durante las narraciones de sus trayectorias de vida, los actores hablan de su familia, reproduciendo así, la estructura que, nuevamente, los vuelve a coaccionar.

Pero desafortunadamente me doy cuenta que muchas veces se le vuelve a olvidar a uno esa forma de pensar, positivamente. Aun así, a pesar de las situaciones adversas en que se mete uno, se le vuelve a olvidar a uno y es fácil cegarse otra vez, pues. Ya cuando, por ejemplo, “*cochi que comió lobo, vuelve a buscarlo por más tarde o más temprano que sea*”. Ya hay algo, ya hay algo más que ya te sabes, más cosas. Por ejemplo, la primera vez que maté, llevaba como unas dos o tres cervezas, pues ese poquito, era lo poquito que faltaba para que reventara la bomba, como dicen por ahí [risas]. Y pues le pegué unos balazos al muchacho ése, y de ahí *pa’l real* se echó a perder mi vida, [de ahí] *pa’* delante”.

Esta última frase, advierte sobre el reconocimiento, a través de la reflexión, de que su vida se ha echó a perder. Ha tomado conciencia de sus actos, de que su vida se le salió de control. Esto me hace pensar en que, si bien estos sujetos han vivido dentro de un contexto sociocultural complejo, no es éste el que los determina del todo. Existe en ellos la conciencia del “mal” que han hecho:

“Lo que es realmente una mala decisión: pues tuvo sus frutos y perdí la escuela. Estaba en el *Conalep*, en el primer semestre. Estaba estudiando para contador ejecutivo, asistente ejecutivo viene siendo [voz triste], y de ahí *pa’l real*, pos se acabó mi vida”.

Capítulo 3

Espacios de ocio y placer

El espacio se ha descrito como un lugar donde se ubican hombres y mujeres, quiénes son los que lo construyen, pero quienes, también, a la vez, son construidos por éste (Bourdieu, 2005). El espacio es lo que la sociedad crea y recrea materialmente, en ese sentido, está relacionado con un objeto físico definido. Sin embargo, es también un objeto mental. Así entendido, el espacio tiene una doble dimensión: es a la vez material y representación mental. El espacio es, además, un producto social porque sólo aparece a través de la existencia y reproducción de la sociedad. En ese sentido, el espacio social puede ser definido –según Bourdieu– como:

El conjunto de posiciones distintas y coexistentes, exteriores las unas de las otras, definidas las unas en relación con las otras, por relaciones de proximidad, de vecindad o alejamiento y también por relaciones de orden, como debajo, encima y entre [...], el espacio social es construido de tal modo que los agentes o los grupos son distribuidos en él en función de su posición en las distribuciones estadísticas según los dos principios de diferenciación: [...] capital económico y capital cultural” (Bourdieu, 2005: 30).

En este tercer y último capítulo, presento un panorama de los distintos espacios en los que estos cinco *sicarios* participaban en su cotidianidad antes de ser reclusos. Expongo las narrativas acerca de sus experiencias de vida en relación a sus recorridos por estos espacios. Lugares de libre esparcimiento que frecuentaron durante su participación en el tráfico ilegal de drogas y que, al ser así, sugieren, entonces, un determinado estilo de vida de estos hombres. Pero más allá de su materialidad física, el espacio puede ser representado, también, por “[...] una extendida cualidad metafórica: espacios del saber, del poder, de la privacidad –tener su ‘propio espacio’, de memoria, espacio biográfico, imaginario, político, poético [...]” (Arfuch, 2010: 33).

A los “espacios de ocio y placer” los entiendo, entonces, como metáforas del espacio, lugares de “refugio” de los actores. Tales espacios muestran sus consumos,

sus gustos y placeres, sus deseos; pero, al mismo tiempo, muestran esos pasajes donde se presenta su acción violenta. De tal manera, al ser narrada la violencia, lo que realizo en este capítulo, es una interpretación sobre el sentido que le dan los actores a estas narrativas: “narrativas de violencia”. Dichas narrativas aparecen en los momentos en que son relatados sus recorridos por sus “espacios de ocio y placer”.

El ocio: tiempo libre y lugares de esparcimiento

Con las siguientes narraciones lo que me interesa es presentar la cotidianidad de los actores y, en ese sentido, su participación en “espacios de ocio y placer”. Como mencioné en el capítulo anterior, y siguiendo a Anthony Giddens (2006), es posible construir una caracterización que se aproxime a la rutina de los individuos, registrando sus actividades cotidianas que comprenden trayectorias en tiempo y espacio. Así, parafraseando a Juan Cajas (2007), en las páginas que siguen expongo una especie de coreografía de actitudes y formas de ver la vida y de sentir el mundo. Un laberinto de formas presentadas desde la “*orilla intranquila*” de la incertidumbre, donde el apetito de vida, se funde en el consumo; vidas de papel, frustraciones, desencantos, llantos. Lo primero que hay que preguntarse, entonces, es ¿qué es el ocio? y luego, ¿cómo viven e interpretan el ocio los propios agentes?

El ocio, fue considerado como un símbolo de posición social, como un signo de afirmación personal. Aunque en la actualidad no se puede acotar el ocio a un símbolo de clase, como lo hizo Thorstein Veblen (2000) en el siglo XIX, la elección de actividades de esparcimiento permite, actualmente, afirmar la personalidad. El ocio equivale, entonces, al tiempo libre voluntario de una persona. Se trata de la interrupción del trabajo o de una total enajenación de la actividad obligatoria. El ocio es ese espacio de actividad realizada como distracción en el tiempo libre. En ese sentido, destacan algunos lugares físicos –entendidos como “espacios de ocio y de placer”– a los que asistían estos hombres (sujetos de esta investigación), a pasar su tiempo libre. Dichos espacios eran, generalmente, discotecas, cantinas y bares de *table dance*. En el siguiente relato, por ejemplo, se narra una cita de negocios entre Julio y su “familia”, sus jefes. El lugar es un *table dance*. El negocio a tratar, es abrir uno de éstos lugares:

Tenía ochenta y cuatro números de mujeres para ese ambiente, y les hice una presentación, una ahí, “mini” ¿veá? Y... no, pues, estaba bien la calidad, todas bien, les llevé un proyectillo ahí. Tenía una laptop y ahí les hice todo el diseño y ahí estaba el lugar, ¿no? [se refiere al “table dance” proyectado en un programa de diseño para computadora], y se los enseñe, más o menos. Visité varios lugares, varios antros, y ¡acá!, así, con mis compas. Y bueno, se los enseñe y [u] “¡sobres! sí, simón”.

A estos lugares se asiste, si no es por un asunto de negocios, a “ver” pasar el tiempo, acto acompañado por la sensación de placer. Esto es claro cuando Julio dice: “pues pasamos un rato, *pisteamos*, tomamos; agusto”. En este tipo de espacios parece no importar el transcurso del tiempo. Para Jesús –otro de los actores– en su vida de “ocio” el tiempo no importa:

Sí, mi vida ha sido de ocio, o sea, es que yo veo el ocio como: una persona como usted, por ejemplo, que está dentro de una sociedad, tal vez no vea las cosas como yo las veo, de ocio, pero pues de ocio total. O sea, nunca he tenido que trabajar para nadie, nunca he tenido un horario. Durante toda mi vida nunca tuve compromisos con nadie, o sea, podía estar en la playa todo el día *surfeando*, podía estar en cierto lugar todo el día divirtiéndome, pasar día y noche en una disco, meterme a una y salir de otra, sin importarme el tiempo.

El significado del ocio, no obstante, varía de un país a otro, de una cultura a otra, de una persona a otra, y para algunas personas representa un espacio de libertad de acción. El ejemplo es, nuevamente, el de Jesús, para quien no existe relación alguna entre el ocio y la responsabilidad: “o sea, ese es el ocio como yo lo veo, o sea, no el ocio como lo vería usted o como una persona que trabaje los domingos. En mis días de ocio, yo he tenido toda esa libertad”. Es evidente que Jesús tiene una idea muy diferente del tiempo libre, a la de personas como yo u otras, que trabajan hasta los domingos. El uso más habitual del ocio como concepto, está vinculado al descanso del trabajo, de la escuela, de la universidad, entre otras actividades. El ocio, por lo tanto, aparece fuera del horario laboral o académico y, para algunos otros, sólo en periodos de vacaciones. Para los *sicarios* esto no es así.

El sentido que estos hombres le dan al ocio no sólo excluye las obligaciones laborales y otras relacionadas con actividades cotidianas establecidas, sino también el tiempo invertido para la satisfacción de necesidades básicas como comer o dormir. Los valores del ocio no son los del trabajo, no atraviesan por el mismo condicionamiento social, responden más a la libertad de elección de cada persona. Esto es claro en el estilo de vida de Jesús:

Podía estar en mi casa si yo quería y sin hacer absolutamente nada: desnudo, acostado en la cama, tomando... no sé, tal vez agua, tal vez vino. Viendo televisión o viendo la película que yo quería, o leyendo el libro que yo quería. Salir y estar en la alberca. Siempre me ha gustado tener una alberca y estar nadando y estar tomando sol, tener a alguien que me esté haciendo la comida y... [risas] ¿Si me explico? Ser acomodaticio. Irme a la playa en este momento; decía: “sabes qué, vámonos a la playa” [u] “pues vámonos a la playa” [u] o “vámonos a tal lado”.

Con este relato, Jesús permite imaginar su mundo de vida en el pasado, cuando su actividad era una actividad delictiva. Confirma lo que en el imaginario colectivo se ha formado sobre el estilo de vida que llevan los *agentes* que se dedican al tráfico de drogas ilegales: lujos, descansos, placeres, en suma, tiempo libre. Con respecto a este último tema existen variadas definiciones de éste. Algunas de ellas –propuestas por Munné y rescatadas en el trabajo de Guillermo Miranda (2006: 302)– son las siguientes:

- a) Tiempo libre es el que queda después del trabajo, entendiendo trabajo a las actividades productivas de carácter material e intelectual; a las remuneradas o lucrativas, a las asalariadas o dependientes, a las que reúnen a dos o más de estas características. Fuera de estas actividades quedará el tiempo libre; tiempo libre y trabajo son opuestos.
- b) Tiempo libre es el que queda libre de las necesidades y obligaciones cotidianas, en esta definición diversos autores excluyen de este tiempo residual a los desplazamientos hogar-trabajo, o bien, el de comer.
- c) Tiempo libre es el que queda libre de las necesidades y obligaciones cotidianas y se emplea en lo que uno quiere, esto es, lo que se conoce comúnmente como ocio.

- d) Tiempo libre es la parte del tiempo fuera del trabajo destinada al desarrollo físico e intelectual del hombre en cuanto fin en sí mismo.

De esta forma, se entiende el tiempo libre como una temporalidad de la que forma parte el ocio, como un tiempo sin obligaciones y necesidades que haya que cumplir en la vida cotidiana. Al menos es así, en este trabajo, en el que los sujetos de investigación no tienen un trabajo común. Mucho menos, obligaciones académicas que cumplir. Se dedican a actividades criminales. Touraine (1974) sostiene que el ocio, como cualquier actividad fuera del trabajo estricto, engloba la mayor parte de los rasgos culturales de una sociedad, como la vida religiosa, los juegos, la actividad política o el deporte. Con respecto a este último tema, Jesús es el único de los informantes que mencionó haberlo practicado, lo cual, lo distingue del resto: “como le digo, soy un deportista, o sea, siempre el *taichí* ha regido mi vida, en todo, o sea, era una constante, ¿si me explico?, como la constante de la luz”.

En este sentido, se vuelven relevantes las narrativas sobre las actividades de ocio y, por ende, de placer de los propios actores. En la medida en que describen sus prácticas fuera de su actividad como *sicarios*, dichas narrativas adquieren una importancia cardinal dentro de este trabajo, para lograr interpretar el sentido de la acción violenta de estos hombres en su cotidianidad. La cuestión del tiempo, no obstante, no es la única que interviene en el tema del ocio; otro rasgo importante es el sentimiento de “soledad”, ese que alguna vez sintió Julio:

A veces, de la soledad que sentía, me iba de compras para despejar todo eso. Me sentía tan solo que me iba a jugar billar. Iba a escuchar música a unos lugares, a unos antros, a la *Boom*, en Los Ángeles. Me quedaba ahí, a cotorrear, a conocer y tomar licor, ¿no?, y escuchar música y relajarme, pero no me satisfacía.

Aunque la realización de todas estas actividades que hacía Julio, serían un lujo para muchas personas –con una vida tranquila– y que les provocaría, sin lugar a dudas, una gran satisfacción, para él no era así. El grado de soledad que sentía le impedía, realmente, gozar de todo esto. Tenía que recurrir a sus *compas*:

A veces que te sientes solo, y pa' no sentir esa soledad, pues le hablas a tus compas: "¿qué onda, qué están haciendo? [u] no güey, pues aquí estamos *pisteando*, es que estamos con unos compas, aquí, tráete algo o aquí tenemos algo [u] sobres". Agarras y te echas un baño y un... [*imita la inhalación de cocaína*] vámonos, ¿no?

¿A dónde iban estos hombres a refugiarse? A lo largo de todas estas narraciones se han estado mencionado, indirectamente, varios lugares (espacios físicos) de los que he hablado al inicio de este capítulo. Antros, discotecas, billares, bares de *table dance*, eran los lugares favoritos de los sujetos de esta investigación, en cuanto a lugares de esparcimiento se refiere. Pero no sólo éstos. También les gustaba ir a los parques a distraerse, a lugares donde pudieran jugar (casinos), donde pudieran alejarse de las sensaciones de soledad. Julio cuenta que: "cuando llegas a la casa y te levantas al otro día, te vuelves a sentir así, entonces, para no sentirme así, haz de cuenta que me iba al parque, me iba a nadar o me iba a... lugares, a jugar, o a equis cosa, ¿si me entiendes?". Otro caso es el de Abel, quién recuerda que:

Sí salía. Por ejemplo, con las idas al cine, me iba solo ¡pum!; y llegaba, generalmente, caminando. A mí, la verdad, siempre me ha gustado ir a mirar el mar; ir, supuestamente, de pesca; que nunca pescaba nada, *nomás* me iba a *pistear* y a mirar lejos. Pero hasta ahí. Y a los cines. Es lo que me gustaba mirar: las películas pero, generalmente la naturaleza.

Es interesante escuchar que a alguno de los actores la naturaleza le apasione y la conciba como un espacio donde tranquilizar todo ese desconcierto en su vida. El mar siempre es un buen lugar de esparcimiento, a donde se puede ir desde pescar hasta mirar a lo lejos. Sin duda, el mar, es un gran espacio que tiene la ciudad de Tijuana, espacio donde habita Abel. No obstante, los lugares que predominan como los favoritos de estos cinco *sicarios* –y con esto se puede cerrar este apartado– son los antros y lugares de fiesta, "espacios de ocio y placer" como a los que asistió por primera vez Roy: "empecé con las tardeadas y luego con los quince años. Me acuerdo que yo ya andaba ahí, en el antro, cada vez que había una tardeada. Me empezaron a gustar los antros y me empezó a gustar ese ambiente. Después era cada fin de semana.

Estilo de vida

En este apartado lo que presento es un panorama de los distintos estilos de vida de los cinco *sicarios* entrevistados. Lo que me interesa aquí, al igual que en los demás apartados que conforman este capítulo, es vislumbrar la forma de vida y las prácticas que realizaban en su cotidianidad antes de ser recluidos. El objetivo de este apartado es, precisamente, interpretar las actividades materiales y simbólicas, que cumplían estos hombres tanto en su vida personal como colectiva. La intención es percibir los correlatos sobre violencia que pueden aparecer a la par de estas narraciones sobre su estilo, forma o manera de entender y vivir la vida.

No me quiero referir al sentido de una particular concepción del mundo, sino, en todo caso, a una identidad. Esto es, la idiosincrasia o el carácter particular de estos actores, el cual se ve reflejado en todos los ámbitos de su comportamiento (trabajo, ocio, diversión, alimentación, vestimenta; todo esto reflejo de sus gustos y consumos, en general). Tampoco lo quiero ver como lo hace Pierre Bourdieu (1988), en cuanto a que los gustos y los estilos de vida son la manifestación práctica de diferencias sociales.⁴⁰ No me interesa hacer una distinción de los sujetos en cuanto a clase social. Simplemente, me concentro en sus rutinas, en sus fiestas, sus consumos, sus identidades, en otras palabras, en sus costumbres o vida cotidiana, pero también en su relación con el entorno o en las relaciones interpersonales.

En primer lugar, presento las narraciones sobre los estilos de vida de los actores durante su infancia, etapa que como ya se vio en el capítulo dos, fue de suma relevancia para la forma en que tendrían de actuar y de relacionarse con la sociedad más adelante. En esta etapa de su vida, destacan los buenos tratos por parte de sus padres. Un ejemplo es el de su alimentación. Aunque a diferencia de Julio, por ejemplo, Abel tuvo una infancia más dura (en el sentido económico), eso no fue impedimento para saborear buenos platillos: “en ese tiempo mi papá era policía y, realmente, por comer comidas... buenas, no batallábamos mucho. Llevaba marisco, carne, pescado;

⁴⁰ Este tema tiene estrecha relación con el concepto de “*habitus*” de Pierre Bourdieu, el cual lo expone en su obra “*La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*”. Sin embargo, no profundizo en esto, puesto que lo que me interesa, más que la forma de esquemas de percepción y valoración de una estructura social, es simplemente el discurso y no la subjetividad socializada.

lo que fuera, no se batallaba”. En este mismo sentido, Julio reconoce que lo trataron como a un “Rey”, pues tenía de todo:

Entonces miras, y miras que te tratan bien, como a un rey, como un príncipe, ¿no?, y dices: “¡wow!” y tienes de todo. Desde temprano te cuidan, te levantan, te sirven tu desayuno y todo ¡acá!, y vuelves a comer, y prendes la tele y otra vez a comer; te quieren gordito, te tratan bien y dices: “bueno”. Pero cuando vas creciendo, también vas dándote cuenta de... de que se mueve algo malo, aparte ¿no?

Es muy interesante observar como en estas primeras narraciones, empiezan a emerger los correlatos de violencia. Precisamente, como lo apunto más arriba, la felicidad y tranquilidad de la infancia –caracterizada por el juego y las aventuras– comienza a ceder el paso a una estilo de vida más dinámico y violento, donde se presenta la “maldad”. Tanto el relato anterior de Julio como el que sigue a continuación de Abel, son prueba de esto:

Antes, allá en el rancho, de donde yo soy, se hacían unas fiestas grandes; tocaba la banda y todo eso y, *pos* a veces, muy pocas veces, se soltó una balacera. Pero una vez hubo un muerto y ya sabes, cuando está uno morrillo, como de cuatro, cinco años, ya sabía, ya tenía noción. Voy, me acerco, y miro a un bato, así, tendido en una cama de esas que se usan *pa'* allá, *pa'* los ranchos, y que tienen un tarugo así, y las lazan así, como con esos mecates de plástico. Ahí estaba tendido el bato, yo lo miré que traía todo metido aquí, en el pecho. Le habían pegado con un rifle.

Estas prácticas violentas que observaban los actores en su infancia, se hacían presente a cada paso. Así, al llegar a la adolescencia, estos hombres ya habían sido preparados emocionalmente para las durezas de la vida. Me refiero a la etapa anterior a su decisión de pertenecer al crimen organizado, específicamente al tráfico ilegal de drogas. Antes de esto, ya habían logrado interiorizar las formas en que se presenta la violencia sin asustarles, ya tenían el conocimiento. Esto lo relata Cristian, quien en su paso por el ejército mexicano, aprendió muchas cosas, entre ellas, a no tener miedo: “luego ya acá, en Mexicali, no me quería “componer”, no quería saber nada de mi familia, Me metí al ejército. Ahí duré seis años, cinco meses, veintiocho días. Como era la frontera y, como ya tenía conocimiento, (poquito), ya era más bronco: “simón, yo lo

hago”. A mí no me asusta.

No hay que olvidar que todo lo acontecido en estos relatos (en su mayoría), sucedió en la frontera norte de México, en el estado de Baja California. En este sentido, la frontera se presenta como un espacio de migraciones, encuentros y desencuentros. Como un espacio donde hay que realizar sacrificios si se quiere vivir y experimentarla. El caso de Julio es evidente. En su estilo de vida como miembro de un cártel de la droga, tuvo que experimentar cosas difíciles como el no poder salir de un lugar durante días o semanas: “en ese entonces, no sabía ni qué hacer; pasé dos semanas en Tijuana, pasé dos semanas oculto, en una casa, sin salir, por el gobierno”. Los sacrificios que implica llevar ese estilo de vida son muchos, uno de ellos es el alejamiento de la familia y los conflictos emocionales que esto conlleva:

Muchas veces me llegó esa etapa, como de crisis, pues, que ahora comprendo. Por ejemplo, cuando era navidad y quería estar con ellos [*su familia*] sentía esa necesidad, esa ansiedad, ese vacío que se siente por dentro, que aun teniendo todo, no puedes disfrutarlo. Muchas veces me pasó eso ¿sabes?: “que mira, ve y déjame allá, en la casa”, le decía a mis amistades. Nunca entraba en el asiento de enfrente, sino que entraba acostado en el asiento de atrás: “deja el carro allí y yo me voy a bajar”. Me bajaba con el rifle *pa’* dentro de la casa de mi madre. Muchas veces puse en riesgo a la familia, cosas que no piensas muy claramente, cuando andas tomado y, la verdad, eso cansa.

En esta forma de vida las paradojas están siempre presentes, pues aun teniéndolo todo, como lo cree Abel, eso cansa. La rutina, esa costumbre o hábito de hacer las cosas de forma mecánica y sin razonar, es la que cansa. La siguiente narración –aunque es muy larga– permite un acercamiento privilegiado a lo que es el estilo de vida de estos hombres. Nuevamente el protagonista es Abel:

Mi rutina era así: *nomás* iba y entregaba droga, ¡pum! Tenía a alguien vendiendo, así que iba y le entregaba droga y ya. Lo que tenía que hacer yo –para que la demás gente no mirara y no me *plaqueara* (como baquetón, se podría decir) [*risas*]– era salirme desde las ocho de la mañana. Ya regresaba como a las seis de la tarde, ¡pum!, como un trabajo normal, Era lo que yo tenía que hacer, perderme todo el día. Me iba con mi abuela. Ya mi abuela se había venido *pa’* acá [*para la frontera*]. Mis otros tíos, la familia, se empezó hacer un poco más grande y ya tenía a donde más ir, todo el día, pues: “no,

pos que sabes qué, ayer, en la semana y la otra semana fui con mi abuela, no, pos ahora voy para acá. Que iba *pa'* la casa de un compa y allá me quedaba todo el día, toda la tarde. Cuando miraba que no los incomodaba, pues, porque luego, ya con mi abuela pos iba generalmente, y me quedaba a dormir un día, dos días. Dependía de cómo miraba, cómo me sentía. Así salía o me quedaba. Ya con mi *apá*, que tenía otra mujer, llegaba a donde él estaba y: “qué onda [u] pos todo bien” [u]. Llegaba y nos poníamos a *pistear* y, generalmente, acababa en borrachera: “qué onda, no, pos ya me voy”. Al día siguiente o ese mismo día, dependiendo como se sintiera el ambiente. Ya me iba, pero así me la pasaba. Generalmente tenía un horario para salir de la casa y otro horario para llegar, así era el sistema que traía, como si trabajara.

Para Julio, su rutina era muy parecida al relato anterior. Sin embargo, al parecer, él sí trabajaba. Se dedicaba a cuidar tanto su trabajo como al grupo delincuenciales al que pertenecía, a su “familia”. “Ya que la familia es, por encima de todo, un fenómeno que vivimos con todas sus contradicciones, una realidad única e irreductible constituida por una pluralidad de participantes y de prácticas” (Langellier, K. y Peterson, E., 1997: 79).

Fui cuidando a esa familia también, ¿no?, como ellos me cuidaban, yo los cuidaba: a esa organización. Hasta que controlaba dos, tres oficinas, casas a donde llegaban indocumentados, donde llegaba droga. Y... administras, ¿no? (el movero), de allá *pa'* acá y todo ese rollo, ¿no?, de que: [u] “¡hey! vente *pa'* acá o vete *pa'* allá o ¿está limpio este lugar?” y ¡fum!, “ve *pa'* allá, y... va llegar en tanto y ya se acerca”, y puras de esas. Vas cuidando, ¿no?, vas haciéndote de esa familia, ganas tu nombre y tu rango, tu respeto ¿no?

Para Jesús, por su parte, su estilo de vida se relacionaba con el ocio, éste era su rutina: “podía dormirme a las doce del día, todo el día; y despertarme a las tres de la mañana y empezar la *farra*. Dormir de día y vivir de noche. Ese era mi día normal, hacer lo que yo quería, ir a donde yo quería y hacer lo que yo quería”. Jesús, al parecer no tenía responsabilidades rutinarias, su trabajo era por evento, si se le puede llamar así. Este estilo de vida, el de Jesús, lleno de ocio y de “buenas formas de vivir”, permite la aparición de las siguientes narraciones. Estas se refieren a las formas en que estos agentes gastaban su dinero, que por cierto, era abundante. Cristian mencionó que llegó a ganar, a sus veinte años, más de diez mil dólares por sus actividades en el

narcotráfico. No lo guardaba en el banco porque no podía tener dólares. Entonces comenzó a ahorrar ya que tampoco podía ir al otro lado, pues no tenía visa ni pasaporte:

Éramos cuatro y nos lo repartíamos, eso era una vez por semana, hasta dos veces por semana, ya teníamos hasta quinientos o mil dólares en la bolsa. Nos íbamos a malgastarlos, agarrar para donde con las *morras*, ¡*chamacos!* Nos íbamos al “desastre”, a *pistear*, a gastar y comprar... [*se refiere a la cocaína, al simular inhalarla*].

Jesús, tampoco se preocupaba por administrar ese dinero:

Siempre comí en restaurant, y siempre tenía una cocinera. Mi ropa la lavaba en la tintorería. Siempre tenía quien me hiciera el trabajo, o sea, nunca me importó ahorrar dinero, nunca me importó cuidar para el futuro. Me gustaba vivir el momento, o sea, no puedo decir: “tuve fuertes cantidades de dinero y las invertí y me privé de cosas en espera de un futuro mejor”. Yo vivía el momento ¿si me explico?, o sea, el mañana no existía para mí, el “hoy” era todo lo que tenía.

El aquí y el ahora es lo que prevalecía en el estilo de vida de estos hombres Las fiestas ejemplifican, de manera general, sus prácticas. No obstante, los antros, los hoteles, las mujeres, las camionetas, la música (sobre todo de banda), las drogas y las armas, muestran, a grandes rasgos, lo que es vivir como uno de estos hombres, dedicados a dar muerte. Julio lo confirma:

Pues nos quedamos de ver en un antro, ¿no?, [*se refiere a su organización*], llegaron en una camioneta. En ese entonces no conocía la [*menciona el nombre de la camioneta pero no sé logra escuchar bien*], entonces llegó y sobres, ¿no?: [u] “ahí te va” [u] y te va una feria y: [u] “¿estás bien?, ¿ocupas algo?, vamos a ir a la fiesta de de Aguascalientes, la de San Marcos, y comenzaron a llegar “*buti*” mujeres, de todas, y de ahí nos fuimos a una casa, de ellos, y... nos la pasamos bien. Trajeron la banda y todo el rollo, ¿conoces a la explosión?

Consumos: drogas vs. cultura

Con respecto al consumo de drogas, tanto legales como ilegales, no queda claro el grado de influencia que tienen sobre los actores, al ser consumidas, para el hecho de su accionar violento. A Jesús, por ejemplo, las drogas no le satisfacían, no las consumía: “no, es muy chistoso. Siempre fui un deportista, eso siempre ha regido mi vida de manera constante. Nunca me drogué... a veces fingía hacerlo, ¡soy un actor!”. Sin embargo, otros de los actores afirmaron haber matado bajo el influjo de sustancias psicoactivas o del alcohol. Por ejemplo, Abel reconoce que en su primer asesinato, el alcohol le permitió, por lo menos, obtener el valor para hacerlo:

Pero pues incluso la cerveza ayudó un poco a... se podría decir: *agarrar valor*, a tomar la decisión [*de matar*]. Porque iba con otro compa y pues me dijo: “¿qué onda, pues? es tu decisión”. ¿Pero qué decisión puede tener uno a esa edad? [*a los quince*]. *Nomás*, simplemente, de seguirle *pa’* delante, a tratar de experimentar.

Es interesante cómo esta narración permite observar, nuevamente, los elementos principales de la teoría de la estructuración, de Anthony Giddens. Me refiero a la reflexividad del agente, es decir, a la capacidad que tienen los actores de tomar consciencia de sus propios actos. Abel, reconoce que él tuvo la decisión en sus manos, su propio “compa” se lo recordó momentos antes de decidir matar. La narración de Abel muestra, además, el segundo elemento de esta teoría: existen estructuras externas al actor que, si bien no lo determinan, sí lo condicionan. Es decir, a esa edad (a los quince años), qué decisiones se pueden tomar conscientemente, parece indicar Abel, cuando reconoce que sólo le queda tratar de experimentar. No obstante, el uso de estas sustancias no es una condición necesaria para realizar un crimen, por ejemplo. Así lo señala Julio:

No utilizaba la droga para enloquecerme ni nada, ni para hacer cosas malas; y cuando hacia las cosas malas las hacia sobrio, ¿no?, en mis cinco sentidos, porque así me enseñaron, que las cosas bien, salen mejor sin usar drogas y... así.

El alcohol y las drogas ilegales en todo caso, según los informantes, no son determinantes para el uso de la violencia. Según sus propias narraciones, no era algo que les gustara tanto; sobre todo se refieren a las drogas legales. Cristian, por ejemplo, dijo: “casi no le pongo a las cervezas. No me gusta mucho la cerveza, mas que el licor, ¿no?, te aguanto unas dos, tres botellas. Pero la cerveza no la puedo aguantar mucho, la levadura. En este mismo tenor, Julio comentó:

No me gustaba drogarme, pero sí escuchar música, ¿si me entiendes? [*baja la voz a un tono de tranquilidad*] estar así, todo tranquilo, ¡fum!, todo tranquilo, nada de ¡pazzz!, ¡pazzz!, nada de nada. En el momento que estamos cotorreando no va a haber ninguna arma, ni nada: “todos las ponemos ahí y déjense de cosas”. Todo está bien y ¡pum! vamos a disfrutar, ¿no?

El consumo de alcohol y drogas parece ser, entonces, resultado de un acto de mimesis y de placer, obviamente. Abel lo aclara en la siguiente narración:

Pues las drogas las empecé a usar muy temprano. Lo primero que empecé a usar fue la cerveza, como a los trece, catorce años. Empecé a tomar probando y pues porque miraba que se juntaban ahí, en el barrio, la bola y... lo más fácil es que le inviten a uno una cerveza, más que un taco, muchas veces.

Así, “[...] la criminalidad, ingresa en la ‘regulación’ de la vida colectiva del barrio y sus alrededores. Lo hace puesto que opera sobre la droga y el emblema que la marca, el lenguaje del deseo” (Perea, 2006: 217). En los siguientes relatos se muestra que, aunque el consumo de drogas ilegales –como la marihuana, la cocaína, la heroína y las anfetaminas (como el *ice*, *speed*, *cristal*)– y de las legales –como el alcohol o el tabaco– lo iniciaron los actores a temprana edad, no eran todas de su agrado. Roy lo ejemplifica así: “me gustaba la cocaína, sólo me metía cocaína y marihuana pero, la cerveza fue la primera que probé, a los quince. Yo creo que yo fui la oveja negra de la familia. La droga la probé como a los diecisiete, casi para cumplir los dieciocho. Pero no me llamaron la atención, del todo”. Este otro relato de Abel, muestra, además de la edad temprana en la que se iniciaron en el consumo de drogas tanto legales como ilegales, la noción de desastre y calamidad que su consumo implica:

Empezó ahora sí el desastre, empecé a usar cocaína como a los quince años, en el otro lado; marihuana. Empecé el cigarro, también, a muy temprana edad, lo probé como a los catorce, trece; y una vez que traía una cajita así (de cigarros) dije: “¿qué onda?, no hombre, esto no es para mí”. Pero, desafortunadamente, con la cocaína y la cerveza sí le seguí *pa’* delante, de ahí *pal real*. Desde los trece, catorce años empecé con la marihuana, y ya que miré que no me *cayó*, que no me hizo nada o no me *caía*, no la usaba seguido. La usaba unas dos o tres veces al año, pero la cocaína sí.

La siguiente narración brinda la posibilidad de acercarse a fondo, en las prácticas del consumo de drogas. Para estos actores, el pertenecer a este campo de actividad, es condición suficiente para aprender sobre los efectos y reacciones que producen en los cuerpos las drogas, sobre todo las ilegales. De las legales, es casi una obviedad saberlo. No se sorprenden.

Uno puede aprender, pues, de la reacción de cada droga. Por ejemplo, para saber, pues. No es que no haya cómo saber, porque muchas veces llegué con mi bolita y me hicieron... no sé, a lo mejor me lo hizo de broma este bato, pero me dio una [*heroína*]; – hay una que le dicen “*chiva white*”, “*chiva blanca*”. Yo traía “coca” revuelta en el “cristal”, porque la “coca” ya la tenía que revolver con “cristal”. Me la regaló un bato y me dice: [u] “sabes qué, ahí te va un ocho – ¡pum! – *pa’* que la tengas... *pa’* que la uses [u] ¡órale! ¿Qué onda? No, *pos* la voy a revolver con esta que traigo aquí, y *jsnuf!*” [*simuló inhalar la droga*]. Duré como tres días usándola, pero al tercer día empecé a sentir como comecón aquí [*señala los brazos y las piernas*] por dentro de los huesos, y lo que no me gustó fue que le di a un compa, le di como un medio gramo, un gramo: [u] “¿qué onda – me dice– quién te la dio? [u] no, pues aquel bato –ya le dije el nombre del bato– [u] órale –me dice– no, no quiero [u] cómo que no quieres –le digo– pues si yo sé que eres re ‘gorrón’, y se me hizo raro. Dijimos que era “*chiva blanca*”, “*chiva white*” que le llaman; y las reacciones; ahora que me platican de las reacciones, yo digo que son las mismas, o sea, que sí era “*chiva*”, pues, la que me había regalado el bato. A lo mejor me lo hizo como una broma o algo pero, pues son bastante fuertes las reacciones. Si *nomás* así con la coca y el cristal no me la acababa, dije: “ahora con eso, no”, realmente así, que yo dijera: “no, *pos* esto es “*chiva*” vamos a usarlo”, no. La verdad no, porque no creo tener el valor como para controlarla, porque en sí, nadie controla la droga, la droga te controla a ti, lo que realmente es.

En esta larga narración aparecen, de manera detallada, los espectros que urden la trama, la experiencia del consumo de drogas, en este caso, de la heroína, de los diferentes tipos y calidades de ésta, y de su mezcla con otras sustancias. La cocaína, no obstante, prevalece como la droga que más consumían estos hombres. En el siguiente relato, Julio demuestra la relación entre cocaína y el contexto de su consumo, es decir, su relación con el consumo de alcohol y con la apreciación de música violenta:

La cocaína la usaba, pues. O sea, que ese tío que le dio a mi *apá* a vender droga, ya me dejaba cocaína a mí y la empecé a usar, ya la empezaba a usar más seguido, solo. No sé qué rollo agarraba, pero yo *pisteaba* solo y empezar a escuchar música violenta.

En ese sentido, el mismo Julio comenta que debido a su consumo de cocaína, producto que él se dedicaba a traficar y vender, empezó a tener problemas: “en ese entonces sí, sí consumía, cocaína, y me *agüité* porque... porque no tenía que consumirla, ¿veá?, porque lo que vendes no consumes”. En síntesis, al parecer hay una contradicción en estos relatos, puesto que los actores mencionaron que el consumo de drogas no les satisfacía del todo cuando se iniciaron en ellas, sin embargo, al pasar de los años y al involucrarse más en el negocio del tráfico de estas sustancias, llegaron a gastar más dinero del que disponían, pues evidentemente, tenían otras responsabilidades.

Este fue el caso de Abel, quien tenía que enviar dinero a su familia, sobre todo para los estudios de su hermana: “para ella, más que nada, era que estábamos ahí, pero realmente era *pa’* puro *pistear*, pues, puro *pistear* y andar en la droga, más que nada. Se gastaba más en eso que lo que en verdad se mandaba”. Sin embargo, con la siguiente narración de Julio se puede concluir que las drogas, más que sustancias determinantes para el accionar violento de estos hombres, sirven, al menos a ellos, para apaciguar su alma, su soledad y así, abrirse al placer:

Cambió el comercio, cambió la marca, digamos [*risas*], en parte. Entonces dije: “no, ya no comercio con esto, entonces lo utilizo”. Dos, tres compas, me decían: “órale”. Caí, caí en el vicio, me sentía más diferente, pierdes la soledad, ya no te sientes solo, ya estás con tus amigos, estás en ese ambiente.

En cuanto al consumo cultural de estos actores, en contraparte al consumo de drogas, se puede dividir en cuatro aspectos: música, literatura, cine y televisión. Con respecto a la música, es el aspecto que más destacan estos *agentes* en cuanto a sus gustos culturales. Sobresalen músicos y “música norteña” y de “banda”. Por ejemplo, a Cristian le gustaba escuchar al grupo: “La explosión norteña”. Un punto interesante es que preferían esta música debido a sus letras, las cuales expresan, nuevamente, la cotidianidad en la que se presenta la violencia. Abel reconoce esto:

Pues “*Los Alegres de Terán*”, pura música vieja: los hermanos “*Luis y Julián*”, “*Carlos y José*”, pura música de “*Los Cadetes de Linares*”, pura música de esa, violenta, pues. *Nomás* cuando quería de amor, pues le hablaba a la mujer pero, mientras, yo solo, pues escuchaba pura música de esa. Creo que también eso lo induce a uno a ciertas cosas, como que le da cierto... Si te faltaba un pasito, te avienta *pa'* que le pegues el otro, así de fácil. Lo que a esa edad es muy peligroso, escuchar ese tipo de música, la verdad, de diecisiete, dieciocho años. De los dieciséis *pa'* arriba es muy peligrosa esa música, porque parece que no pero, sí llega uno a creer muchas cosas que dicen las letras, pues. A uno pues se le mete.

Abel, advierte que este tipo de música puede ser muy peligrosa, sobre todo escucharla cuando se es joven, pues induce a cometer actos violentos, los motiva. No obstante, no todos estos actores disfrutaban ese género musical. Julio, por el contrario, escuchaba “reggae” y “pop”, éste último género, sobre todo, para complacer a las chicas con las que tenía alguna relación:

Decoraba todo bien, una música de fondo, ¡fu!, ¡fu!, o si no, una música que les gustaba a ellas. Hay muchas mujeres que salen medias raras [*risas*] que les gusta ¡acá!, ¿no?, el *pop*. Y se las ponía. O si te gusta el *reggae* pues el *reggae*. Me gustaba jugar billar con música de *reggae*, con música de Michael Jackson, “*Billy Jean*”, y cosas de esas, ¿sí me entiendes? Disfrutar.

Por otra parte, con respecto a la literatura, aunque Jesús reconoció que le gustaba leer, pues afirmó haber leído a Víctor Hugo, por ejemplo, además de enciclopedias y algunas otras novelas; la música, también, le provocaba sensaciones

placenteras, pues: “siempre he sido sensible a la música”, afirmó. Para Abel, no obstante, su acercamiento a la literatura fue muy pobre, aunque le interesaba:

Me acuerdo que me gustaba también leer, aunque lo hice poco. Una vez una maestra, ahí en el *CONALEP*, nos llevó un libro. Se me hace que fue el “*Llano en llamas*” el primer libro que yo me acuerdo que *haiga* leído. Lo tengo presente, se me hace que sí, fue el “*Llano en llamas*”, de Juan Rulfo, pues viene siendo de varios cuentos, me gustaba la lectura.

Un tercer aspecto que permite distinguir el consumo cultural de estos hombres, es el tipo de cine que veían. Es interesante observar cómo algunas películas del cine *holliwoodense*, impactaban en la conducta de estos hombres. Como lo narra Abel, las historias que más le gustaban eran las relacionadas con la violencia:

Pues generalmente las de acción, pues, o las que traen un tema que te hace que estés atento a reflexionar, como esas películas tipo... de esas de guerras. Una película que me llamó mucho la atención, es la de un francotirador de la segunda guerra mundial, cuando pelean contra Alemania. No me acuerdo cómo se llama la película, pero esa me gustó mucho, porque tenía mucho sentido, era una historia verídica, pues. Más que nada que sean de acción. La verdad, me llamó mucho la atención por lo bien dirigida que estaba. O no sé, también las películas mexicanas que empezaron a sacar hace poco –que bueno, no exactamente hace poco, como unos... diez años o un poco más, unos trece, catorce años– como “La ley de Herodes” y “Elisa antes del fin del mundo” o algo así. Películas con las que empezó a cambiar el cine mexicano, pues.

Con respecto a la televisión y los programas que veían en ella, en el siguiente relato destacan las telenovelas y, contradictoriamente, los programas educativos como sus preferencias en este medio. Por supuesto, había de telenovelas a telenovelas, no les gustaban todas, quizá sólo aquellas donde se identificaban con algún personaje; ya sea que también fueran del “barrio” como ellos, o donde se presentaban historias de maldad:

Las novelas *pos* poco, realmente después de “*Cuna de lobos*” ya no miré ninguna, o después de esa de “*Rosa salvaje*”, tampoco ya no miré ninguna, porque de ahí *pal real*, ya se me hicieron como muy de lo mismo y que de ahí no salían. Pero sí, en realidad el

[cana] Once tv, el de la UNAM, programas educativos –pues tenía el *Directv* con tarjeta abierta nacional– el “*History chanel*”, de esos, donde salen muchos animales. No me acuerdo cómo se llaman, pero casi o generalmente, programas educativos eran los que trataba de mirar.

Abel, tenía acceso a televisión por cable, así que el espectro de programas que podía disfrutar era basto. No obstante, uno de los canales que más le gustaba ver era el “canal once”, canal de la Ciudad de México (el cual debo reconocer, también es de mis favoritos) perteneciente al Instituto Politécnico Nacional. De ese canal, Abel recuerda con gusto un programa conducido por: “Cristina Pacheco se llama o llamaba una señora que salía como en ranchitos, así, muy bonitos, que salía por allá, por Veracruz, por aquellas partes, pues. ‘Aquí nos toco vivir’ era el nombre de su programa. Me gustaba mucho mirarlo”. Así, con la fuerza y resignación que implica esta última frase, “Aquí nos tocó vivir”, se puede concluir este apartado.

Gustos y placeres

T. Veblen (2000) ha desarrollado la idea de que el ocio es un símbolo de clase. Afirma que lo que se busca en las actividades de ocio es el reconocimiento social más que el placer. Este autor afirma que ciertas clases sociales pretenden, por todos los medios, distinguirse socialmente en sus diversiones. Los gustos suntuosos, la fastuosidad, el consumo y las actividades de esparcimiento forman parte del prestigio social de un individuo.

El ocio es no hacer nada, por ejemplo. Es estar en la casa o estar en donde yo quiero estar. Si yo quiero estar en un *restaurant*, ahí voy a estar cinco horas, comiendo. Tenía yo esa costumbre, de llegar a un *restaurant* y pedir para varias personas: “somos tres o somos dos, y tráeme esto y esto y esto”. Me la pasaba comiendo, ¡pum, pum! Iba a restaurantes japoneses, que por definición, son restaurantes caros; y me gastaba cincuenta, sesenta mil pesos. Te estoy hablando de los *noventas*. O sea, es una manera de ocio estar comiendo comida exótica, o sea, tenía esa libertad. Eso es ocio. Es ocio ¿no?

He aquí la narración de Jesús, el más *acomodaticio* de todos los informantes, la cual ejemplifica el deseo de un cierto prestigio. En ese sentido, presento en este apartado los gustos, suntuosos y no, de los sujetos de esta investigación, notables en sus consumos; pero también en sus prácticas y deseos. A diferencia de Jesús, tanto a Julio, como a Cristian, Roy, y Abel, les gustaba consumir drogas, lo hacían por varias razones: para olvidar, darse valor ante diferentes circunstancias, para no sentirse solos, etc. Sin embargo, muchas veces no era la droga en sí lo que gozaban estos hombres, sino el disfrute mismo, el gozo de la libertad que tenían para realizar actos ilegales. Así, Julio reconoció haber consumido drogas no por los efectos de éstas, sino por el puro placer del disfrute, de la contemplación del acto:

¡Oh! no, no; no es la droga. ¿Sabes qué me gusta?, disfrutar. O sea, no me gusta alterarme, de andar haciendo cosas malas en la calle, ni nada, ¿si me entiendes? Me gusta, sí, en un ámbito de la droga. Un ejemplo: ahorita estoy drogándome, ¿no?, y has de cuenta que estamos aquí y tengo la “charola” llena de “perico”, de cocaína, de “coca”; y estamos drogándonos, estamos pegándole [*hace la simulación de inhalar la droga produciendo el sonido que resulta de ese acto*], platicando, tomando un buen vino, un trago, ¿vea?; cerveza, etcétera, lo que te guste, y ya, ¡sobres! Estamos platicando, charlando, ¿no?, bien ¡pum!, ¡pum!, planeando o... simplemente, me gustaba estar así, estar “cocinando” y estar tomando, a veces sin drogarme.

Este relato advierte la presencia del placer, uno de los espacios que me interesa resaltar en este trabajo. Al parecer, lo que les gusta del consumo de drogas a estos hombres es el ritual del acto, el hecho de “cocinar” la droga, es decir, prepararla para su consumo. Pero también algo que disfrutaban, sin duda, es el espacio en el que la consumen. Para algunos es importante no hacerlo en la calle sino, todo lo contrario, en un lugar privado, donde se pueda charlar y “planear” (quizá actos ilegales, actos criminales), mientras se bebe. “Desde el punto de vista afectivo, psicológico y actitudinal, es allí, en esos espacios privados, donde se cultiva y genera la violencia” (Restrepo, 2005: 20-21). Al mismo Julio, lo que le gustaba era la adrenalina que surgía al realizar negocios, sobre todo en inglés:

La adrenalina me excitaba en ese momento de hacer una transacción, un negocio, ¿si me entiendes?, de hacerte sentir seguro de lo que estabas haciendo y de lo que podías

hacer. Es lo que te daba la certeza, de eso, ¿sí?, y hasta ahí y [la voz es de entusiasmo] ¡pum!, cerrábamos el negocio. Te ibas y [parecía estar realmente excitado] ¡psss! como dicen todos: ¡a huevo!, ¿no?, esto es. Yo sabía, ¿no?: “chingón, ya la armé” [risas]. Y para estar tranquilo, pues... una celebración”.

La adrenalina es un tema recurrente en estos hombres. Otro caso es el de Cristian:

Me gustaba mucho la adrenalina. Me compré un carro y lo arreglé, lo levanté. Lo regalé después. No sabes la calidad de vehículo que tenía; porque no le metí ni mil dólares, ni dos mil, ni tres mil, le invertí todo: cadenas, todo. Ese carro, así, hacía una hora, treintaicinco minutos a San Felipe: volaba. De San Felipe a Mexicali, son dos horas, normal. Pero ya con exceso de velocidad, sí haces una hora y media, una hora cuarenta. ¡Me andaba matando! El carro nada más se movía así [mueve las manos simulando un movimiento brusco del auto] pa' los lados, de la velocidad que iba. Yo sentía que me mataba: “sabes qué –dije– no, no quiero este carro, me voy a matar”. Mi hermano era de los que sabía mucho de la carretera, y pues lo dejé ahí en la casa. Yo no decía nada porque lo agarrará.

No obstante, tal sensación se presentaba de igual forma en los actos violentos que estos agentes desplegaban. Un ejemplo es el de Abel, a quien también le gustaba esa sensación emocional intensa que provoca la descarga de adrenalina. Casi siempre, dicha sensación se producía en el cuerpo de Abel, en contextos donde aparecía la violencia. Esto lo afirma en el siguiente relato:

Pero como digo, el dinero y todo eso fácil, *pos* me envolvió muy fácil. Empecé a buscar problemas por mi cuenta propia, ya no por mi hermano, sino porque era yo el valiente, el aventado, se podría decir. Ya no era por ellos, sino que ya era por gusto, por la adrenalina, que más que nada, fue la adrenalina, la sensación de tener muchas veces el poder en el momento. La “falsedad” a todo lo que da. Y dije: “no, *pos* si ellos podían, yo también puedo”. Pensamientos de esa clase, pues, que le entran a uno. Como digo: “si ellos pudieron, yo voy a poder y voy a poder más”, pues mis hermanos empezaron a caer en la cárcel y yo, desafortunadamente, un día le dije a mi *amá*: “¿sabe qué *amá*? –le dije– yo nunca voy a caer por lo que caen ellos”, como mi hermano el más chico, que

caía por robo y mi hermano, el otro, que cayó por homicidio –y dije– yo voy a caer por cosas más serias” [risas] y, desafortunadamente, así fue.

Existe, sin embargo, otro tema relacionado con la adrenalina, la violencia y el placer. Me refiero al gusto que tenían estos hombres por las armas. Las siguientes palabras de Abel lo demuestran: “siempre me han gustado mucho las armas, tenía dos, tres, cuatro pistolas, rifles; los cuales utilizaba pero pues no, ya realmente no quería hacerlo, pero *pos* ¡acá!, me empezó a gustar eso, la adrenalina que sentía en el momento”. De manera similar Julio confirma esto: “sí, súper, me gustaban las escuadras, pero es como un lujo, ¿sí me entiendes?, pero para tener la propia, es un revólver. Sí, por muchos temas, ¿no?, que te conté ahí [risa discreta]. Aquí, Julio se refiere a la primera entrevista que me dio, en la cual me contó que su gusto por el *revólver* era debido a que no son expulsados los casquillos cuando se dispara y así, no se dejan pruebas. Pero para no dejar dudas sobre lo placentero que les podía significar a estos actores el hecho de tener y, en todo caso, de disparar un arma, el mismo Abel lo relata de una forma disimulada:

Realmente así, un placer, un placer, pues no; pero si me daba por mirar lo que ocasionaba un arma. Me gustaba mirar la detonación, o si le pegaba con una pistola a alguien o algo. Miraba. Tenía en mente el daño que ocasionaba, pues, no sé por qué me daba por ahí.

Por otra parte, el hedonismo es un aspecto que caracteriza a estos actores. Mejor prueba no hay, que las contundentes palabras de Jesús: “sí, mire, yo soy muy hedonista, o sea, soy muy dado al placer”. Este actor ejemplifica y resume claramente su personalidad, al mencionar que es: “acomodaticio. Sí, busco acomodarme a las circunstancias y también soy como él [se refiere a uno de sus jefes] me gusta estar cómodo”. En este mismo sentido, el relato de Roy (el más joven de todos los informantes), comprueba el gusto por el hedonismo al querer llevar una vida fácil:

Hasta que a mí me detuvieron, pues yo era el consentido de él [de su abuelo]. Si yo le pedía algo, él me lo daba, aunque estuviera mal yo. Él todo me lo daba y pues muchas veces...yo me fui mal acostumbrando, por eso estoy aquí. Me gustó la vida fácil, todo se me hacía fácil.

De manera similar, Abel afirma lo siguiente: “pues seguí con los mismos pensamientos. La vida fácil me siguió gustando y ya, empecé a buscar, a mi edad, mujeres. Las mujeres son otro de los temas que sobresalen en cuanto a los gustos y placeres. Al igual que Abel, a Julio le gustaba ir a bares de *table dance*, no sólo como empresario (cuando lo fue), sino también como cliente:

Pues me gustaba disfrutar. ¿Sabes qué?, a donde llegaba me gustaba que me atendieran bien, que una mujer me atendiera bien, ¿si me entiendes? Escuchar música, estar tomando [voz *lenta y segura*] ¡estar!, ¿si me entiendes? Y que ellas estén gozando y verlas gozar, y gozarme yo también, ¿si me entiendes?, sentirme bien. Es lo que me gustaba cuando andaba mal.

Sin embargo, estando bien o mal, a este actor le gustaba disfrutar de igual forma. La música y un ambiente privado con mujeres, billar y unos tragos, le producían placer suficiente para sentirse “algo bien”:

Siempre me ha gustado disfrutar del billar, escuchar música, unos tragos, a veces solo, [la voz se torna triste] bien o mal, otra veces con mujeres, disfrutando el momento. [Levanta la cabeza y trae un recuerdo] Sí, *Billy Jean*, ¡tsss!, escuchar música. Al rato, si gustas puedes buscar... hay un grupo que se llama “*Gondwana*”, o algo así, de *reggae*. Busca la de: [canta] “mi princesa, tu sabes que te puedo sentir”, ¡tsss!; o esa otra, la de... “*sentimiento original*”, también me gusta. ¡Tsss! [hace voz firme] ¡algo bien! y... jugando billar.

Sin embargo, a pesar de todos esos gustos suntuosos y no suntuosos, donde el ocio, la música, la mujeres, las drogas y las armas predominan en la lista de placeres de estos actores, existen otro tipo de gustos menos mundanos, como en el caso de Abel, a quien –dice– le gusta el olor del aserrín: “no sé porque. En la secundaria estaba estudiando carpintería y me gustaba, a lo mejor por la madera, su olor, el olor a pino fresco. Todo eso me gustaba mucho, cuando estas serruchando o cuando le metes la sierra”. Abel trabajo la madera durante un tiempo, en la secundaria; y fue ahí, donde conoció este olor que, por cierto no es lo único que le gustaba:

No, pos ¿sabes qué me gusta mucho? los tamales recalentados. Si, los tamales recalentados, el “*colache*” –el “*colache*” viene siendo como calabacita tierna– y cualquier

clase de comida casera. Te digo, afortunadamente, el tiempo que estuve viviendo en una parte y en otra parte, mi *amá* y mi tía –ésta que no dejan entrar– iban y me hacían comida como para una semana. Yo las miraba los domingos a ellas, iban y me hacían comida: [u] “no, *pos* mira, te dejamos camarones, comete primero eso, luego comete esto o, si tiene ganas, comete primero esto y esto. Pero si lo vas a calentar es porque le vas a “rajar” en el día” [u] es lo que me decían, pues. Pero iban y me dejaban comida y me dejaban todo ahí, para una semana, y cada semana iban y me miraban. Era cuando miraba a mi familia, los fines de semana. A ellos, pues, por parte de mi madre, a mis hermanas, a mis sobrinas, que tengo unas sobrinas que, la verdad, pues ellas se criaron conmigo, ahí en la casa y, si *pos* si me dolió mucho, pero más que nada *pos* me da gusto mirarlas, más que nada es eso.

Para Roy (al igual que para Abel), su familia es importante. Sobre todo, tiene un gran recuerdo y admiración por su abuelo (ya fallecido). No obstante, la seguridad que otros miembros de su familia le proporcionaban durante el tiempo que disfrutó de su libertad, es algo que a él le gustaría volver a sentir allá afuera, lejos de su prisión que lo sumerge en una pesada incertidumbre. Este es el caso de su gran aliada: “tengo una prima hermana con quien siempre andaba, siempre andábamos juntos, era como mi hermana. Íbamos que a una fiesta, que a esto, que a una comida, una cena”. Sin duda –y con este relato y tema central me gustaría cerrar este apartado– uno de los gustos y placeres más grandes de estos actores es el estar y disfrutar con su familia.

En este espacio de amor y rabia, en el que las contradicciones aparecen todo el tiempo, pues se presenta, muchas veces, tanto el amor tierno y protector de una madre, como la alienación, la desesperación y la violencia. “‘La familia’ es una palabra en código para madre, ‘la decisión familiar’ armoniza género y generación y ‘la violencia familiar’ enmascara el hecho crucial de que la violencia obedece a relaciones de poder [...]” (Langellier, K. y Peterson, E., 1997: 76). Así, la familia es, también (para bien o para mal), uno de esos espacios a los que acuden estos hombres, actores de la violencia, a buscar un refugio ante un mundo despiadado.

Narrativas de violencia

Carece de sentido hablar de conclusiones, de mostrar espacios definitivos, puesto que siempre existe la posibilidad de que aparezcan caminos inciertos. Las “narrativas de violencia” son esto, frases lapidarias de las certidumbres del mundo. En este apartado, las “narrativas” sobre las trayectorias de vida de cinco *sicarios* –actores de la acción violenta– brindan una interpretación de los discursos y las prácticas que conforman el contexto sociocultural de pertenencia de dichos agentes. Como ya lo he mencionado a lo largo de este trabajo, a la par de estos relatos emergen otros *correlatos*, donde aparece su acción violenta. La violencia, entonces, se presenta en forma narrada. De ahí, las “narrativas de violencia”. Sin embargo, algo importante de aclarar es lo siguiente:

Sospechar de la narrativa es necesario en la investigación social. Sin embargo, las narrativas, de las que deberíamos sospechar no son las de la vida cotidiana que, sin duda, si bien no inexorablemente, funcionan en el contexto. Es a este trabajo en contexto al que debemos prestar mayor atención en el análisis. Más aun, idealmente, debemos tratar de iniciar este trabajo en contexto, sumergirnos en los relatos de la vida cotidiana. Las prácticas sociales mundanas suscitan menos sospechas respecto de sus prácticas narrativas, mientras que se requiere más circunspección ante aquellas teorías que desprecien las historias con las cuales la gente vive su vida, hagan ironías sobre ellas o se burlen de ellas [...] Si es necesario sospechar, tal vez tendría que ser de aquellas teorías sociales que intentan subsumir los relatos de todos los días a su abrumadora narrativa” (Clegg, 1997: 63).

El primer camino que aparece en este apartado surge de una pregunta obligada dirigida a estos hombres ¿Por qué razón están detenidos? ¿Cuáles son las razones de estar aquí? Las respuestas aparecen y me impresionan en seguida: “por droga y armas, y todo ese rollo, delincuencia organizada; es que estaban otras personas ahí, cuando me detuvieron: cadáveres”. Esta respuesta impacta; es la de Julio. Con esta respuesta es posible pensar en que el narcotráfico apareció como un poder paralelo que promovió la ubicuidad de la violencia y la crisis de sentido afectando, generalmente, a los jóvenes

(Cárdenas, 2008). En ese mismo sentido Abel, sin inmutarse, me dijo que la causa por la que lo detuvieron fue:

Debido a que le quite la vida a un policía y de allí, al quitarle la vida al policía, supuestamente, ya me andaban buscando por otros homicidios y otras cosas que habían pasado ahí: de otro policía y como de otras tres personas. Me querían echar una bola de personas quemadas que habían amanecido por ahí, o sea, que yo donde vivía, se podría decir, era una colonia conflictiva. El hipódromo esta aquí [*este escenario es en la ciudad de Tijuana, B.C.*] y la colonia esta acá [*señala puntos cercanos con sus manos*] y aquí, pos los ricos, se podría decir. Y *pos* ahí mucha gente se dedicaba *pos* a los secuestros; todos iban y tiraban a las personas ahí nomas.

En ese momento, al recibir estas respuestas, apareció en mi mente otra pregunta, otro camino: ¿en realidad mataron a todas esas personas de las que se les acusa? La respuesta de Jesús me envolvió en otro dilema: “no todos de los que se me acusa, tal vez he cometido más [*risas*] ¿si me explico? ¿No sé si entienda la paradoja?”. A Jesús lo acusan de más de treinta homicidios. Su respuesta deja ver la paradoja que es la vida en sí misma. En ese sentido, Roy advierte (pues él aun no tiene sentencia), que en los próximos días (después de la entrevista), le harían una prueba para dictaminar si había utilizado las armas con las que lo detuvieron: “es la audiencia de pistas de delito federal, que se refiere a las armas y los cartuchos. A lo mejor me “ponen” unas armas largas, de calibre “2/23”, y “AK47”.

Por su parte, Jesús reconoce sus armas, de las que no se separaba ni un instante: “sí, si tenía un arma, mi pistola, mi cuchillo, nunca me separaba de ellos”. Si se recuerda la edad en que este actor se inició en la delincuencia, al menos desde que cometió su primer asesinato; y se contrasta con la edad que tenía cuando lo detuvieron (11 – 37 años, respectivamente), se puede hablar de casi treinta años durante los cuales nunca se separó de sus armas. Para todos ellos, este mundo de violencia – donde las armas son como una voz que se hace escuchar– es normal. Cristian, por otra parte, permite pensar que la violencia la han interiorizado desde niños, ya no les da miedo: “a mí no me asustaba, no me asustaba nada de eso. Desde que empecé a ver todo eso, de niño, no me asustaba: lo que era la droga, que un *cuerno de chivo*, no me asustaba. Para mí eran normal las armas, detonarlas, sabia detonarlas.

No obstante, la siguiente narración de Jesús comprueba que, en realidad, si vivían con miedo. Ya se mostró en el primer capítulo que el miedo es, quizá, uno de los detonantes de la violencia. En este sentido, era el estilo de vida que llevaban, el causante de sus miedos, los cuales, a su vez, algunas veces, provocaban su actuación violenta:

Tal vez el vivir así, era una manera de disipar mis miedos, ¿no?, de decir: “de esta manera no tengo miedo”, o sea, vivía este momento que es todo lo que tengo. Tal vez porque tenía un miedo *sumo*, máximo. Vivía yo en un estado de pánico [*risas*] o sea, no de miedo sino de pánico. Yo he vivido el pánico, ¿si me explico?, o sea, más allá del miedo, así de literario, ¿no?

Lo que no es tan literario (en el sentido de ficción) es la realidad vivida por estos hombres y sus víctimas. La siguiente cita de Julio comprueba que después de años – casi toda su vida, pues se inició en el tráfico ilegal de drogas a los trece años– no sabía hacer otra cosa que dedicarse a la criminalidad: “llegué a Los Ángeles y pasé un tiempo. Trabajé y trabajé también en lo... malo, ¿no?, porque... pues... no sabías cómo puedes trabajar más que en una forma, ¿no?, y trabajé en cosas turbias, malas, pues. Asesinando, de todo”. Cristian brinda otro ejemplo, donde reconoce que no sabía hacer mucho y que, aunque quería dejarlo, el trabajo ilegal era lo mejor que sabía hacer, pues desde niño lo aprendió:

En Tijuana, pues ya me quedé y dejamos todo, sin delinquir: “¿pues qué hago?”. Encontré trabajo en una fabrica: “voy a empezar de cero –dije– voy a hacer las cosas bien pero de cero, ya no quiero delinquir, ya no quiero hacer nada en donde sea que trabaje”. Porque ya lo había vivido, eso, lo del narcotráfico, y ya no lo quería. Pues desde niño: “ya no –dije– si lo sé hacer bien pero ya no quiero hacer eso”... bueno pues mi hermano, mi familia son cristianos, pues.

Pensar en el mal hoy en día supone, para Bernard Sichère, pensar en tres discursos que lo enfrentan. Estos son el psicoanálisis, la literatura y la política. Para ésta última, por ejemplo, existen tres formas de presentarse el mal: “son la barbarie colectiva, la criminalidad extrema y la delincuencia, y que lo hacen partiendo, por un lado, de la trascendencia de la ley [...] y, por otro lado, partiendo de la afirmación

rebelde del 'sujeto soberano' que trasciende todo orden social y toda legalidad instituida" (2008: 199). Con pocas oportunidades de desarrollo, sin espacios que orienten y que brinden otras visiones del mundo, sólo la violencia se presenta como un camino para vivir la intensidad del presente, donde el "futuro ya fue". Esta es la única certeza para muchos jóvenes que deciden entrar al mundo de narcotráfico, "[...] por ello viven un presentismo intenso, pues el futuro es un referente opaco que solapa la ausencia de opciones frente a sus problemas fundamentales" (Valenzuela, 2009: 20). Pero ¿por qué asesinar? Julio lo hizo por un favor la primera vez:

Por un problema que tuve: a una persona le hice un favor. Haz de cuenta que le violan a una muchacha, y era de mis mejores amigas, entonces me dieron... haz de cuenta que su mamá me dio el contrato: [u] "sabes qué, que te doy tanto dinero, ¿puedes arreglarlo tú por mí?"

Para Jesús, hacerlo por dinero puede ser atractivo pero no es un motivo suficiente. Su respuesta me suspendió. Me hizo perder el control de la entrevista (sin que se viera afectada, pues creo haberlo disimulado, ¡creo!), él se lo apropió. Lo tenía de frente (a escaso metro y medio de distancia), cuando escuché sus palabras que afirmaban que prefiere no matar, pero si es necesario lo haría (y puso otro ejemplo para reafirmar el por qué hacerlo, por qué matar); que prefería darme la entrevista, aunque, de igual forma, también, me podría matar, en ese momento. Lo más impresionante de su respuesta fue que después de hacerlo, sin más, sin inmutarse, se puede ir a comer. Lo simbólico del acto, hasta el placer pierde sentido.

O sea, soy como un budista, que igual me da ser pobre que ser rico, igual me da vivir o morir; prefiero vivir obviamente, pero pues si tengo que morir, muero. Prefiero no matar, pero si tengo que matar, mato, pero sin ningún remordimiento, o sea, no me causa problema. Igual yo prefiero darle a usted lo que quiere, pero igual lo puedo matar y salirme de aquí, e irme a comer, como si nada hubiera pasado, o sea, no tengo esos convencionalismos. Prefiero no hacerlo pero así soy, así fui, uno se marca por lo que ha sido.

Esta forma de vida, donde la violencia es cosa de todos los días, y en la que estos hombres aparecen como perpetradores de la muerte; les ha causado pérdidas

también: han perdido amigos. Las siguientes narraciones lo demuestran: “algunos, en paz descansen, otros no están aquí, están en el sur, si aún viven”, dice Julio. Cristian vivió algo similar. También ha perdido a su gente: “ya un compilla murió [voz triste] de los muchachos que estaban con nosotros. Él ya murió, en Mexicali. Aparece, entonces, otra inquietud, ¿uno de esos caminos posibles los ha llevado a alguna parte?, ¿a dónde ha sido? Jesús nuevamente respondió tajante:

Por ejemplo, no he visto a mí familia, no he visto a mis cinco hijos, a los cuales no he visto durante trece años. Hay personas que nunca he visto durante trece años, precisamente por no inmiscuirlos en mi mundo. Porque sí, ha sido un mundo de violencia, puedo tener enemigos reales [risas].

En este contexto, en el que se mueven estos hombres, tales enemigos son, muchas veces, sus propios socios. Es un mundo de malinterpretaciones, de justicias e injusticias, de venganzas. En el siguiente relato aparece, como en todos, la violencia. Pero también la familia, la maldad. Julio lo relata:

Fui y lo quise devolver [se refiere a dinero] y salieron mal las cosas. Salieron mal las cosas que hasta un socio lo malinterpretó [toma una postura retadora y su voz se torna dura] Pero mis otros compas y un primo, pues... estuvieron conmigo, ¿sí me entiendes? La tirada es que [habla lentamente y remarcando las palabras] lo hice, otra vez desperté al hombre malo, ¿sí me entiendes? Desperté al hombre malo y utilicé la violencia que no utilizaba, pero... salí de broncas. Entonces, impuse al hombre que era antes, y lo volvieron a mirar ellos [sus socios] y yo también, dije: “bueno [señala su cabeza con las manos] ya estoy hasta acá”, ¿no?, “siempre quiero hacer las cosas bien y no se dan, bueno, las hago mal y se dan, entonces, ¿cómo está el rollo? Aunque ya no quiero que vuelva a pasar lo mismo pero, este cabrón me está sacando de onda. ¿Qué es lo que quieres?” le dije. Salí mal y... pues... se llamaba, ¿no?, la persona. Desperté al hombre malo y comencé otra vez a andar en eso de que: “y bueno, ¿qué onda contigo?, ¿pues qué traes?, o sea”.

Esta narración deja ver lo contundente que llegan a ser estos hombres en sus arrebatos. Julio habla de un despertar de la maldad en su ser, lo cual, le provoca utilizar la violencia. Sin embargo, cuando quiero ceder e inclinarme ante la interpretación austera de que existe un ser monstruoso en ellos, que brota de lo más profundo de su

constitución biológica, es el mismo Julio quien con sus propias preguntas internas y su sorpresa ante su forma de actuar, me hace pensar en que lo reflexiona. No lo entiende, pero lo reflexiona. Se empieza a dar cuenta de que tiene una conciencia práctica de la que habla Giddens:

Los agentes humanos o actores [...] tienen, como un aspecto intrínseco de lo que hacen, la aptitud de comprender lo que hacen en tanto lo hacen. Las aptitudes reflexivas del actor humano se incluyen en general de una manera continua en el flujo de la conducta cotidiana en los contextos de una actividad. Pero la reflexividad opera sólo en parte en un nivel discursivo. Lo que los agentes saben sobre lo que hacen y sobre las razones de su hacer –su entendimiento *como* agentes– es vehiculizado en buena parte por una conciencia práctica. Una conciencia práctica consiste en todas las cosas que los actores saben tácitamente sobre el modo de ‘ser con’ en contextos de vida social sin ser capaces de darles una expresión discursiva directa” (2006: 24).

Creo, entonces que la complejidad del fenómeno de la violencia, sigue rebasando cualquier interpretación. Para cerrar este apartado elegí dos narraciones que creo pueden englobar una gran parte de lo que he presentado aquí, en este trabajo. Dichas narraciones son las de Jesús y Julio. Con cincuenta y veintiocho años de edad, respectivamente, sus palabras condensan el abigarrado y complejo mar de narraciones en donde la violencia aparece como protagonista. Encontrar el sentido de lo aquí narrado ha sido el reto de este estudio. Al menos, las historias presentadas aquí, dan un panorama más amplio sobre el fenómeno de la violencia. La interpretación de estas “narrativas” sobre las “trayectorias de vida” y los “espacios de ocio y placer” de los sujetos de investigación, agentes de la violencia, fue el objetivo de esta tesis. Así, me parece que Jesús es, nuevamente, contundente con sus palabras. Ya ha dicho más arriba que el vivir así, a uno lo marca:

El ser un “*ser delincuyente*” lo vuelve a uno un ser degenerado, o sea, uno se degenera y llega uno a disfrutarlo. Se pierde la esencia humana. Es lamentable lo que le estoy diciendo, pero así es, se degenera la esencia humana y se vuelve uno un ser insensible al sufrimiento de los demás o a *equis*. Nada más busca uno su satisfacción personal. Llega uno a esos niveles de degeneración, hacerse hasta sádico.

Todos ellos, en este sentido, están marcados por sus actos, por sus muertos. No obstante, resta una justificación, para que la violencia adquiriera sentido. La dijo Julio: el problema por el que me fui [*se refiere a su mudanza de Los Ángeles a Tijuana*] fue porque hubo una persona que violó a una amistad mía, ¿no? y sí se me hizo medio malo. Me las cobré yo y me hice ver como otra persona, ¿no?, de la que soy, me hice ver como un justo, ¿no?, dije: “de entre lo malo lo justo”. A la justicia, entonces (parece decir Julio), se le permite cometer violencia, bien bajo la forma refinada de la violencia simbólica o bajo la expresa e inapelable forma de la violencia física, de la violencia absoluta. Así, “la venganza y la justicia comparten la compulsión por la limpieza, por la ubicación de los comportamientos dentro de un orden social que señala para cada acto un lugar correcto y adecuado” (Restrepo, 2005: 30).

REFLEXIONES FINALES

En la última década, México experimentó prácticas de todo tipo de violencia. En este tiempo, la práctica política y social de la violencia, tanto de los gobiernos (en su mayoría de derecha), considerada como legítima; así como la ilegítima, ejercida por los grupos criminales pertenecientes al “narcotráfico”, ha generado un escenario de disputas. Este panorama de violencia cotidiana –anclado en un proceso de globalización, donde el impacto más trascendente se ha dado en el nivel de la experiencia cultural debido a la modificación en la noción del tiempo y el espacio– ha desembocado en otros fenómenos relacionados a éste: la corrupción de los gobiernos; la infiltración dentro de las instituciones públicas por parte del crimen organizado; el impacto en las economías locales debido a las pérdidas ocasionadas por el miedo y los cobros por el uso de suelo (por parte de estos grupos delincuenciales), a empresarios y comerciantes honestos, entre otros.

En este contexto, la sociedad (incluidos los sujetos de esta investigación), vive en un estado de indignación acompañada por una sensación de alerta, miedo y terror. Han pasado (por lo menos) dos lustros terribles, muy impactantes, en los que la realidad ha sido bastante cruenta, muy impresionante. Un sector de la población está demandando frenar los daños y repercusiones que la violencia está generando en muchos ámbitos de la vida económica, política, social y cultural. Pero al mismo tiempo, debido a la cotidianidad con que se presenta la violencia, los estados de alerta y miedo están siendo eliminados. La sociedad ha llegado a un punto en el que, permeada por los medios de comunicación de masas –preocupados por la noticia casi instantánea, la caza obsesiva de lo terrible, de lo novedoso– a instaurado una “normalización” de dicho fenómeno.

La violencia se presenta irreverente ante el mundo. Se puede ver, oír, hablar de ella, experimentarla. Es sufrida por mujeres y hombres, niñas y niños: en la calle, en la escuela, en el trabajo, en el transporte público, en la casa, por televisión. Esta realidad tan violenta se ha expuesto, también, en el arte: en el cine, en la música, en la literatura, en la plástica. Sus voces, actualmente, se expresan reproduciendo lo

cotidiano de la vida social: la violencia. Dicho fenómeno, por su alto grado de “aniquilación”, se ha inscrito como una “nueva forma de violencia”. En este trabajo se pudo comprobar que algunos de los actores que destacan pertenecen al crimen organizado, los cuales son reconocidos como *sicarios*. Fueron ellos quienes, a través de los relatos de sus “trayectorias de vida”, permitieron profundizar en el estudio de la violencia y los espectros que la conforman.

En este contexto surgió el presente trabajo de investigación, dedicado a interpretar los discursos y las prácticas que conforman el contexto sociocultural de pertenencia de dichos agentes, actores de la acción violenta. A estos discursos los he nombrado “narrativas de violencia”. Fue necesario, para lograr una interpretación atinada de dichas prácticas y discursos, conocer a fondo las “trayectorias de vida” de los actores, es decir, de los propios *sicarios*. Esta interpretación permite, en ese sentido, adentrarse al problema de la violencia que afecta actualmente a la sociedad en su conjunto. El objetivo general de este trabajo fue interpretar las “narrativas”, acerca de sus trayectorias de vida, de cinco *sicarios* en reclusión, particularmente, sobre sus “narrativas de violencia”. Para alcanzarlo, fue necesario explorar los *correlatos* que aparecieron a la par de la narración de los propios sujetos, y que versaron sobre violencia. Una violencia, no obstante, abarcadora: desde aquella de la que fueron objeto, hasta esa otra que ellos mismos fueron capaces de implementar.

Dentro de la estructura de este trabajo, presenté tres capítulos que tratan sobre la violencia. Del primer capítulo (teórico), lo que puedo concluir es que la violencia, es el fenómeno más abyecto en las sociedades humanas. La violencia no es una cuestión biológica de los seres humanos, no es *innata* a la constitución genética de los sujetos. Queda claro, también, que no es un problema inhumano, perteneciente a lo “monstruoso” o consecuencia de una desviación, el que orilla a los seres humanos a cometer actos de crueldad. Hay que recordar las palabras de Julio (uno de los *sicarios*), cuando me dijo molesto –al ser observado con asombro por parte de estudiantes de Derecho, durante su recorrido por un pasillo del CERESO atado de pies y manos con esposas y cadenas– “no soy un monstruo”.

La violencia aparece, entonces, como una jugarreta de la cultura. Renuncio aquí a la interpretación que caracteriza a lo patológico como esencia o naturaleza,

acorrallando al ser humano sobre sus instintos, para cometer actos violentos y encasillar en un comportamiento aislable lo que es, ante todo, un fenómeno relacional. Es un dilema o paradoja de sujetos, de personas reales de carne y hueso que quieren vivir, que sueñan y desean cambiar su vida, al menos en su conciencia discursiva (Giddens, 2006).

Por otra parte, dentro de la estructura narrativa de los capítulos dos y tres (capítulos empíricos), están presentes las narraciones acerca de las “trayectorias de vida” y de los “espacios de ocio y placer” de los sujetos de investigación. Más que los actos de violencia que culminan en la muerte, lo que me propuse indagar fueron los espectros que lo rodean, las motivaciones que maquinan la trama, las exigencias socioculturales que promueven el acto. El hacerlo así, me permitió otorgarles la palabra a los agentes de la acción, posibilitando que su propia voz fuera el aporte más importante de este trabajo. Esto es, que su voz fuera escuchada y, en ese sentido, ofrecerle al lector un panorama completo y de primera mano, a través de lo narrado, de los sentidos que le otorgan algunos hombres –actores del crimen organizado– a su actividad violenta. Así, en general, cada uno de estos dos capítulos se presenta como un vínculo integral entre lo narrativo y lo sociocultural.

Aquí, la narrativa adquiere sentido sólo en cuanto desempeña un papel en la reconstrucción del contexto sociocultural como espacio de significación en el que están involucrados los actores mismos. De esta forma, las “narrativas de violencia” se desenvuelven como el elemento central de esta investigación. Como el eje articulador de la trama de significación y sentido del accionar violento. En estas modulaciones de la subjetividad, la errática existencia de estos sujetos sólo adquiere sentido con la narración, en las “narrativas”. Se aprende a vivir más por la literatura y las reglas sociales, por ejemplo, que por la propia existencia. Así que aquello que aparece como lo más espontáneo y auténtico, ligado a la vivencia, a la memoria, y por ende más cercano a la “vida real” –lejos de la ficción– está modelado por las mismas trazas que aquella: la biografía nutre a la narrativa y ésta da forma y sentido a la biografía.

He aquí la potencialidad de las “narrativas” de la “trayectoria de vida”. En este caso, las “narrativas de violencia”, aparecieron en el cuerpo de este trabajo como *estructuras de significado*, donde la memoria, el lenguaje, los discursos, las palabras y

los relatos ordenan y narran la experiencia de la violencia. La violencia, entonces, se convierte en historia narrada que circula por la cultura legitimando o facilitando su legitimación. Así, este trabajo logró rescatar lo que en ciencias sociales se ha dado en llamar: el punto de vista del actor. Dentro de esta perspectiva se analizaron las acciones centradas en los sujetos de investigación, permitiendo así una propuesta sociocultural: corriente teórica que no sólo revalida al actor como unidad de descripción y análisis, sino que lo ve y lo presenta, también, como un “agente transformador”, es decir, como un actor que produce la estructura y los significados y no se conforma sólo con reproducirlos. Contrario a lo que podría afirmar la teoría funcionalista –la cual sugiere que el funcionamiento de la sociedad se debe a estructuras externas al individuo que determinan su acción– esta investigación logra demostrar que, aunque en realidad existen estructuras sociales que condicionan las conductas individuales de los agentes, no las determinan. Las siguientes citas lo comprueban:

Tome una mala decisión porque me la impulsó una persona que amaba, ¿no?, mi pareja, la de hablarles [*se refiere al cártel*]. No les hablaba. Volví a entablar una relación porque yo fui el que tomé la decisión de estar con ellos, en la relación, ¿no?

Este relato facilita comprender que las teorías estructuralistas (explicativas del mundo social), comienzan a ceder ante la *reflexividad* de la acción social de los actores mismos. Como lo demuestra Jesús, en el siguiente relato, los actores son capaces de reflexionar lo que hacen, en tanto lo hacen. Así, para la teoría de la estructuración (base de este estudio), la acción e interacción de los miembros de la sociedad son las que forman las estructuras que habrán de influir en el comportamiento humano:

Sí, o sea, como le digo, la vida que llevé, me llevó como resultado a ser mal padre, mal elemento social, mal... [*risas*] mala persona para mí mismo. O sea, fue un desastre mi vida, no hice las cosas como... ¿No sé si fui culpable?, ¿no sé si influyeron las, ¿cómo se dice?, ¿las fuerzas sociales? que dieron como resultado eso. Fue mi elección, porque tal vez tenga yo compulsiones que tiendan hacia esas conductas, no sabría decirle. Pero elegí ser muy mala persona, pudiendo haber elegido ser buena persona. Tuve la oportunidad de hacerlo.

En cuanto a la violencia, ésta puede ser *absoluta* o no, pero eso no significa que sea comprensible, justificable, equiparable solamente a la *animalidad* y conformarse con la idea de que, “de cualquier manera todos nos vamos a morir”. La violencia tiene por objetivo la muerte. Sus fines pueden ser varios, igualmente, pueden ser comprensibles o no, justificables o no. Sin embargo, el peligro, lo verdaderamente *abyecto* para la humanidad, es que la violencia, al ser *absoluta*, se vuelva inconmensurable y estructuradora de la cultura en las diferentes sociedades.

La pregunta que se hace Michel Wieviorka (2003) acerca de si ¿no será que la violencia, por demás instintos y pulsiones que la arrastren, la impulsen a surgir, proviene de las raíces más hondas de la constitución del sujeto, es decir, de su cultura?, me parece importante retomarla puesto que mi posición (desde el inicio de esta investigación), se mantuvo en la creencia de que la violencia es cultural, se aprende. Esto es, ¿no será que la violencia se produce en la familia, con la educación; y que, en ese sentido, contribuyen profundamente éstas dos instituciones socioculturales –como productoras y reproductoras de la cultura– a la descalificación, deshumanización y animalización del “otro”, visto a veces como enemigo por parte de los futuros actores, y al cual, entonces, halla que eliminar, violentar? Esta idea de que la cultura es la principal fuente estructuradora de la violencia y, a su vez –me atrevo a pensar–, es también estructurada por ésta (retomando la imagen de ese juego cíclico que nos brinda la teoría de la estructuración de Giddens), se hace más fuerte con la siguiente cita de la investigadora Eliana Cárdenas:

Quando dije que hay un ambiente que produce la violencia me refería a que ella se autogenera, una vez que se origina, crece y se instala en la sociedad, configurando en la cotidianidad las formas de la relación social y legitimando en ese ámbito las maneras de resolver los conflictos (2008: 16).

Que la violencia es parte de la naturaleza humana, no lo creo. Lo muestra la historia, o mejor dicho, la prehistoria. Cuando se sabe que las primeras sociedades –la de los cazadores-recolectores– basaban su organización en la solidaridad, en la cooperación y no, por el contrario, en la lucha con violencia. Me uno al pensamiento de Hannah Arendt (1970) de que gran parte de la exaltación actual por la violencia encuentra su causa en el mundo moderno. Así, el peligro que representa la violencia

actualmente, es el que sus medios se antepongan a sus fines. Si éstos no se alcanzan, la interiorización de la violencia como práctica de la cotidianidad se implantará en el seno de la cultura misma, corriendo el riesgo de no lograrla desalojar de nuestro mundo. “La práctica de la violencia, como toda acción, cambia al mundo, pero lo más probable es que este cambio traiga consigo un mundo más violento” (Arendt, 1970: 72). Y en ese sentido más inhumano, es decir, in-habitable para los seres humanos. No existiría forma alguna de permanecer en él.

De tal manera, me parece que ante lo complejo de lo que significa el análisis de la violencia, y ante la aparente pérdida o, mejor dicho, en la difícil búsqueda del *sentido* de tan “monstruosas” como tan “humanas” acciones, es necesario considerar a los actores mismos. Asimismo, se vuelve indispensable interpretar, a partir del relato sobre sus “trayectorias de vida: sus pensamientos, sus sentimientos, su estado emocional. Pero también, sin duda, su contexto sociocultural de pertenencia y su posición particular en la sociedad y de relacionarse con el mundo.

En el momento en que estas narrativas logren identificar la complejidad del problema de esta nueva forma que tiene de presentarse la violencia” –relacionada al tráfico ilegal de drogas– y se dejen de percibir las acciones de estos hombres como resultado de un desequilibrio mental, obra siniestra de un ente “monstruoso” y “desviado”, o como un impulso animal arraigado en la constitución genética de los individuos; este trabajo estaría llegando a su objetivo. Así, en la medida en que se tenga un conocimiento detallado de la problemática, se podrá enfrentar de forma más apropiada el amplio espectro del problema.

Perspectivas

Aun cuando existen una serie de estudios que representan un antecedente (en la investigación social), sobre el complejo conjunto de fenómenos relacionados con el tema de la violencia en México, se han realizado no muchos trabajos con respecto al fenómeno del *sicariato*. En este estudio –como ya lo he mencionado– intenté aproximarme al conocimiento sobre la relación existente entre violencia y los contextos socioculturales de pertenencia de los actores de dicho fenómeno: los *sicarios* mismos.

No obstante, quedaron algunos vacíos por esclarecer y temas marginales por explorar e interpretar –que aparecieron a la par de la investigación– con respecto al conocimiento del *sentido* que le otorgan a la violencia los propios agentes de la acción.

En este país son necesarias, con urgencia, más investigaciones que brinden conocimiento novedoso para comprender y explicar tan impresionante como *abyecto* fenómeno, y que, en la medida de lo posible, incidan en la posibilidad de su contención y prevención. Estoy claro que la violencia es previsible y, por lo tanto, se puede contener. En esta investigación, aunque no establezco una causalidad directa de la violencia –que por cierto, no estuvo dentro de mis objetivos hacerlo– presento algunos factores del contexto sociocultural de los actores que parecen dar indicios de condiciones favorables para su reproducción. En ese sentido, un primer vacío de este trabajo es la imposibilidad de incidir (debido a su característica exploratoria) en las políticas públicas de las instituciones encargadas de la toma de decisiones para atender la violencia. A pesar de, en lo que sí puede incidir este trabajo, es en mostrar la gravedad del problema a quien no quiera cerrarse a esta realidad y esté dispuesto y tenga la posibilidad de actuar.

Así, después de haber escuchado y leído las narraciones ofrecidas a lo largo de este trabajo; es evidente que Baja California es uno de los estados del país en donde existe un intenso tráfico de drogas ilegales. Esto se debe, en parte, a su condición de frontera con los Estados Unidos (país con un gran número de consumidores). De esta manera, el hecho de que al interior de sus límites fronterizos se presente dicho fenómeno, tiene fuertes implicaciones socioculturales como la aparición de la violencia misma. En ese sentido, otro de los vacíos o tema marginal que puede ser desarrollado en otra investigación, es el de la dinámica migratoria de los sujetos, por ejemplo, presente en el trabajo. Dicho tema, aunque lo presento en el capítulo dos de manera importante para el análisis de este estudio, no fue desarrollado a fondo. Sin embargo, lo que se puede recuperar es que las migraciones, muchas veces, son forzadas por problemas económicos que llevan implícita una carga de violencia y de desorden social.

Otra beta de investigación interesante que arrojó este estudio, fue la del “discurso religioso” que tienen los actores tanto de su vida en libertad como de un cambio en su interior, una vez detenidos. Por ejemplo, algunos de los actores

mencionaron haber cambiado de religión dentro de prisión. Este tema marginal, resulta interesante estudiarlo con respecto al tránsito que experimentaron de la religión católica al cristianismo. Dicho cambio, puede advertir una búsqueda por encontrar una paz interior como respuesta para lograr una transformación radical de su ser, un “ser malvado” como ellos mismos lo identifican. Como una muestra de lo interesante de este tema, Julio (uno de mis informantes), me cantó durante una de las entrevistas dos canciones a manera *rap* cristiano: “voy a torturarte” y “revolución de amor”. Las letras de dichas canciones, expresan su conflicto: la dualidad violencia–amor:

Entonces, pues me he relacionado un poco con la religión, que he calmado a ese ser que te digo, ¿no? ese ser malvado que he despertado anteriormente, con ¡acá!, así. Con la iglesia, ya lo he calmado, es más diferente. Entonces, espero y algún día, llegue a salir y fomentar un poco otra persona.

En este sentido, se liga otro tema más que puede ser desarrollado. Me refiero al de la felicidad en la familia, la parte sentimental y de arraigo a una comunidad a la que se pertenece sin quererlo. Es notorio que el tema de la familia ha representado otra posibilidad de investigación para mí. La familia como un espacio social donde la violencia es aprendida, es decir, es estructurada y estructurante a la vez. De tal forma, podría ser interesante indagar más a fondo ¿cómo funciona la familia de un sicario?, por ejemplo. Asimismo, es relevante continuar con una revisión crítica de estos temas y problemáticas que aparecieron.

Sin duda, faltó profundizar en el tema de las normas y los valores que han interiorizado los actores y que son, probablemente una de las causas de su forma de vida tan violenta. Como se muestra en el transcurso de este trabajo, surgieron distintos temas relacionados al tema de investigación y que por los objetivos de ésta, así como por la insuficiencia de tiempo, no los logré desarrollar. Me refiero a temas como el de las masculinidades; al de la otredad entendida como víctima; hizo falta una indagación de forma más directa, sobre las prácticas violentas. Hizo falta, también, una pesquisa sobre cómo la cultura machista en México, recupera la cultura del cine hollywoodense. En otras palabras ¿cómo es que todo esto repercute en la violencia ejercida por los sicarios? ¿Cómo se relacionan entre ellos? ¿Cómo se ayudan entre sí? ¿Hay una solidaridad, por ejemplo, para buscar trabajo? No hay que olvidar que es un sistema

ilegal, y en ese sentido, todas las relaciones deben ser de confianza. Lo que sí se sabe es que se traicionan y si hay traición, entonces hay ajustes de cuentas. Uno de los informantes nos lo demuestra:

Confié en ellos [*en su familia criminal*] y no sé si fue para sacársela por el problema de tratar de salirme del rollo ese. No sé si se sintieron humillados en la forma en la que les regresé el dinero ¿no?, y se sintieron a lo mejor humillados o decepcionados o qué sé yo, y con eso se la quisieron así, ¿si me entiendes? Y por eso estoy pasando por este rollo [*en prisión*]. Se vengaron.

En este último relato, se ejemplifica la traición, los ajustes de cuentas. A Julio no lo mataron, lo pusieron ante las autoridades. Debido a esto, se vuelve relevante continuar con una revisión crítica de estos temas y problemas que aparecieron marginalmente dentro de la investigación, para lograr adueñarse de una perspectiva mucho más amplia de este fenómeno tan inquietante para mí y (me imagino), para la sociedad. Me uno así, con este trabajo, al llamado de un conjunto de la población tanto nacional como mundial, que exige una respuesta inteligente e imaginativa al problema de la violencia. Terminada la investigación, me doy cuenta que las certezas que logran aparecer acá, sólo son una aportación al peso de lo desconocido donde nada concluye.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez, R., (2012) *Familia. Migración y adaptación en baja y alta California 1800 – 1975*. México, Universidad Autónoma de Baja California.
- Arendt, H., (1990) *Hombres en tiempos de obscuridad*. Barcelona, Gedisa.
- _____ (1970) *Sobre la violencia*. México, Joaquín Mortiz.
- Arfuch, L., (2010) “Espacio, tiempo y afecto en la configuración narrativa de la identidad” en Dalmasso, M.T. et al., (Coord.), *Tiempo, espacio e identidades*. Núm. 15, Buenos Aires, La cruzija.
- Arteaga, N., (2009). “Decapitaciones y mutilaciones en el México contemporáneo” en *Espacio abierto* [En línea] No. 3. Julio-septiembre de 2009, Asociación Venezolana de Sociología, disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/122/12211825004.pdf> [Accesado el 19 de septiembre de 2010]
- Astorga, L., (2005) *El siglo de las drogas. El narcotráfico, del Porfiriato al nuevo milenio*. México, Plaza Janés.
- Barthes, R. et al., (2008) *Análisis estructural del relato*. Octava reimpresión, México, Ediciones Coyoacán.
- Bauman, Z., (2008) *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. México: Tusquets.
- Bellinghausen, H., (2011) “Contra las decapitaciones” en *La Jornada*. 18 de abril de 2011, s/p.
- Bifani-Richard, P., (2004) *Violencia, individuo y espacio vital*. México, Universidad de la Ciudad de México.

- Berman, M., (2001) *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Treceava edición, México, Siglo XXI.
- Bourdieu, P., (2005) *Capital cultural, escuela y espacio social*. México, Siglo XXI Editores.
- _____ (1990) *Sociología y cultura*. Traducción de Martha Pou, México, Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- _____ (1988) *La distinción*. Taurus, Madrid.
- Bremond, C., (2008) “La lógica de los posibles narrativos” en Barthes, R. (Comp.), *Análisis estructural del relato*. Octava reimpresión, México, Ediciones Coyoacán.
- Cajas, J., (2009) *Los desviados. Cartografía urbana y criminalización de la vida cotidiana*. México, Universidad Autónoma de Querétaro – Porrúa.
- _____ (2007) *Los orígenes sociales de la incertidumbre: cultura, drogas y narcotráfico en Nueva York*. Tesis de doctorado. México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cardenas, E., (2008), *Marcando Calavera. Jóvenes, mujeres, violencia y narcotráfico*. México, Plaza y Valdés.
- Castillo, H., (2006) “Comentarios a la ponencia: Pandillas y sociedad contemporánea” en Jiménez, R. (Coord.), *Violencia y seguridad pública. Una propuesta institucional*. México, UNAM.
- Cisneros, J. L. y E. D. Cunjama, (2010). “El catatónico desamparo de lo humano; un acercamiento a la sociología de la violencia” en *El Cotidiano* [En línea] No. 164. Noviembre-diciembre de 2010, Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco, disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=32515894012> [Accesado el 03 de noviembre de 2011].

- Clegg, S., (1997) “Narrativa, poder y teoría social” en Mumby, D. (Comp.), *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Erikson, Erik., (1974) *Identidad, juventud y crisis*. Segunda edición, Buenos Aires, Paidós.
- Escobar, A. (2006). “Literatura y violencia en la línea de fuego”. [En línea]. Antioquía, disponible en: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/literatura/narrativa/Volumen2CapIII.pdf> [Accesado el día 21 de noviembre de 2010].
- Foucault, M., (2000) *Los anormales*. Argentina, FCE.
- Fromm, E., (2009) *Anatomía de la destructividad humana*. Vigésima reimpresión, México, Siglo XXI.
- Genette, G., (2008) “La lógica de los posibles narrativos” en Barthes, R. (Comp.), *Análisis estructural del relato*. Octava reimpresión, México, Ediciones Coyoacán.
- Genovés, S., (1991) *Expedición a la violencia*. México, UNAM – FCE.
- Giddens, A., (2006) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (2000) *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. España, Taurus.
- Goffman, E., (2006) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Gorbach, F., (2008), *El monstruo, objeto imposible*. México, Universidad Autónoma Metropolitana – Xochimilco.
- Jimeno, M., (2007). “Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia” en *Antípoda*. Número 05, Imágenes y relatos sobre la violencia: versiones desde África y América Latina. Julio-diciembre de 2007, pp. 169-190.

- Langellier, K. M. y E. E. Peterson, (1997) “Las historias de la familia como estrategia de control social” en: Mumby, D. (Comp.), *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Laserna, R., (2003) “La conexión perversa: drogas y globalización” en Calderón, F. (Coord), *¿Es sostenible la globalización en América Latina? Debates con Manuel Castells. Vol I. La globalización y América Latina: Asignaturas pendientes*. Chile, Fondo de Cultura Económica.
- Maffesoli, M., (2005) *La tajada del diablo. Compendio de subversión posmoderna*. México, Siglo XXI.
- Miranda, G., (2006) “El tiempo libre y ocio reivindicado por los trabajadores”, *Pasos*. Vol. 4 No. 3, pág. 301-326. UAEM, México.
- Mumby, D. (Comp.), (1997) *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Ovalle, L. P., (2010). “Imágenes abyectas e invisibilidad de las víctimas. Narrativas visuales de la violencia en México” en *El cotidiano* [En línea] No. 64. Noviembre-diciembre de 2010, Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco, disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=32515894013> [Accesado el 03 de noviembre de 2010]
- _____ (2005) “Entre la indiferencia y la satanización. Representaciones sociales del narcotráfico desde la perspectiva de los universitarios de Tijuana” en *Culturales*. Año 1, número 2, FALTA, pp. 63-89.
- Pasquinelli, C., (1993) “El concepto de cultura entre modernidad y posmodernidad” en Giménez, G. (Coord.), *Teoría y análisis de la cultura vol. I*. México, CONACULTA.

- Perea, C. M., (2006) “Pandillas y sociedad contemporánea” en Jiménez, R. (Coord.), *Violencia y seguridad pública. Una propuesta institucional*. México, UNAM.
- Reguillo, R., (2010) “Cuando morir no es suficiente. Violencia y retóricas del exceso” conferencia dictada durante la *Sesión Inaugural de la MESC 2010-2012 del Instituto de Investigaciones Culturales – Museo de la Universidad Autónoma de Baja California*, Universidad Autónoma de Baja California, 11 de agosto de 2010 [Versión grabada].
- Restrepo, L. C., (2005) *Viaje al fondo del mal*. Bogotá, Taurus.
- Reyna, J.C., (2011) *Confesión de un sicario. El testimonio de Drago, lugar teniente de un cártel mexicano*. México, Grijalbo.
- Rivelois, Jean., (1999) *Drogue et pouvoirs: du Mexique aux paradis*. Paris, l’Harmattan.
- Sewell, W., (2005) “Los conceptos de cultura” en Giménez, G. (Coord.), *Teoría y análisis de la cultura vol. I*. México, CONACULTA.
- Sichére, B., (2008) *Historias del mal*. Segunda reimpresión, Barcelona, Gedisa.
- Sofsky, W., (2006) *Tratado sobre la violencia*. Madrid, Abada Editores.
- _____ (2004) *Tiempos de horror. Amok, violencia, guerra*. Madrid: Siglo XXI.
- Todorov, T., (2008) “La lógica de los posibles narrativos” en Barthes, R. (Comp.), *Análisis estructural del relato*. Octava reimpresión, México, Ediciones Coyoacán.
- Touraine, Alain., (1974) *La sociedad postindustrial*. México, Fondo de Cultura Económica.

- Valenzuela, J.M., (2009) *El futuro ya fue. Socioantropología de I@s jóvenes en la modernidad*. México, El Colegio de la Frontera Norte – Casa Juan Pablos.
- Veblen, T., (2000) “Teoría de la clase ociosa” en *Ediciones Elaleph.com*. [En línea]. Disponible en: <http://www.elaleph.com/libro/Teoria-de-la-clase-ociosa-de-Thorstein-Veblen/1051/> [Accesado el 23 de mayo de 2012].
- Wacquant, L., (2000) *Las cárceles de la miseria*. Argentina, Manantial.
- Weber, M., (1964) *Economía y sociedad*. Segunda edición, México, FCE.
- Wieviorka, M., (2003). “Violencia y crueldad” en *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* [En Línea] No. 37, 2003. Universidad de Granada, disponible en http://www.ugr.es/~filode/pdf/contenido37_6.pdf [Accesado el 08 de noviembre de 2011].